

**Narración del Trauma: Apología de la reconfiguración del discurso histórico desde Dominick
LaCapra**

Eddy Santiago Parada Suárez

Universitaria Agustiniana
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
Programa de Licenciatura en Filosofía
Bogotá, D.C.
2019

**Narración del Trauma: Apología de la reconfiguración del discurso histórico desde Dominick
LaCapra**

Eddy Santiago Parada Suárez

Directora
Camila Jiménez Guzmán

Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Filosofía

Universitaria Agustiniana
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
Programa de Licenciatura en Filosofía
Bogotá, D.C.
2019

Agradecimientos

Quiero agradecer a Dios por este trabajo, por la oportunidad de estudiar a pesar de las adversidades.

También agradezco a mi familia de quienes admiro su paciencia y capacidad de entrega y ayuda. Cecilia y Santiago, este triunfo es más de ustedes que mío. . Erika, gracias por la paciencia; Jhones, gracias por la ayuda; Diego, gracias por la escucha. A ustedes les debo un poco más que la vida.

A todo el equipo de docentes y administrativos de la universidad que han contribuido, de una u otra manera a la realización de este documento.

A mi tutora, la profesora Camila Jiménez por su dedicación y apoyo, incondicionales en este ejercicio.

Amigos, familiares y cercanos, mil gracias por creer en mí, aun cuando yo mismo tengo problemas con ello... GRACIAS A TODOS.

Resumen

El presente documento es una defensa a la propuesta de LaCapra que sostiene hacer del trauma un objeto de estudio de la historiografía. A pesar de que su trabajo está centrado en la historia, los intereses de este documento son filosóficos, en tanto buscan la comprensión de aquello que se entiende por historia, sus actores políticos y sociales y la forma en que esta afecta e involucra a cada uno de ellos. En el marco del estudio del trauma, se busca, pues, realizar una aclaración sobre las más destacables nociones de la filosofía de la historia, a saber, las formas en que los seres humanos crean y comprenden los eventos históricos y el impacto que este ejercicio pueda tener. No es una tesis sobre historia, pues las inquietudes de fondo son filosóficas.

La metodología utilizada para este documento ha sido el análisis documental. Para ello, se ha recurrido a la lectura de las obras de Dominick LaCapra, especialmente *Writing History*, *Writing Trauma*, en el rastreo de un discurso histórico que supere las falencias halladas en los métodos historiográficos previos. Estos métodos respondían a dos tendencias en la comprensión de la historia: Primero, la Investigación Documental, de corte positivista, que comprende la historia como una ciencia, por lo que es necesario aplicar una rigurosidad que evite al máximo la especulación para realizar las aseveraciones de verdad, por lo que se rechaza cualquier acto que involucre al historiador, a quien se considera aquí como un observador objetivo.

Segundo, el Constructivismo Radical comprende la necesidad de involucrar al historiador en un papel activo, por lo cual, sus posibles apreciaciones y construcciones puedan dar razón de la historia y de la forma como los sucesos históricos afectan a la psiquis del individuo. Para lograrlo, se acudió a la voz media, una forma de conjugación verbal que está referida a las dinámicas de la mente. Para LaCapra, esta última forma tiene falencias psicológicas, historiográficas y éticas, por lo que es necesario configurar un nuevo método historiográfico, a partir de la atención al trauma, resultado de las situaciones límite.

Al final de la propuesta, se evidencia que la historiografía requiere realizar un análisis del trauma que es producto de las denominadas situaciones límites, es decir, aquellos sucesos históricos que se reconocen por tener un alto contenido semántico, debido a la significancia de los hechos y la barbarie dada en estos. Atender las situaciones límite obliga a configurar un nuevo discurso histórico que asuma, a partir del abordaje del trauma, el ejercicio de realizar las aseveraciones de verdad sin descuidar las dimensiones psicológica, historiográfica y ética de la historia.

Palabras clave: Historia, métodos historiográficos, trauma, psicoanálisis, historiografía, ética.

Tabla de Contenido

Introducción	7
Capítulo I: Comprensiones previas del discurso histórico.	13
1.1 El Discurso Histórico de la Investigación Documental.....	14
1.2 El Discurso Histórico del Constructivismo Radical.	21
1.2.1. El Discurso histórico como estructura narrativa.	27
1.2.2 En búsqueda de Soluciones: La voz media.	33
Capítulo II: El Discurso Histórico de Dominick LaCapra	36
2.1 El trauma y las situaciones límite.	36
2.2 Tres límites de la voz media.	39
2.2.1 Voz media frente al trauma.	40
2.2.2 Derrida. La différance o de lo indecible.	42
2.2.3 Evaluación de la Voz media frente a la Differánc e derridiana	44
2.3 Debate memoria e historia.	47
2.3.1 La memoria y el trauma.	48
2.3.2 Historia frente al trauma.	52
2.3.3 Transferencia e identificación.	56
Capítulo III: Defensa del trauma como objeto de estudio historiográfico. El origen del nuevo discurso.....	61
3.1 Ausencia y pérdida	61
3.1.1 Discurso histórico como narración.	66
3.2 Deseo y Demanda	70
3.3 Empatía y suplantación.....	76
3.3.1 Obligación política.....	76
3.3.2 Acting Out y elaboración del duelo	77
3.3.3 Empatía: Reconocimiento y distinción del trauma histórico	78
3.3.4 Suplantación: La lógica de los extremos	80
Epílogo	83
Conclusiones	86
Bibliografía.....	90

Introducción

El presente documento pretende ofrecer una justificación para hacer del trauma un objeto de estudio considerado por la historiografía, especialmente en el marco de la narración de las situaciones límite. A partir de las reflexiones y los trabajos de Dominick LaCapra, este documento propone dar cuenta de la necesidad de atender el trauma, que surge en las situaciones límite, para realizar la narración de la historia. Se busca que, a partir de la reconfiguración del discurso histórico, sea posible atender las necesidades historiográficas sin descuidar las preocupaciones éticas y filosóficas de dicho ejercicio.

El problema hallado a lo largo de este documento, evidencia que los métodos historiográficos imperantes del siglo XX tienen importantes limitaciones. Por una parte, el método de la Investigación Documental, con matices claramente positivistas, pretendía hacer de la historia una ciencia, alejada de las arbitrariedades y la falta de rigor de las “bellas artes” como la literatura. Así, la forma más importante de hacer historia, por no decir la única, consistía en acudir a los documentos históricos, ya que, según este paradigma, estos habrían registrado, de la manera más acertada, la verdad de los sucesos acontecidos a través del tiempo. Esta sería la manera exclusiva en que podría brindarse el rigor necesario a la historiografía. El historiador se constituye, así como un investigador que halla la objetividad al no involucrarse en la elaboración del discurso histórico.

A lo largo del trabajo, se ha evidenciado que el principal problema hallado en el abordaje de la historia, es que, a partir de las tendencias de los métodos historiográficos imperantes en el s. XX, hay falencias al momento de abordar las situaciones límite. Al tratar de comprender estos sucesos históricos y dar cuenta a la vez de lo allí sucedido, hay dificultades en, por lo menos, tres dimensiones: La dimensión psicológica, en tanto resulta problemático entender y más aun, exponer la forma en que resulta afectado el individuo que sufre las situaciones límite. En referencia a las

El trabajo historiográfico, posteriormente, se cuestiona sobre las posibilidades de conocimiento de los fenómenos históricos. Así, llega a comprender que resulta insuficiente acudir de manera exclusiva a los documentos. Cualquier tipo de registro documental para referir dichos fenómenos será reducido, dado que al abordar los fenómenos que involucran a las personas, la dimensión humana es descuidada. No hay posibilidades de ofrecer total conocimiento sobre el tipo de padecimiento de los seres humanos a partir de los documentos.

Realidades humanas tales como el dolor, el sufrimiento y las consideraciones de la pérdida son fenómenos a los que es prácticamente imposible acceder de manera objetiva. Por ende, acudir a estos a partir de algún método científico no solo es insuficiente, sino que descuida importantes elementos de índole ética, tales como el abordaje del sufrimiento de las víctimas. La investigación documental (ID), pues, es limitada respecto a las herramientas brindadas para el abordaje de las realidades humanas, con lo que las pretensiones de dar cuenta de la historia presentan varias falencias.

Estas nociones sobre el desarrollo historiográfico, a saber, la imposibilidad de narración total de los padecimientos de las situaciones límite, el reconocimiento de la implicación del historiador y la objetividad que ya no radica en la objetivización de los hechos, se adquirieron cuando la historiografía se enfrentó a la narración de los hechos de la Segunda Guerra Mundial. Sin importar la claridad de un documento sobre dicha guerra, será imposible hacer completa justicia al sufrimiento de los involucrados, sobretodo, quienes padecieron los campos de concentración y las inhumanas condiciones allí registradas. Sucesos que involucren esta sensibilidad emocional son muchos, lo que demanda una responsabilidad ética del historiador, tanto para referir el padecimiento como para despertar emotividad en el lector. A situaciones como estas LaCapra las denomina *situaciones límite*, y su dificultad histórica se registra en tanto el historiador se debe involucrar sensiblemente frente a estas.

Ante esta realidad, los trabajos de Frank Ankersmith y Hayden White propusieron considerar un papel más activo de parte del historiador. Así, su papel no se limitaría exclusivamente a la recopilación de documentos sino que se extendía, incluso, a proponer una estructura fantástica en la que los hechos pudieran ser registrados sin perder la necesidad de dar cuenta de las aseveraciones de verdad que ocupan a la historia.

Este fue el nacimiento del constructivismo radical (CR). Según LaCapra, el constructivismo radical tenía una importante noción: la consideración de que el discurso histórico es una construcción narrativa. Hayden White, en *Metahistoria (1953) (año de publicación)*, postula que la estructura de la historia es más cercana a la de la literatura que a la de las ciencias, con lo que la pretensión científicista de la ID debía ser cuestionada y reemplazada por un acceso a la historia que considerara la necesidad de involucrar al historiador para que este pudiera elaborar un trabajo más activo. Así, el historiador debería proponer una estructura en la que los hechos cobraran sentido.

Para White, los hechos históricos por sí mismos carecen de sentido. Su trabajo descansa sobre la idea de que la vida humana misma presenta facetas que resultan caóticas. Si bien se sostiene la necesidad de realizar las aseveraciones de verdad, con el rigor propuesto por la ID, el hecho de que el historiador pueda proponer una estructura en la que los hechos cobren sentido, permite una mejor comprensión de la historia en la que esta tendría una forma narrativa. Esta estructura narrativa proporciona orden y coherencia a los eventos sucedidos. La objetividad, en este punto, ya no radica en la objetivización de los fenómenos históricos, dado que se implica al historiador, sino en la posibilidad de lograr que dichos hechos históricos cobren sentido.

La propuesta de White surge en el contexto del estructuralismo. Según esta teoría, el individuo es comprendido como un ser cuya mente responde a unas estructuras determinadas. En la escritura de la historia, debe entonces considerarse que los hechos históricos afectan la mente del individuo, por lo que resulta de vital importancia comprender cómo se organiza la estructura mental de las personas a partir del impacto de los sucesos históricos vividos por ellas. El constructivismo radical pretende entonces observar, además, la forma en que resultan afectadas las personas por las realidades históricas, es decir, en qué medida su estructura mental se halla involucrada.

A propósito de ello, como herramienta para hablar de la afección de la mente de los individuos, el constructivismo radical propuso la voz media. La voz media, que ya no existe en las lenguas contemporáneas, pero aparecía en el antiguo griego y latín, se usa para referir un fenómeno ocurrido en la psiquis del individuo. En principio, esta herramienta permitiría referir en qué medida la estructura mental del individuo se halla involucrada debido a los fenómenos históricos. Si bien la voz media tiene importantes ventajas en tanto tiene en cuenta que los sucesos límite tienen un impacto en la mente humana, esta presenta por lo menos tres limitaciones, a saber, a nivel psicológico, historiográfico y ético.

Como ejemplo para observar estas limitaciones, se acude a la obra de Wilkormiski *Fragments: Memories of a Wartime Childhood* (1995). Este libro se publicó sosteniendo que su autor original era un niño que había estado preso en los campos de concentración, lo cual fue desmentido por el periodista y escritor Daniel Ganzfried en 1998. En la obra de Wilkormiski, se hallan ejemplificadas estas tres falencias. La primera, de orden psicológico, muestra que no se reconoce cómo se da la afectación desde las situaciones límite hacia la mente de las personas afectadas. En segundo lugar, historiográficamente puede que el trauma narrado no sea

precisamente el de los individuos afectados, por lo que el lector se acerca a una historia local, pero no a la narración de la Historia, en el sentido de la consideración objetiva de los hechos y sucesos, producto del trabajo historiográfico.

Por último, en referencia a la dimensión ética, es importante llamar la atención sobre la responsabilidad del historiador, pues, si bien es necesario despertar la emotividad del lector de la historia, dicho sentir debe reconocer que el padecimiento no es propio. No se trata de que el lector sienta como suyo el dolor de quien padece las situaciones límite, sino que, sin ocupar su lugar, reconozca dicho sufrimiento. Y es esto lo que permite, y demanda, la inclusión del trauma en la construcción del discurso histórico. Además, con la necesidad de dar cuenta de los sucesos límite, es importante que el historiador cobre un papel político destacado, es decir, que sea capaz de establecer, no solo la narración de la historia, sino juicios de valor sobre los hechos históricos. De este modo el pasado es tomado como una referencia para observar el presente y tomar decisiones frente al futuro.

En buena medida, estos problemas se deben a que no ha sido distinguida la diferencia del impacto de un suceso límite sobre el individuo. Cuando se revisa la historia de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, debería considerarse que la percepción de los prisioneros de los campos de concentración es distinta a la de un ciudadano alemán o la de un soldado de la URSS: Para LaCapra, estas diferencias se concretan en diferentes tipos de trauma, a saber, el trauma estructural y el trauma histórico. El trauma estructural, es común a casi toda la población. Refiere un elemento de *ausencia*, es decir, un padecimiento cuya referencia de sujeto agente que lo provoque no es fácilmente identificable. Es decir, hay un padecer en tanto la población o el individuo a-históricamente, esto es *fuera del tiempo*, detecta que hay una necesidad no suplida. Este trauma es referente a quienes se involucran en las situaciones límite por hallarse cerca pero no lo padecen de manera directa.

Por otra parte, el trauma histórico, no pertenece a todas las personas, ni siquiera a todos los testigos de los sucesos límite. Refiere un elemento de *pérdida*, esto es, un objeto que se tenía y que ahora no. Aquí hay una denuncia legítima por parte del afectado. Hay una ubicación temporal del origen del trauma, lo que permite que su ubicación y rastreo puedan registrarse en un momento y espacio determinados, en un hecho puntual en el que se dio un cambio considerable en la psiquis del afectado. Este es el trauma que padece quien resulta ser víctima del suceso límite de manera directa. Por ello, es importante realizar el reconocimiento tanto de los afectados como de la forma en que se ejecuta dicha afectación.

Entre estas formas, el psicoanálisis reconoce que una de las principales formas de enfrentar el trauma es el *Acting Out*. Con este se hace referencia al fenómeno mental en el que el individuo sufre una desconexión del presente, dado que, debido a la afección resultado de la situación límite, su mente se muestra propicia a permanecer en el pasado. Este pasado se repite como un constante bucle, con repeticiones evidentes en forma de *flashback* y pesadillas.

Para poder realizar la elaboración de la historia a partir del trauma el trabajo de LaCapra supone un drástico cambio en el Discurso Histórico, reconociendo este como la construcción narrativa del trauma posterior a las situaciones límite. De esta manera, y recurriendo al aparato conceptual del psicoanálisis, LaCapra da cuenta del trauma como objeto de estudio de la historiografía con el fin de hacer más justicia a los modos de narración de la historia, sobre todo en las situaciones límite. Este trabajo, organiza tres duplas conceptuales con el fin de suplir las falencias de los discursos históricos previos: que son: ausencia-pérdida, deseo-demanda y empatía-suplantación, que estarían relacionados con la superación de las falencias previas evidenciadas a nivel psicológico, historiográfico y ético, respectivamente.

En este sentido, el objetivo principal del presente documento tiene la intención de observar cómo las falencias presentadas por los métodos historiográficos del siglo XX pueden tener una posible salida a partir de la observación del trauma como un objeto de estudio de la historiografía. Para lograrlo, se proponen tres momentos: 1. El reconocimiento de las consideraciones del discurso histórico según los métodos historiográficos del s. XX; en el que se da cuenta de la forma en que se aborda la historia desde dichos métodos historiográficos. 2. La exposición del planteamiento de LaCapra en el que se considera el Discurso Histórico como construcción narrativa del trauma posterior a las situaciones límite, reconociendo una doble dimensión del trauma, a saber, estructural e histórico. Esta observación permitiría distinguir el trauma de las personas afectadas directamente por los sucesos límite, del trauma que se presenta en la persona que no se halla directamente involucrada.. Por último, 3. se acude a las herramientas conceptuales brindadas por el psicoanálisis con el fin de atender a las necesidades y falencias de las consideraciones previas del discurso histórico.

A partir de un análisis documental de la obra de LaCapra y el trabajo comparativo del uso de sus categorías, este trabajo pretende mostrar la necesidad de hacer del trauma un objeto de estudio historiográfico, especialmente proponer que sean tenidas en cuenta las situaciones límite y el padecimiento de las víctimas. Es importante considerar sostener que la lectura de LaCapra se hace pertinente, en la medida en que permite el análisis crítico y la reconsideración

de lo que se comprende como *la historia*. Recientemente, se han publicado algunos trabajos (por ejemplo las *tesis sobre la historia* de Walter Benjamin o *representar y disponer* de Antanas Mockus) que sostienen la idea de que es necesario desmontar algunos mitos históricos en tanto estos responden a las consideraciones sociales de una época demarcada. Las herramientas conceptuales brindadas por el trabajo de LaCapra y el modo en que se acude al psicoanálisis, principalmente lacaniano, y su uso categorial hace que se pueda recurrir a un aparato conceptual pertinente que permite la realización de la observación, análisis y evaluación de los discursos históricos.

Además, el trabajo histórico de LaCapra permite comprender las limitaciones de la historia y las formas en que debe realizarse su trabajo historiográfico. Su lectura sobre Jacques Derrida y el análisis de la categoría de *différance*, permiten comprender que en el trauma hay un elemento de indecibilidad, es decir, un sufrimiento de tal magnitud en el individuo afectado que es imposible referir con exactitud la forma en que dicha afección se da. No hay en las situaciones límite forma alguna de registrar en su totalidad el padecimiento de las víctimas. Con ello, las pretensiones positivistas de la historiografía deben asumir y reconocer su total imposibilidad de referencia, y reconocer a la vez la vulnerabilidad del individuo que impide hacerlo susceptible de total evaluación filosófica.

Por último, al final de este documento se realiza un epílogo en el que se busca realizar una aplicación del discurso histórico de LaCapra para la observación del Conflicto Armado Colombiano, entendiéndolo como una situación límite. El trabajo de LaCapra puede aportar una ayuda significativa a la comprensión de la problemática situación colombiana y a atender a las dificultades presentadas en la distinción de los actores políticos involucrados en el conflicto. Además, se apunta a que posteriormente sea posible realizar una lectura que reconozca y distinga el trauma de las víctimas del que padece la población en general, bajo la hipótesis de que quizás sean el trauma y la historia objetos que puedan ser usados en el discurso político como herramientas de manipulación.

Capítulo I: Comprensiones previas del discurso histórico

La Segunda Guerra Mundial marcó un hito en la forma de comprensión de la historia. Hasta entonces, había dos métodos que pretendían hacer justicia¹ a la escritura de la historia, es decir, a la hora de realizar una narración del pasado. El primero de estos era la Investigación Documental, cuyos objetivos eran de corte positivista y buscaban una mayor fidelidad de narración con base en documentos, publicaciones, leyes, etc. Esta tendencia historiográfica pretendía hacer de la historia una ciencia, por lo cual era necesario alejarla de artes como la literatura, reconocida por su carácter narrativo que no distinguía la realidad de la ficción.

El segundo era el Constructivismo Radical, que sostenía que el historiador podría involucrarse en el trabajo historiográfico insertando posibles hipótesis y elementos fantásticos, dado que con ello se podía hacer más justicia a los intentos de narración. Este método tenía fuertes influencias del estructuralismo, en la medida en que consideraba que el historiador debía fabricar las estructuras narrativas históricas, de manera que en estas se pudieran ordenar de manera lógica los sucesos históricos. En otras palabras, el historiador debería acudir a la fantasía para realizar la validación y vinculación de los hechos.

Sin embargo, surgió entonces un problema cuando, después de la aparición de los campos de concentración, se crea una nueva categoría –las situaciones límite en LaCapra- que supone un nuevo movimiento en la historia y las ciencias sociales contemporáneas, -los estudios del trauma. En este movimiento, se hace evidente la necesidad de un manejo ético responsable y de una sensibilidad que reconozca la posición de las víctimas y los traumas padecidos por estas

¹ Cuando este documento se refiere a *hacer justicia* a la escritura de la historia, está siguiendo la misma noción de Ankersmith, en su respuesta al profesor Zagorin (1990). En este documento, Ankersmith sostiene:

Todo lo que es esencial e interesante en la escritura de la historia, no se halla en el nivel de las afirmaciones individuales son en el nivel de política que los historiadores abrazan (...) Hacer aseveraciones *verdaderas* acerca del pasado es fácil -cualquiera puede hacerlo- pero hacer las aseveraciones *que corresponden* acerca del pasado no es nada fácil. [esas afirmaciones] son entidades lógicas que ocupan un lugar inmediato al de otras entidades lógicas conocidas ya por todos a través de la lógica filosófica. (...) Si tomamos en serio el texto y esas sustancias narrativas nos transformamos en posmodernos; si vemos solo la aseveración seguimos siendo modernos. (Ankersmith F., 1990, p. 209)

Esta inquietud ya no es histórica sino filosófica. Es la preocupación por reconocer cómo se da cuenta de la historia y por evaluar el impacto de esas *sustancias narrativas* que mencionó Ankersmith. El historiador que se ocupa de realizar las aseveraciones de verdad cumple con su trabajo cabalmente. Sin embargo, el filósofo de la historia considera que dichas sustancias narrativas tienen un impacto en el lector y en la consideración de los hechos del pasado. Está preocupado, entre otras cosas, por reconocer qué es lo que se está diciendo, bajo que condiciones, tipo de afirmaciones y pretensiones, e incluso tiene presente el posible impacto político y social que podría tener su lectura.

en situaciones que demandan un especial cuidado para su abordaje y estudio. Es en los estudios de trauma donde se inscriben historiadores como Dominick LaCapra. Para los intereses del autor, las vertientes históricas son comprendidas, casi de manera caricaturesca, en dos metodologías historiográficas, a saber la Investigación Documental (ID) y el constructivismo radical (CR). Ambas consideraciones históricas, (LaCapra, 2005, pp. 27-28 No. 1) aunque tienen importantes ventajas para la narración de la historia, resultan insuficientes para dar cuenta de escenarios tales como Auschwitz, y otros similares que pudieran catalogarse como situaciones límite.

La crítica de LaCapra a ambos métodos historiográficos y sus respectivas consideraciones del discurso histórico supone una nueva comprensión y definición del trabajo de la historia sobre todo a partir del abordaje del trauma como objeto de estudio. A continuación, se ofrecen las consideraciones del discurso histórico de ambos métodos. Posteriormente, se da razón de las insuficiencias que suscita el discurso histórico de estas comprensiones según LaCapra. El presente trabajo concluye con la observación de la necesidad de hacer del trauma un objeto de estudio de la historiografía y de las ventajas que suponen las categorías del psicoanálisis para su abordaje.

1.1 El Discurso Histórico de la Investigación Documental

La división entre ambos tipos de discurso histórico aplicada por LaCapra ya había sido realizada a mitad del siglo XX por el famoso historiador francés Marc Bloch. Para el año 1949 se publica *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, cuya edición en español se hizo bajo el título de *Introducción a la Historia*. Esta obra fue tomada de los manuscritos aún no terminados de 1941 que Marc Bloch escribió cuatro años antes de fallecer. En esta, tenía la intención de referir la necesidad y pertinencia de la historia, y su posible impacto en la educación, tal como lo ve Lucien Febvre (editor, colega y amigo de Bloch) por lo que podría considerarse como el testamento de Bloch a los historiadores jóvenes. Dicha obra, comienza dando cuenta de una división en los métodos historiográficos muy parecida a la que LaCapra plantea casi 50 años después. Refiriéndose a los historiadores y el trabajo historiográfico, Bloch sostiene que:

unos creyeron posible, en efecto, instituir una ciencia de la evolución humana conforme con un ideal en cierto modo pan-científico, y trabajaron con afán de crearla, [y] optar finalmente por dejar fuera de los efectos de este conocimiento de los hombres muchas realidades muy humanas, pero que les parecían desesperadamente rebeldes a un saber racional. (Bloch, 2012, p. 19).

Es decir, para Bloch, quienes se inclinaron por hacer de la historiografía una ciencia, pretendieron establecer una ordenación sistemática de los hechos suprimiendo aquellos que, bajo los criterios de la racionalidad, escaparan a la comprensión de la realidad. Cuando Bloch se refiere a *realidades muy humanas*, se refiere al comportamiento y las decisiones aparentemente erráticas que parecen carecer de justificación. Sin mencionar ejemplos, parece ser que para Bloch, el carácter humano involucra, casi siempre, comportamientos que no pueden explicarse bajo el paradigma positivista de las ciencias, por lo cual, quienes querían hacer de la historia una de ellas, tuvieron que renunciar a la narración de hechos de este tipo.

A la comprensión historiográfica de carácter positivista, tal como la anterior referencia de Bloch, LaCapra la define como Investigación Documental. En esta, según LaCapra, dicho abordaje historiográfico pretendía “reunir pruebas y hacer aseveraciones referenciales con forma de reivindicaciones de verdad fundamentadas en esas pruebas [que] son las condiciones necesarias y suficientes de la historiografía” (LaCapra, 2005, p. 27). En este sentido, escribir la historia se reduce a remitirse a fuentes documentales que den soporte y validación a los sucesos del pasado.

Esta forma de comprender la historia como una ciencia formal, parte de un prejuicio positivista que indica que abordar la historia es siempre posible; así, “la historia esgrim[ía] la bandera de la objetividad y se procuraba distanciarla -si no disociarla- de la literatura, especialmente de las ‘bellas letras’ ” (LaCapra, 2005, p. 28). Este ejercicio de separación de la historia con la literatura, consideraba necesarios un rigor y una ejecución de corte científicista sobre la narrativa del pasado.

Las características de la historiografía de corte documental son cinco según la enumeración de LaCapra:

1. “[...] estricta separación u oposición binaria entre el sujeto y el objeto” (p. 31), las posibilidades de consideración de la historia como ciencia, implican una radical diferencia entre el investigador y objeto investigado. Con ello, se observa que el papel del investigador es limitado en tanto su trabajo es exclusivamente el de dar cuenta de los sucesos del pasado, con lo cual su responsabilidad llega tan solo ofrecer correctamente los datos, cifras, fechas, nombres y sucesos del pasado.
2. “[...] tendencia a fundir y confundir la objetividad con el objetivismo o la objetificación del otro” (p. 31). En este punto, la Investigación Documental considera que la objetividad está determinada por la capacidad del historiador de hacer de la historia un objeto de estudio enmarcado, limitado y determinado. Cualquier elaboración sobrepuesta solo es

un errante historiográfico. No solo con ello se desconoce la dimensión humana del historiador, que involucra limitaciones determinadas por sus ideologías, sesgos políticos, etc., sino que además considera que la objetividad está dada por una distancia amplia que se toma entre el investigador y el pasado como objeto investigado. Aquí, las valoraciones de los sucesos del pasado no tendrían entonces una posibilidad de desarrollo ético, político o moral, sino exclusivamente científicista. No es ello objetividad, sino objetivísimo, es decir, esta separación no es una condición necesaria y suficiente para ser objetivos, sino, y antes bien, una limitación para dar cuenta necesaria de los sucesos del pasado en situaciones límites como las de Auschwitz.

3. “[...] identificación²² de la comprensión histórica con la explicación causal o con la contextualización más plena posible del otro” (p. 31). La historia es comprendida en virtud de las posibles explicaciones que den cuenta del porqué de los sucesos. A todo hecho, se presupone, le antecede una causa. Dado el carácter científicista que se desea que adquiera la historia para la Investigación Documental, la historia debe ser comprendida en términos científicos de reglas de causalidad. Aunque no es explorada por LaCapra, esta consideración resulta problemática, porque, sin quererlo, se realiza con este tipo de explicaciones una justificación de los sucesos históricos. De esta manera, por ejemplo, se observa como necesario el desarrollo de campos de concentración y posteriormente el exterminio de los judíos, en tanto estas acciones, obedecerían a una o varias causas. La responsabilidad de victimarios en las situaciones límite de la historia, queda subsumida a una obligatoriedad adquirida por diversos factores dados, cuyo producto final será cada uno de los sucesos históricos.
4. “[...] negación de la transferencia o del problema que suscita el hecho de que el observador esté implicado en el objeto de observación” (p. 31) según lo cual se comprende al historiador como un investigador ajeno a las afecciones de la elaboración histórica. LaCapra no pretende afirmar que las acciones del historiador resulten positivas o negativas para el desarrollo de la historiografía, sino que se reconozca la transferencia, es decir, la observación de que el hecho de que un historiador aborde cierto suceso histórico, supone a la vez su implicación en la forma de comprensión de la realidad.

²² “Por identificación, entiendo la fusión no mediada del yo y el otro en la cual la otredad o alteridad del otro no es reconocida ni respetada” (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, p. 50 N. 31). La identificación que refiere LaCapra es una categoría psicoanalítica que se utiliza para referir la acción por medio de la cual una persona asume abusivamente los padecimientos como propios. En estos casos, se irrespeta la posición del individuo que tiene un sufrimiento, pues al ser asumido por otros, su padecimiento se ve descuidado.

Si la historia es un trabajo ajeno de los prejuicios de los investigadores, entonces deben aceptarse todas sus premisas sin mayor crítica. Toda idea historiográfica debería ser aceptada aun cuando legitime discursos que resulten perjudiciosos. El problema al que nos enfrentamos es que las interpretaciones pueden legitimar ideologías que no lo merezcan. Acudamos a un ejemplo para dar cuenta de este fenómeno. Durante el ascenso del Tercer Reich al poder, se acudió a la historia para mostrar la supuesta supremacía aria sobre las demás razas. Dado que no se tiene en cuenta la transferencia, es decir, el problema de que el historiador está también involucrándose a sí mismo y a sus prejuicios, se aceptan como verídicos los argumentos históricos que ‘demuestran’ la supuesta necesidad de defender los campos de exterminio para el ascenso de Alemania. De haber reconocido que los historiadores que mantuvieron esta idea, lo hacían también en tanto involucrados en el trabajo de la elaboración de la historia, podría haberse levantado un velo de sospecha sobre sus erradas, o por los menos cuestionables, observaciones sobre la historia.

Para la Investigación Documental, los padeceres, prejuicios e ideologías del historiador son un obstáculo que debe ser superado cuando no ignorado. El historiador, entonces, es un sujeto ahistórico, es decir, que las filiaciones y padeceres de su época no le afectan directamente, considerándose capaz de visión objetiva –u objetivizada³- de los sucesos.

5. “[...] subestimación de la relación dialógica con el otro que le reconoce una voz o perspectiva que pueden interpelar al observador” (p. 32). Realizando la separación sujeto/investigador-objeto/investigado, se presupone que el primero percibe una visión del segundo y la expone tal cual es. De esta manera, solo el primero porta la voz, y es capaz de hablar sobre lo acontecido. Los hechos históricos mismos son carentes, entonces, de posibilidades de decir algo, incluso de interrogar al historiador. No solo es demasiado pretensioso el papel que quiere dársele al investigador como sujeto carente de prejuicios y exclusivo portador de voz, sino que se hace problemático poder realizar una crítica válida a la historiografía, en tanto los acontecimientos históricos se convierten en agentes pasivos de conocimiento a los que puede accederse sin mayores reparos.

Las anteriores observaciones de LaCapra dan cuenta de una posición abiertamente positivista y una consideración del pasado que permite hacer de la historia una ciencia. El problema es que

³ Como se desarrolla más adelante, para la Investigación Documental la objetividad reside en la objetivización de los sucesos históricos. Es decir, las posibilidades de acceso a la verdad histórica tienen éxito en virtud de la posibilidad de hacer de los sucesos históricos un objeto ajeno al desarrollo del trabajo del historiador. Esto representa un error en tanto, de una u otra manera, el historiador siempre se ve afectado por los sucesos sobre los que quiere llamar la atención.

la realidad humana, objeto de estudio de la historiografía, no siempre es ordenada, por lo que su consideración como ciencia se dificulta. Así por ejemplo, como lo observa Bloch, se reconoce una limitación al abordar los estudios sobre el hombre: se hallan realidades que parecen incompatibles con el carácter predictivo de las ciencias formales. Al respecto de este tipo de situaciones, Bloch sostiene que este elemento inherente e innegable de la naturaleza humana que le hace impredecible era considerado un residuo, una ínfima dimensión que no valía la pena explorar: “[e]ste residuo era lo que llamaban desdeñosamente el acontecimiento; era también una parte de la vida más íntimamente individual” (Bloch, 2012, p. 19). Las tendencias positivistas afines a estas observaciones serán rotuladas bajo el título y discurso histórico de Investigación Documental en palabras de LaCapra.

Bloch identifica esta idea positivista en la percepción de la historia de la sociología durkheimiana, pues, una vez referidas las características de dicha tendencia, sostiene que “tal fue, en suma, la posición de la escuela sociológica fundada por Durkheim” (Bloch, 2012, p. 19). También LaCapra comparte esta percepción frente a Durkheim en su tesis de doctorado y en su primer libro, titulado *Émile Durkheim, Sociologist and Philosopher* (2001). En este, LaCapra realiza un recorrido por el trabajo de Durkheim en el que descubre que las bases de la sociología fundada por el autor se cimentan en una percepción de la historia que supone que los movimientos sociológicos no desaparecen nunca. “En su mente, la sociología se ‘postula como un axioma en que las preguntas que han sostenido su lugar en la historia nunca pueden ser pasadas de moda; ellas pueden transformarse pero no pueden desaparecer’ ”⁴ (LaCapra, 2001, p. 03).

Para Durkheim, según la lectura de LaCapra, las preguntas que implican a la humanidad han permanecido, de una u otra manera, a lo largo de la historia, por lo que es posible realizar una predicción de los movimientos históricos, por lo cual, la historia se convierte en un objeto de estudio que hace de la sociología y la historiografía una ciencia en el sentido formal del término. Esta consideración de la historia por parte de la sociología y las ciencias humanas se halla en el marco del neopositivismo⁵.

⁴Las traducciones son propias.

In his mind, sociology had "to pose as a n axiom that questions which have held their place in history can never be outmoded; they can become transformed but cannot perish." (LaCapra, 2001, p. 03).

⁵ Se realiza aquí una breve descripción de las diferencias entre positivismo y neopositivismo que, aunque no libre de objeciones, sí resulta útil para las pretensiones del ejercicio. Siguiendo a Vila Vernis en la introducción a *la Voluntad de Creer* (1897) de William James, el positivismo y el neopositivismo “pretenden convertir la ciencia en el modelo de todo conocimiento, pero se aplican a este proyecto de modos bastante distintos” (Vila Vernis, 2009, p. 14).

Por una parte, el positivismo se halla inscrito en una lucha en que los conocimientos científicos diferían de las posibilidades de conocimiento de elementos que le fueran ajenos a su método. En estos estudios que difieren de las ejecuciones metodológicas de las ciencias formales, se puede inscribir la historiografía como método, la historia como resultado y el pasado como objeto de estudio. Sin embargo, la pretensión positivista fue la de tratar de hacer de todas las realidades, un objeto de estudio del método científico, es decir, tratar de aplicar este en todos los terrenos, incluso en ese pasado y la historia:

La mayoría de los positivistas se lanzaron a conquistar nuevos territorios para la ciencia, a menudo en los entornos más hostiles e impracticables para ella, y generalizaron atrevidamente las conclusiones de la física y la biología de su época con doctrinas como el materialismo, el mecanicismo, el determinismo, etc. (Vila Vernis, 2009, p. 15)

Una solución a dicha problemática (que le convenía a las ciencias humanas, por qué no decirlo) fue suponer que, simplemente, hay conocimientos que escapan a las posibilidades de conocimiento del método científico. Es decir, para el caso de la historiografía por ejemplo, dado que el pasado no es accesible como objeto de estudio científico formal, no es posible conseguir aplicar el método científico a este y, simplemente, la historiografía apenas podrá limitar algunas de sus herramientas a esta aplicación, como el caso de los documentos escritos hallados.

Sin embargo, el neopositivismo, surgido con el Círculo de Viena en la segunda década del s. XX, a diferencia del positivismo, aunque aparentemente menos pretencioso, consiguió que se hiciera una menor apreciación de las ciencias humanas. Si el positivismo había intentado, sin éxito, hacer que todos los objetos de estudio se sometieran a su método, el neopositivismo se bastó con suponer que dichos elementos que se rehusaran a hacerlo, simplemente, no podrían suponerse como verdadero conocimiento. El cambio de estrategia del neopositivismo “sería levantar una barrera infranqueable a su alrededor, en forma de una estricta codificación técnica de su método” (Vila Vernis, 2009, p. 15). Con este cambio, el neopositivismo opera en la historiografía pretendiendo hacer la elaboración de la historia a partir de los objetos que le son accesibles y abordables de manera científica. Es en estos movimientos en los que es posible rastrear las variables de la Investigación Documental para la comprensión y el abordaje de la historia, por lo que su historiografía es, ciertamente, científicista.

En ese orden de ideas, conviene afirmar que aunque la obra de LaCapra apareció originalmente en 1972, mucho antes de la división realizada en *Writing History, Writing trauma*, LaCapra evidencia en Durkheim una percepción particular de la historia. Según LaCapra, “Durkheim tocó una concepción de historia que en sí misma nunca es una mera cronología ni un desarrollo evolutivo sino un proceso complejo y multidimensional de

desplazamiento o repetición más o menos controlado, aunque a veces perturbadoramente traumático, cambio” (LaCapra, 2001, p. 03)⁶. Es decir, aunque se evidencian cambios a lo largo de la historia, los movimientos más destacados son siempre predecibles, por lo que pueden rechazarse aquellas situaciones que parecen arbitrarias y prestar toda la atención a los momentos y movimientos históricos predecibles.

Así, en resumen, tanto Bloch como LaCapra observan en Durkheim el paradigma que aquí se ha llamado Investigación Documental, en el que se observa la historia con un cierto carácter predictivo, lo que permite defender su papel de ciencia, pero en el que, aun reconociendo la dimensión humana de imprevisibilidad, se rechazan las arbitrariedades como objeto de estudio. Durkheim, cuyo trabajo se desarrolló a finales del s. XIX se hallaba en una época histórica en la que el paradigma de investigación era científicista según las observaciones que había planteado el positivismo comtiano. En el afán de otorgar a las ciencias humanas ese carácter, no hay más opciones que rechazar las arbitrariedades humanas por carecer tanto de importancia como de posibilidades de conocimiento para este tipo de abordaje historiográfico.

A pesar de lo dicho hasta aquí, no debe deshecharse del todo la Investigación Documental. Como lo manifiesta Bloch, esta metodología “nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, de manera menos barata (Bloch, 2012, p. 20)”. Así, esta tendencia historiográfica, si bien es limitada, ha realizado aportes importantes al campo y tiene elementos que deben rescatarse y mantenerse, tales como los intentos de ser objetivos en la medida de realizar y no descuidar las aseveraciones de verdad, acudir constantemente a dar razón claramente de lo expuesto, llevar un registro en un sistema de notas que impida divagaciones inútiles o falseables, contextualizar al lector y dar soporte a las aseveraciones realizadas, entre otros.

Para el caso de los intentos de manipulación de la historia con algún fin de orden político o económico, la Investigación Documental ha permitido mantener el trabajo historiográfico en cuanto creador de la historia, libre hasta cierto punto de sesgos de orden ideológico porque exige al historiador dar exhaustiva cuenta del soporte historiográfico que defienda la posición que desee asumir. El carácter de objetividad ha sido sostenido, a pesar del reconocimiento de dificultades en el campo historiográfico.

Sobre dichas dificultades, LaCapra hace una observación crítica de este método y revela las problemáticas que éste presenta sobre las posibilidades de conocimiento de la historia: no serían

⁶ Here Durkheim touched upon a conception of history itself neither as a mere chronology nor as evolutionary development but as a complex, multidimensional process of displacement, or repetition with more or less controlled, yet at times disruptively traumatic, changes. (LaCapra, 2001, p. 03)

más que afirmaciones tautológicas que reivindicar, a fin de cuentas, los prejuicios del historiador: “un paradigma de investigación autosuficiente y su exageración positivista confinan a la historiografía a aseveraciones constativas o referenciales que implican reivindicaciones de verdad hechas por un observador acerca de un objeto de investigación netamente diferenciado” (LaCapra, 2005, p. 32). El problema de esta concepción es que la historiografía se convierte en un bucle que sustenta su objetividad en constantes autorreferencias, un problema de forma en el que las conclusiones de investigación no son más que la reafirmación de las aseveraciones preconceptuales del historiador.

El carácter que se le imprime al historiador como un sujeto que consigue un trabajo siempre objetivo (u objetivizado)-⁷, proviene de un prejuicio que supone posible todo conocimiento histórico y que desconoce las limitaciones y falencias que este posee. No solo no nos es accesible todo el pasado en sí mismo, sino que la forma en como este se nos presenta responde a los prejuicios sociales, políticos e ideológicos de quien observa la historia. Desconocer esta realidad reduce las posibilidades de lograr un conocimiento rico del pasado a partir de la multiplicidad de percepciones. Escenarios como las situaciones límites, tales como Auschwitz, suponen tal multiplicidad de actores, situaciones y factores que demandan la observación desde diferentes perspectivas que enriquezcan el conocimiento sobre la historia.

Esta característica, que para el positivismo y neopositivismo se comprendería como una falencia, es decir, la particularidad de observar el mismo fenómeno de diferentes maneras dependiendo de la perspectiva, se debe consolidar, por lo menos en las situaciones límite, como una ventaja que supone una posibilidad más abierta de conocimiento del fenómeno. De esta manera, no se somete este a ser el resultado de los ejercicios de una historiografía catectizada que impida el reconocimiento de la verdad. En otras palabras, el hecho de que la objetividad no resida en una objetivización, permite que la historia no sea reducida al arbitrio de quien la observa, sino que se considere diferentes posiciones que enriquezcan la comprensión de dichos fenómenos, lo que permite al historiador tener una visión más holística de la realidad.

1.2 El Discurso Histórico del Constructivismo Radical

A partir de las observaciones de los límites de la Investigación Documental, -sin olvidar, claro está, sus ventajas y aportes-, surge un tipo de discurso histórico como alternativa que contempla un papel activo del historiador. Bloch refiere el trabajo de los historiadores de este corte de la siguiente manera: “se inclinaron a ver en ella, [la historia] más que un conocimiento

⁷ Ir a la nota 2.

verdaderamente científico, una especie de juego estético, o, por lo menos, de ejercicio higiénico favorable a la salud del espíritu” (Bloch, 2012, p. 20). En buena medida, hablar del pasado no puede limitarse exclusivamente al registro documental, dado que son varios los elementos que abren la comprensión del pasado. Esta multiplicidad de elementos invita a evaluar la realidad histórica a partir, no de un ejercicio exclusivamente científicista, sino a permitir la especulación y la elaboración teórica, si esta puede contribuir a ampliar la comprensión del tiempo pretérito.

Para Bloch, estos historiadores, fueron marcados por la experiencia que mostraba un constante volver a empezar en la historiografía documental. Debido a que, si se recurría exclusivamente a la Investigación Documental, todos los hechos habrían de ser comprobados siguiendo las reglas del método científico. En el momento en que ello ya no fuera posible, habría sido frustrado el intento de narrar la historia, la necesidad de recurrir a alternativas no fue solo una posibilidad sino, incluso, una necesidad. Así, estos historiadores comenzaron a plantearse la posibilidad de realizar un trabajo en el que sus percepciones, inferencias y posibles conexiones observadas pudieran dar cuenta, de manera más óptima, de las necesidades de la historia.

El fin que perseguían parecía más pragmático: Responder a las exigencias de una historia a la que se le pide dar razón sobre el presente y ofrezca perspectivas para el porvenir. Para Bloch, a estos autores “les pareció que la disciplina a que habían consagrado su inteligencia no podía ofrecer, a fin de cuentas, conclusiones muy seguras en el presente, ni muchas perspectivas en el futuro” (Bloch, 2012, p. 20). A este tipo de historiadores “[a] menudo se les ha llamado ‘historiadores historizantes’, sobrenombre injurioso para nuestra corporación” (Bloch, 2012, p. 20).

No se les denomina así en este documento. Se prefiere el nombre dado por LaCapra que les identifica como miembros del Constructivismo Radical. Esta es una propuesta de trabajo historiográfico desarrollada ampliamente por Frank Ankersmith y Hayden White, quienes servirán de modelo paradigmático para dar las características de esta tendencia. Estos autores “aceptan la distinción entre aseveraciones históricas y ficcionales en el nivel de la referencia a los sucesos, pero la cuestionan en los niveles estructurales” (LaCapra, 2005, p. 33). Esto quiere decir que, si bien aceptan que hay hechos ficticios que, erróneamente, se aceptan como verdaderos y por ello es necesario distinguir los sucesos históricos de los exclusivamente fantásticos, a nivel estructural las aseveraciones ficcionales son lícitas de usar en tanto contribuyan a realizar una mejor comprensión y elaboración del pasado y su significado.

Para los autores, la posibilidad, o mejor la necesidad, de acudir a elementos ficcionales⁸, tiene una utilidad no despreciable cuando la historiografía asume un papel político. Es aquí donde se acentúa el carácter pragmático considerado por Bloch. Citado por LaCapra (2005), Ankersmith (Ankersmith F., p. 209) afirma:

Todo lo que es esencial e interesante en la escritura de la historia (...) [se halla] en el nivel de la política que los historiadores abrazan cuando eligen las afirmaciones que confieren individualidad a su “pintura del pasado”. [...] Hacer aseveraciones *verdaderas* acerca de pasado es fácil –cualquiera puede hacerlo– pero hacer las aseveraciones *que corresponden* acerca del pasado no es nada fácil. (LaCapra, 2005, 31)

Por “pintura del pasado” Ankersmith entiende el carácter individual que cada historiador le imprime al discurso histórico, forjado por los elementos de fantasía que le son asignados por su sistema de prejuicios y nociones ideológicas. Así, el problema de la objetividad fundida en el objetivismo de la Investigación Documental comienza a verse superado porque el ingreso de elementos ficcionales a la narratividad de la historia permitiría realizar las llamadas aseveraciones *que corresponden* que destaca Ankersmith como labor del historiador.

Por otra parte, la dimensión ética y política que asume el historiador da cuenta además de la responsabilidad que tiene la historia frente al campo de las ciencias sociales. El historiador en el Constructivismo Radical asume la tarea, no solo de presentarla de la manera más fiel posible, sino que le es legítimo, incluso establecer juicios frente a esta. De esta manera, su labor no solo se limitaría a dar cuenta del pasado sino que, al realizar dichas aseveraciones que corresponden, el historiador realiza una evaluación y valoración de los sucesos a partir de la estructura sugerida.

Remitiendo exclusivamente la historia a la Investigación Documental, nos encontramos con que de esta solo es posible referir los hechos y medir las implicaciones solo en razón de la situación causal que genere nuevos hechos de interés histórico. Sin embargo, sí es necesario realizar la evaluación, determinar la pertinencia de un hecho, observar la importancia de una

⁸ Los elementos ficcionales mencionados por el Constructivismo Radical son comprendidas a partir de tropologías. La tropología, cuyo mayor exponente en la filosofía de la historia es Hayden White, sostiene que, a partir de los modos retóricos puede hacerse una mejor comprensión de las categorías usadas por la historia o la sociología. En *Metahistoria* (1973) White sostiene hay tres formas tropológicas que definen la forma de escritura de la historia, a saber: 1. La trama literaria, evidente por ejemplo en Ranke y Tocqueville. En esta, los autores clásicos recurren a narrar la historia sirviéndose de la literatura. Así, consideran a un héroe, una situación fundante y un desenlace, a partir de los cuales explican un evento histórico. 2. Las formas de argumentación, tales como el mecanicismo de Marx que busca leyes generales a partir del estudio del comportamiento de la economía y, sobre estas, monta todo el bagaje histórico. 3. La comprensión histórica pasado-presente. Propia de los anarquistas, o los liberales y conservadores que acuden al pasado para explicar el presente.

acción o simplemente determinar la responsabilidad de un acto, no se está ya en el campo de la investigación científica. Las ampliaciones del ejercicio historiográfico a las aseveraciones que corresponde hacer, según Ankersmith, permiten al historiador ofrecer una mayor riqueza interpretativa de la realidad histórica, ya que aquellos elementos a los que era imposible acceder ahora son accesibles en virtud de las elaboraciones del historiador.

Por otra parte, acudir a elementos ficcionales es una alternativa para enfrentar el problema de la inaccesibilidad de la historia misma. Si el pasado no se muestra de manera que pueda abordarse de manera positivista, y de este solo llegan algunos fragmentos al presente, que incluso son susceptibles de desaparecer o averiarse, con los retazos del pasado que llegan al presente, y los elementos ficcionales a los que acude el historiador, puede presentarse una idea cercana de cómo es el pasado y realizarse las aseveraciones de verdad correspondientes a la historia.

Así, y continuando con la búsqueda de enfrentar el problema de saber cómo lograr la objetividad sin caer en la objetivización, el Constructivismo Radical descansa sobre la idea de que no es posible acceder de manera científica al pasado. Por ende, para los vacíos o lagunas existentes, el historiador puede proponer hipótesis ficcionales siempre y cuando estas permitan hacer justicia al ejercicio de dar razón del pasado. Es decir, si del pasado han llegado solo algunos elementos, para lograr determinar el todo del pasado es legítimo que, sin evadir la responsabilidad de defender la veracidad de los hechos, se pueda proponer algunas teorías que acudan a los elementos propios de la fantasía, con el fin de poder dar razón de los sucesos históricos. El historiador puede realizar una suerte de propuesta estructural histórica en la que los hechos del pasado cobren sentido. De esta manera, no se limita el trabajo del historiador al bucle al que condenó la historiografía en la Investigación Documental, sino que le permite una libertad que se plasma en las capacidades creativas para proponer estructuras ficcionales sin que por ello se descuide la objetividad.

Se comprende entonces “el texto histórico [como] un sucedáneo del pasado ausente” (LaCapra, 2005, p. 36). De esta manera, el historiador construye la historia como su objeto de estudio, dado que el pasado ya no está a su alcance. Este ejercicio es lícito porque, con las aseveraciones fantásticas, se aproxima al lector a guardar una empatía que le permite comprender con mayor razón los sucesos del pasado. De esta manera, las hipérbolas, las metáforas, las exageraciones, los símiles, etc., comprendidos en principio como elementos ficcionales asumen un rol válido dentro del trabajo historiográfico.

Surge aquí una aparente paradoja. Por una parte, se reconoce como necesidad capital la búsqueda de realizar las aseveraciones de verdad, mientras que por otra se afirma que no solo es posible, sino incluso necesario, insertar elementos ficcionales en el establecimiento de la estructura historiográfica. Antes de juzgar aquí una contradicción, conviene realizar ciertos matices que aclaren la posición del Constructivismo Radical. En este punto, LaCapra concibe dos niveles en las aseveraciones de verdad. El primero, es aquel que compete exclusivamente a la veracidad de los sucesos, que había enfrentado la Investigación Documental: y el segundo nivel que surge se da en el nivel interpretativo. De esta manera, en la tarea de Ankersmith:

[P]uede ser que decir lo que corresponde no implique limitarse a hacer afirmaciones verdaderas, pero constitutivamente exige hacerlas, tanto en el nivel de las aseveraciones relativas a sucesos como en el nivel más vasto de los empeños narrativos, explicativos o interpretativos. Puede ser que arbitrar entre las reivindicaciones de verdad sea algo muy distinto cuando se trata de sucesos o de empeños más ambiciosos (como las interpretaciones o lecturas del pasado), pero las reivindicaciones de verdad están en juego en los dos niveles. (LaCapra, 2005, p. 36)

Es decir, las aseveraciones de verdad se realizan tanto en un nivel de los sucesos como en un nivel interpretativo. Dar razón de los hechos de la historia requerirá, pues, dar cuenta tanto de los hechos acontecidos, que corresponderían a ese primer nivel, como a las posibles lecturas e interpretaciones que, ubicadas en el segundo nivel, aunque respondan a las argumentaciones propias de cada historiador, se deben ubicar bajo el apelativo de aseveraciones de verdad. Para comprender mejor este doble nivel, LaCapra propone el debate que sobre el holocausto judío se ha suscitado entre los llamados intencionalistas vs funcionalistas.

Los intencionalistas consideran que el exterminio judío llevado a cabo por los nazis responde a una intención xenófoba planeada desde el principio por la dictadura de Hitler. Por su parte, los funcionalistas atribuyen el genocidio a una serie de sucesos que se fueron dando sin una conciencia intencional previa, es decir, las ejecuciones, los campos de concentración y los eventos relacionados con el exterminio judío, eran producto de una diversidad de factores tal que es imposible atribuir dicha responsabilidad y desastre a una conciencia única que tuviera una planeación previa para llevar a cabo el exterminio por parte del gobierno del nacionalsocialismo.

Ambas posiciones, aunque legítimas, pueden responder (y de hecho lo hacen), a los sistemas ideológicos que el investigador sopesa. Cada investigador estará inclinado a asumir, por lo

general, una de las dos posiciones del debate en tanto sienta filiación ideológica por este. Aquí, para Ankersmith y LaCapra, se suscita una sospecha respecto a la supuesta objetividad radical que tenía el investigador en la Investigación Documental. Entonces, “es necesario prestar atención a las diversas dimensiones o funciones ideológicas y políticas en el presente de los relatos históricos” (LaCapra, 2005, p. 36). La tesis defendida por investigadores como Ankersmith, y más adelante White, es que hay unas ideologías involucradas en todo discurso histórico, con lo que se empieza a presuponer la existencia del discurso histórico como construcción narrativa.

Conviene afirmar que el denominado Constructivismo Radical se ubica en el marco del estructuralismo. Dicho movimiento comenzó con la lingüística de Ferdinand de Saussure y Claude Lèvi-Strauss (Antropología estructural, 1995) y se extendió a otras ciencias humanas hasta que fue imperante en la antropología, la sociología y el psicoanálisis (lacaniano) de mitad del siglo XX (Arrivé, 2004). Según este movimiento, los fenómenos humanos aparentemente entrópicos son, en el fondo, ordenados y sistematizados en estructuras que, al ser descubiertas por el hombre, permiten la lectura y conexión lógica de fenómenos aparentemente arbitrarios e ilógicos.

En ese orden de ideas, quien se dedica a las ciencias humanas, y en concreto a la historia, comienza un trabajo de formalización de los eventos historiográficos y los organiza a modo de sistemas lógicos cohesionados. El estructuralismo sostiene que la pertinencia de estudiar dichas estructuras reside en tanto estas sustentan el sistema de ideas de los individuos y las culturas, por lo que también la estructura afecta los modos de pensar la realidad. Si se sostiene dicha hipótesis, se debe a su vez admitir que los discursos históricos estarán impregnados por la ideología que adquiere cada individuo, y que, aunque no se descuide el rigor exigido, la objetividad de un discurso histórico no residirá ya en la capacidad de distinguir el objeto del sujeto, sino en reconocer las aseveraciones de verdad en el doble nivel indicado líneas arriba.

Al respecto, afirma LaCapra: “Sin duda podemos coincidir con Ankersmit [y con White] en que es imperioso prestar atención a las diversas dimensiones o funciones ideológicas y políticas en el presente de los relatos históricos. (2005, p. 36)”. Al asumir el discurso histórico con los elementos ficcionales insertos según el parecer del investigador, es necesario comprender a este como un sujeto que se forja un sistema ideológico para la comprensión de la historia, y que es en virtud de dicho sistema que el historiador construye una estructura fantástica. No se trata de decir aquí que se inserten elementos arbitrarios para reconstruir la historia. Se trata más bien de

reconocer que el discurso histórico absolutamente objetivo es imposible de forjar y que si bien, como podría decirse con Bloch “[e]l pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar, -también- el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar” (Bloch, 2012, p. 61).

1.2.1. El Discurso histórico como estructura narrativa.

Así, comienza a prestarse atención a las formas de la narratividad de los discursos, pues la estructura de estos daría razón de las concepciones de la historia. En un extenso análisis sobre la lógica narrativa aplicada a la historiografía, Ankersmith sostiene que hay “algún tipo de correspondencia entre el contenido de la narración y la realidad histórica representada en ella” (Ankersmith F., 1983, p. 74)⁹. En ese orden de ideas, para Ankersmith es posible sostener que también “se cree que hay una correspondencia similar entre la narración y el pasado” (Ankersmith F., 1983, p. 74)¹⁰. Para el Constructivismo Radical, entonces, no es forzado sostener que el lenguaje y la realidad comparten una estructura isomorfa.

El discurso histórico se convierte así en el discurso narrativo que se dibuja a sí mismo como una pintura del pasado (*picture of the past*). El discurso narrativo pretende entonces ordenar los hechos del pasado para otorgarles así una forma, una pintura que corresponde a la representación que podemos hacernos del pretérito. En una obra posterior, *narrativismo y teoría historiográfica* (1983), Ankersmith dedica el capítulo IV a explicar que también White ha logrado, a partir de un enriquecido neokantismo, concluir que la realidad y la narración se unen gracias al carácter trascendental de la mente humana. Ankersmith, tal como lo describe Pablo Castro de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en el prólogo a la obra en español:

[A]naliza el legado kantiano que posee White para la construcción de su pensamiento, en la cual la comprensión cognitiva del mundo deriva de las condiciones trascendentales de la mente humana. De hecho, la topología también “es algo que la mente trae a la realidad pasada y que no forma parte del pasado en sí” (Castro, 2013, p. 03)

Así, por una parte se tiene la concepción de ciertos sucesos históricos que es importante considerar, y por otra, estos se cohesionan en la creación de una estructura que permita una comprensión acertada de los hechos al organizarlos de manera lógica. No guardan una

⁹ Las traducciones sobre Akersmith son propias.

[S]ome kind of correspondence to exist between the content of the narratio and the historical reality depicted in it. (Ankersmith F., 1983, p. 74)

¹⁰ “(...)it is believed that there is a similar correspondence between the narratio and the past.” (Ankersmith F., 1983, p. 74)

diferencia insalvable, pues, debido al carácter categórico-trascendental (en el sentido kantiano del término) de la mente humana, las formas de comprensión de la realidad no difieren de las capacidades de representación, en este caso, del pasado. La tesis que pretende defenderse es que se comprende el discurso histórico como una creación del historiador que combina, de manera coherente, elementos de la realidad en estructuras que pueden ser fantásticas, y no por ello se viola la obligación de las aseveraciones de verdad que exige al trabajo historiográfico. Gracias al trabajo de White, que se expone a continuación, se podrá sostener esta tesis.

Hayden White es un reconocido historiador cuya obra cumbre es *Metahistoria. La Imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*. Publicado en 1973, tenía por pretensión dar cuenta de la relación en las formas de narratividad entre lo imaginativo y la historia. Tal como observa Jaume Aurell, profesor del departamento de Historia de la Universidad de Navarra, el impacto de White es de trascendencia para el desarrollo historiográfico de finales del siglo pasado. Su trabajo, el de White, comienza en los años cincuenta. Por entonces, White escribió la introducción de la obra del famoso historiador Carlo Antoni, *From history to sociology* (1961). En dicha introducción, citado por Aurell, White sostuvo que “el efecto de la narrativa es más importante que la verdad o la falsedad de lo narrado”¹¹ (Aurell, 2006, p. 628).

Con ello, White priorizaba el carácter performativo del texto por encima del texto mismo en referencia a la historiografía. Su apuesta, pretendía dar cuenta de que, lejos de lo considerado por la Investigación Documental, la forma de narratividad de la historiografía es análoga a la de la literatura y se acerca más a esta que a las descripciones científicas de narración pretendidas por el positivismo. Sus denuncias a la concepción historiográfica hasta entonces imperante fueron registradas en varios tomos de la revista *History and theory*, la más prestigiosa en el abordaje de la historia y la historiografía.

En *Metahistoria* aparece una concepción de la historia como disciplina que dista de la Investigación Documental: “considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa” (White, 1978, p. 9). Por obra histórica, puede comprenderse lo que en el presente trabajo se ha denominado discurso histórico. Acudiendo a historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX, contrapone los

¹¹ H. WHITE, “The Abiding Relevance of Croce's Idea of History”, *The Journal of Modern History*, XXV (1963), pp. 109-124 y H. WHITE, “Collingwood and Toynbee: Transitions in English Historical Thought”, *English Miscellany*, 7 (1956), pp. 147-178.

trabajos de estos y aquellos para observar que la diferencia que radica en ambos se da en el sentido de su forma, no de su significado.

He tratado de demostrar que las obras de los principales filósofos de la historia del siglo XIX (Hegel, Marx, Nietzsche y Croce) difieren de las de sus equivalentes en lo que se llama a veces "historia propiamente dicha" (Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt) sólo en el hincapié, no en el contenido. (White, 1978, p. 11)

La tesis de White, que le daría el protagonismo conseguido, sería la revelación de los elementos fantásticos de los que, precisamente, deseaba alejarse la historiografía de la Investigación Documental. Dicha tesis puede dividirse en dos subtesis. Por una parte, reconoce que las historias, a saber, las diferentes versiones de la historia dadas por cada historiador, se componen de tres elementos: "Las historias (...) combinan cierta cantidad de "datos", conceptos teóricos para "explicar" esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados" (White, 1978, p. 10). Dichos tres elementos, en resumen, serían (1) los "datos", (2) los conceptos o categorías que dan cuenta de los datos y (3) la estructura en la cual se presenta.

Tras estos tres elementos, y sustentando la lógica que los enlaza, la segunda subtesis es que para White hay una metaestructura que estaría por detrás del armazón que sostiene los datos de los sucesos y los conceptos historiográficos.

Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de *naturaleza poética, y lingüística*¹² de manera específica, y que sirve como paradigma pre críticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie "histórica". Este paradigma funciona como elemento "meta histórico" en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo. (White, 1978, p. 10)

Así, la historiografía de la Investigación Documental se verá confrontada, debido a que White habrá descubierto que existe una metahistoria, una metaestructura más profunda que sostiene la exposición de la historia. Dicha metaestructura historiográfica es de "naturaleza poética y lingüística" y, por lo tanto, análoga a las formas de narración de la literatura. Con ello, se coloca un paradigma que aleja a la historia de las aproximaciones de corte positivista que perseguía la Investigación Documental.

¹² La cursiva es propia. Es usada debido a la importancia de la observación de White que representa un cambio paradigmático en la concepción del discurso histórico.

Aurell, al respecto, afirma que para White “(l)a distinción entre historia y literatura no radica en su forma narrativa sino en su contenido, real en la primera, imaginativo en la segunda”¹³ (Aurell, 2006, p. 641). De manera que la narratividad como objeto de estudio de la historiografía cobrará un valor sumamente importante. Para Aurell, se desprenden aquí tres importantes consecuencias teóricas posibles de abordar:

1. Apareció lo que el historiador Lawrence Stone (1919 - 1999), denominó “el resurgimiento de la narrativa en la historiografía” (Aurell, 2006, p. 628)¹⁴. De manera que muchos historiadores se pusieron en la tarea de escribir sucesos históricos en formas de narrativas literarias y no en monografías como se acostumbraba hasta entonces: “Los historiadores más prestigiosos se lanzaron a la construcción de obras históricas rompiendo la tradición de las grandes monografías estructuralistas y marxistas y apostando decididamente por la narración” (Aurell, 2006, p. 628). Apostar por la narración responde al reconocimiento de la historiografía como disciplina análoga a la literatura.
2. “[M]ayor atención que los historiadores dedicaron a los campos fronterizos de la historia con la crítica literaria y la neohermenéutica de Paul Ricoeur¹⁵ y Michel de Certeau¹⁶” (Aurell, 2006, p. 628). Para Aurell, la hermenéutica y el papel desempeñado por la percepción y concepción de la comprensión histórica empezarán a ser escuchados por la historiografía. Sin embargo, el desarrollo sobre este posible impacto es ignorado por el autor, para dar mayor énfasis a la tercera consecuencia.
3. “La invasión en la disciplina histórica de buena parte de las teorías postmodernas asociadas al giro lingüístico, el giro cultural, el postestructuralismo y el deconstruccionismo” (Aurell, 2006, p. 628). Según Aurell, y en ello dedica la mayor parte de su trabajo, la relación entre historiografía y los diferentes movimientos de finales del s. XX no es casual. Así, las formas de abordaje de las problemáticas históricas, tuvieron un enlace importante con el giro lingüístico, cuya vanguardia estaría dada por

¹³ Esta observación aparecerá de manera más clara en una segunda obra de White (White, *The Contend of the form. Narrative Discourse and Historian Representation*, 1987): *The Contend of the Form. Narrative Discourse and Historian Representation* (1987); Ed. The Hopkings University Press. Londres. // El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación histórica. (1992) Paidós. Buenos Aires

¹⁴ L. STONE, “The revival of narrative: reflections on a new old history”, *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85 (1979), pp. 3-24. (Stone, 1979)

¹⁵ Ensayos de Hermenéutica, en *Del Texto a la acción*. (Ricoeur, 1969)

¹⁶ La invención de lo cotidiano, Michel de Certeau (Certeu, 1999)

Rorty, el giro cultural de Hunt, el postestructuralismo de Barthes y Foucault y el deconstruccionismo de Derrida¹⁷.

Líneas más adelante, Aurell divide en cuatro grupos los receptores del discurso de White: A. Los analíticos estadounidenses (Gardiner, Danto, Mink entre otros); B. historiadores orientados a las ciencias sociales (Furet, Le Goff, Le Roy Ladurie, etc); C. literatos y filósofos (Barthes, Foucault, Derrida, Todorov); D. hermenéutas (Gadamer, Ricoeur, Certeau). Tanto Aurell como LaCapra perciben en el grupo C a los destinatarios directos de la nueva forma de interpretación de la narratividad en la historia. Al respecto Aurell afirma que:

[E]s quizás el tercero de ellos el que ha tenido un mayor influjo en la nueva teoría de la narratividad, la que postula a la narración como el único procedimiento adecuado de representar el pasado y que, de hecho, reduce el pasado a la narratividad. (Aurell, 2006, p. 643)

LaCapra también llama la atención sobre el trabajo de Derrida en tanto lector y posterior crítico de la obra de White. En referencia a este, y con él a Ankersmith, LaCapra refiere las ventajas que representa el constructivismo en el trabajo del historiador, en virtud de la inserción de elementos fantásticos para despertar empatía, apelando así a la conciencia del lector. Aurell percibe que la llamada narratividad en la historiografía descrita por Lawrence Stone es el elemento que aporta el trabajo de White a la historiografía. LaCapra prefiere llamar a este la ‘trama’.

White observa una importancia de los elementos fantásticos, más dicha inserción se realiza no al nivel de los hechos, sino de la estructura de la historiografía. LaCapra, sin referir mayor desarrollo sobre el trabajo de White, dado que asume que suficiente bibliografía existe al respecto, se refiere al ensayo de White sobre el holocausto (White, 1987), cuyas afirmaciones sostienen la necesidad de la historia de develar “el sentido de una ‘trama’ (LaCapra, 2005, p. 42)”. LaCapra afirma que la supuesta trama de White es un elemento ficcional, creación del historiador es propuesta con el fin de dar sentido los sucesos históricos. En referencia al trabajo de White, dice:

¹⁷ Las referencias de los autores y las obras en las que se halla registrado su trabajo, lo brinda de manera clara Aurell. La nota a pie de página es aquí traída literalmente:

La obra clave sobre el giro lingüístico, R. RORTY, ed., *The linguistic turn. Recent essays in philosophical method*, Chicago, University of Chicago Press, 1967; (Rorty, 1967); Sobre el giro cultural, L. HUNT, ed., *The New Cultural History*, Berkeley, University of California Press, 1989 (Hunt, 1989); autores asociados al postestructuralismo y el deconstruccionismo con influjo en la historiografía, R. BARTHES, M. FOUCAULT, *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Seuil, 1966 (Barthes & Foucault, 1966) y J. DERRIDA, *L'écriture et la différence*, París, Seuil, 1967 (Derrida, *L'écriture et la différence*, 1967). (Aurell, 2006, p. 628)

Con palabras que toma prestadas de *La náusea*, de Sartre, la vida (o la realidad) vivida es intrínsecamente caótica y carece de sentido -una maldita cosa sucede a otra-, y sólo cuando se la relata en una narración se transforma retrospectivamente en una historia con sentido. (LaCapra, 2005, p. 42)

En este sentido, la vivencia de los hechos históricos se tiene como profundamente arbitraria, y solo la abstracción del historiador puede dar sentido a los hechos en la fabricación estructural de la trama. Aquellos elementos que originalmente carecían de interés para la historia en la escuela sociológica de Durkheim, reclaman su necesidad de narrarse en la ubicación de la trama que describe White.

LaCapra concuerda con White en la posibilidad de referir elementos fantásticos en la construcción de la narratividad y destaca también la necesidad de búsqueda de una trama. Observa una ventaja en este ejercicio historiográfico en tanto se realiza una conexión lógica de los hechos. El elemento ficcional estructural permite la comprensión de la historia dado que la configura como una narración, “que es la forma privilegiada de comunicación, sino *el único procedimiento adecuado de re-presentar el pasado*” (Aurell, 2006, p. 643) . En el ensayo de White, citado por LaCapra, “las reseñas narrativas no consisten sólo en afirmaciones factuales (proposiciones existenciales singulares) y argumentos; también están constituidas por elementos poéticos y retóricos mediante los cuales *lo que de otra manera sería una lista de hechos se transforma en una historia*” (LaCapra, 2005, p. 41). En otras palabras, los elementos ficcionales determinan los hechos reales en tanto los organizan de manera lógica y les ofrecen una estructura coherente.

Si bien se reconoce que esta realización del historiador representó una ventaja importantísima para la historiografía, como se ha observado con el trabajo de Aurell, LaCapra descubre que así se suscita una nueva problemática. Referir los hechos históricos reales y poder ubicarlos en estructuras fantásticas, es decir, realizar las aseveraciones de verdad correctas según Ankersmith, es el trabajo de la historiografía del Constructivismo Radical. Mas esta tarea se ve obstaculizada cuando se trata de dar cuenta de las situaciones límite traumáticas, es decir, situaciones históricas reconocidas por el difícil abordaje que representan y el contenido emotivo semántico que tienen y al que se enfrenta el historiador:

El problema que enfrenta White, sin embargo, no incumbe exclusivamente a su tratamiento del Holocausto. Se podría decir que el Holocausto suscita de manera aguda dificultades que también se plantean con respecto a otros acontecimientos, especialmente en el caso de otros

situaciones límite traumáticas que nos conciernen hoy porque están muy "catectizados" o investidos de afecto y criterios de valor. (LaCapra, 2005, p. 43)

Si la ocupación de la historia es simplemente dar cuenta de los sucesos históricos, el reconocimiento de las limitaciones de acceso al pasado se verá saldado una vez se establezca la estructura ficcional de naturaleza poética de White. Sin embargo, se presenta un desafío abiertamente distinto cuando se asume la tarea de dar cuenta de estas situaciones límite *traumáticas*, pues debido a las características propias de estos eventos históricos, tales como cierta susceptibilidad ética que exige su abordaje no es posible, o por lo menos no es prudente, comprenderlas desde estructuras estrictamente fantásticas.

Lo que LaCapra afirma es que se entorpece, se dificulta referir acontecimientos y situaciones límite como la de Auschwitz, en tanto abordar desde la historia dichos sucesos suscita elementos de emotividad que exigen un tratamiento especial. De manera que hay aquí un conflicto en el que se busca establecer la relación entre la necesidad de reivindicaciones de verdad con los elementos propios de la emotividad que suscitan las situaciones *límites traumáticas*. Cómo referir los elementos que afectan a la emotividad, a los sentimientos, a las pasiones que despiertan este tipo de situaciones, será la nueva tarea que asumirá el discurso histórico, sobre todo, a partir de la Segunda Guerra Mundial.

1.2.2 En búsqueda de Soluciones. La voz media.

La solución otorgada por White, que LaCapra considera insuficiente, es la apelación a la voz media. Tal como lo indican LaCapra y Barthes, la voz media ha desaparecido de las lenguas modernas. Esta presente en el latín y el griego y refiere un modo verbal de acción que sucede en la conciencia, en la interioridad del sujeto¹⁸. LaCapra afirma que la invocación a la voz media supone una dualidad, una separación entre una dimensión interna y externa del sujeto que es problemática, ya que, al referir sucesos exclusivamente dados en la mente de individuo, parece que se hace con ello una división arbitraria entre la realidad de los sucesos históricos y las posibles elaboraciones ficcionales para dar cuenta de lo que sucede en la subjetividad de los individuos.

La voz media pretende tener acceso a este carácter subjetivo último de los objetos de la conciencia, pero desconoce que en ello también tiene limitaciones. Si bien el Constructivismo

¹⁸ Una acertada exploración de la interioridad en relación a los ejercicios de la memoria, y llevados posteriormente al trabajo historiográfico, los realiza Paul Ricoeur en una descripción de San Agustín, precisamente, sobre la dimensión de interioridad del sujeto, contrapuesta a Locke. Véase (Ricoeur, 2002, *La memoria, la historia y el olvido*, Ed. Trotta)

Radical comprendió las limitaciones en el acceso a los sucesos históricos, y ofreció una válida solución al recurrir a objetos fantásticos sobre la base de una trama, también desconoció, según LaCapra, que tiene limitaciones que radican en la imposibilidad de acceso a la conciencia individual.

En principio se asume que la voz media tiene una riqueza importante que se hace evidente en tanto considera una implicación del sujeto. Esta observación realiza el reconocimiento de que el historiador se observa implicado y puede asumir la tarea de comprender otras subjetividades¹⁹. A este fenómeno, LaCapra lo denomina la *transferencia*, apelando con ello al sistema categórico del psicoanálisis²⁰. En *Historia y Memoria después de Auschwitz* -en adelante, (HMDA)-, LaCapra define la transferencia de la siguiente manera: “la transferencia implica la tendencia a quedar emocionalmente involucrado con el testigo y su testimonio, acompañada de una inclinación a pasar al acto una respuesta afectiva hacia ellos” (LaCapra, 2009, p. 27).

De manera que la voz media comprende posibles afecciones por parte del investigador cuando se enfrenta a las situaciones límite. Ello representa una anotación que desconocía la Investigación Documental (Véase la segunda característica enunciada en la página 3. En palabras del autor: “En el caso de la voz media, (...) el sujeto se afecta a sí mismo al actuar; nunca queda fuera de la acción, aun cuando haya un objeto involucrado. Por ende, la voz media no excluye la transitividad” (LaCapra, 2005, p. 49)). Esta ventaja es importante como objeción a la Investigación Documental en referencia a la objetividad radicada en la objetivización, pues puede ser adquirida aun reconociendo la forma en que el historiador se ve implicado.

Como conclusión, la voz media de White, junto al trabajo de Ankersmith, tiene el interés de llamar la atención en los procesos internos que se dan en la mente de los involucrados en las situaciones límite, como en la población que se halla cercana a estos. El historiador y el lector de la historia, dado que poseen una conciencia compuesta de inclinaciones ideológicas, también se someten a las dinámicas de las situaciones límite y son capaces de generar empatía por la población que soportó una situación límite. El trabajo de Ankersmith y de White tiene el crédito

¹⁹ Sería interesante aquí abordar los diferentes componentes de lo objetivo, lo subjetivo y lo intersubjetivo que ampliamente ha trabajado Donald Davidson (Davidson, 2003). Sin embargo, dicho abordaje supera las limitaciones de este trabajo, aunque, como se indica en las conclusiones, esta es una tarea que pretende ejecutarse en otro documento.

²⁰ A propósito de ello, para poder dar razón del trauma desde los fenómenos históricos, LaCapra recurre al sistema categorial del psicoanálisis, ya que observa en este un desarrollo conceptual que reconoce los fenómenos mentales desde la afección que genera el contexto y los sucesos del individuo. Además sus observaciones, las del psicoanálisis, se proyectan en la sociedad, observando en ésta padecimientos similares a los del individuo.

de haber observado las limitaciones de acceso al pasado y comenzar a determinar el campo de la narratividad, con lo que se constituyó un nuevo paradigma historiográfico.

Sin embargo, la principal dificultad de la voz media es que supone una separación radical y arbitraria entre los sucesos externos y la interioridad del sujeto. La problemática que suscita esta situación para la historiografía, es que supone que habría que escribir dos tipos de historia: la que sucede en la mente de los asistentes a las situaciones límite, y la que se da por los hechos mismos. Aunque la separación permitió llamar la atención a los elementos psicológicos y comprendió la responsabilidad de la historiografía de generar empatía, crea el problema de determinar cómo el medio, especialmente en las situaciones límite, afecta la psiquis del individuo.

En resumen, la siguiente tarea de LaCapra será la de desarrollar una propuesta para dar cuenta de cómo se relacionan los sucesos mentales con los hechos reales, sobre todo en las situaciones límite, a saber, aquellas que debido a su forma adquieren un contenido de emotividad que exige un tratamiento especial. En otras palabras, cómo superar las dualidades con las que el Constructivismo Radical pretende responder al desarrollo de la historiografía en situaciones límite.

Capítulo II: El Discurso Histórico de Dominick LaCapra

Como ya se ha mostrado, los métodos historiográficos imperantes hasta principios del S. XX han resultado insuficientes para la narración justa de la historia con énfasis en las situaciones límite. En principio, la Investigación Documental presentó una falencia, argumentando que su objetividad residía en un objetivismo inexistente, o por lo menos problemático. Con el Constructivismo Radical, se superó esta situación, y se enfrentó la tesis de la inserción de elementos fantásticos, al menos a nivel estructural, dentro del trabajo historiográfico.

De esta última postura, tanto Ankersmith como White se propusieron como exponentes y sus desarrollos apuntaron a un trabajo más rico y creativo, aunque no por ello menos riguroso, de la historiografía. Para dar cuenta no solo de los sucesos registrables, sino además para enfrentar el tratamiento de situaciones límite, White propuso la voz media, cuya insuficiencia radica en la generación de dualidades arbitrarias, -lo interno y lo externo en el individuo-, que resultan problemáticas si se desea dar cuenta de la forma cómo se establece dicha relación.

LaCapra consolida una nueva visión historiográfica en la que, modificando lo que se entiende por discurso histórico, se dé razón más acertada de las situaciones límite desde la historiografía. Así, el presente apartado pretende responder a la pregunta que indaga sobre el por qué prestar atención al trauma en la historiografía de las situaciones límite. Para ello, en este apartado (2.1) se referirá qué es el trauma y qué son las situaciones límite. Posteriormente, (2.2) se observarán los límites de la voz media frente a este trauma y las situaciones límite, y se concluirá (2.3) con la propuesta formal de LaCapra y la división Trauma estructural – Trauma Histórico.

2.1 El trauma y las situaciones límite

La propuesta historiográfica presentada por LaCapra acude a los elementos que se deben rescatar de la Investigación Documental y del Constructivismo Radical. Sin embargo, cabe aclarar que el autor se esfuerza por mostrar que su propuesta no es una simple superación dialéctica de los métodos previos, sino que innova en la medida en que llama la atención en observar elementos del psicoanálisis para ponerlos en juego en las dinámicas de construcción histórica, dado que estos podrían enfrentar mejor el estudio de las situaciones límite, es decir, aquellas situaciones que requieren ser observadas con cierta sensibilidad debido a las arbitrariedades y violación de los derechos que demandan, de parte del historiador, la necesidad de involucrarse emotivamente y despertar empatía en los lectores. Con respecto a su propuesta,

LaCapra afirma que “no se trata simplemente de un *justo medio* entre dos extremos; más bien intenta articular los problemas y las relaciones de un modo esencialmente distinto” (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, p. 27).

Respecto a la historiografía de la Investigación Documental, el autor tiene presente la necesidad de rigurosidad y de hacer frente a las aseveraciones de verdad, de manera que, como se observará en el siguiente apartado, para el autor la mentira y la suplantación son errores intolerables en la historiografía. Esta advertencia cobra mayor rigor en el caso de aquellos que, de manera consciente, pretenden mostrar una historia fantástica y suponer que los hechos allí narrados son verídicos. Aunque la historiografía comprende que no puede erigirse como la única rama para dar cuenta de los hechos -en tanto también la psicología, sociología, literatura e incluso el arte pueden dar cuenta de los sucesos históricos- mostrar supuestos sucesos imaginarios y presentarlos como verídicos es una actividad que la historiografía está obligada a denunciar. Estas aclaraciones y su necesidad ya habían sido defendidas por la Investigación Documental.

Por otra parte, la historiografía del Constructivismo Radical comprendió que es necesario dar cuenta tanto de los sucesos históricos como de los elementos que afectan la conciencia de los individuos que asisten a estos sucesos. Esta última necesidad se ve acentuada cuando el hecho histórico se configura como una situación límite. Sin embargo, hay una insuficiencia para dar cuenta de ello desde la voz media, el elemento propuesto por White, en tanto esta supone una división arbitraria entre los sucesos históricos y la conciencia de los individuos. Esta dualidad sucesos-conciencia suscitada en la narración del Constructivismo Radical será la tarea que pretende enfrentar LaCapra. Este es el punto de partida de su propuesta.

En contraposición a dualidades como la de sucesos-conciencia, LaCapra busca una articulación. Esta preocupación está presente en *Historia y Memoria después de Auschwitz* (HMDA). En HMDA, que fue publicado cuatro años antes que *Escribir la historia, Escribir el trauma*, LaCapra denunciaba la preocupación de la relación entre los sucesos históricos y los procesos mentales tales como la memoria: “se precisa aún resolver la relación entre memoria e historia y se debate intensamente su traslado a cuestiones estéticas, éticas y políticas” (LaCapra, 2009, p. 13). En buena medida, desconocer que la memoria y la historia guardan una intrínseca relación significa descuidar la importancia del impacto de los hechos en la conciencia de los individuos. De esta manera, el interés por las implicaciones de orden ético y político de la

lectura de la historia es aquí un elemento que cobra protagonismo en el marco de la responsabilidad del historiador.

Entre otros cuestionamientos, LaCapra observa que la historiografía se preocupa, o por lo menos debe empezar a hacerlo, por los problemas que enfrenta la memoria en las situaciones límite, es decir, aquellos que suscitan traumas: “¿Existen fenómenos cuya naturaleza traumática bloquea su comprensión y perturba la memoria al tiempo que producen efectos que afectan los intentos de representar u ocuparse de otro modo del pasado?” (LaCapra, 2009, p. 13). El fenómeno de esta naturaleza traumática que mayor trabajo y atención ha recibido, -de lejos-, es el Holocausto judío ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Aquí aparece la necesidad de tratar de comprender el trauma.

Para Pérez Baquero, lector del trabajo de LaCapra en español, el trauma se define como un “Acontecimiento de la vida de un sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder adecuadamente y los afectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica” (2016, p. 132)²¹. En ese orden de ideas, se puede referir la aparición de un trauma cuando se da un suceso cuyas características particulares y emocionales afectan directa e intensamente a una persona. Y es, por excelencia, el Holocausto judío el escenario que comporta un sentido que le hace único, diferente y exclusivo frente a otros sucesos históricos en razón de la afección generada a quienes estuvieron vinculados con dichos sucesos.

Para referir de manera categorial los sucesos que generan estos grados de afectación emocional, se acude al concepto de acontecimiento o situación límite²². La definición, en un trabajo previo de Pérez Baquero, en donde, situación límite es aquel tipo de sucesos que “por el contenido semántico asociados a ellos, ponen a prueba los límites de la historización y sacan a la luz la relevancia del trasfondo ético del historiador” (Pérez Baquero, 2015, p. 02). Ello quiere decir que, de acuerdo a Pérez, se puede referir una situación límite cuando, debido a la sensibilidad que implica tratar de narrar dicho hecho, se hace necesario prestar atención a la forma en que se hace esta narración, de manera que no se violen los mínimos éticos de parte del historiador frente al padecimiento de los involucrados. Es un hecho único caracterizado por

²¹ Acudiendo al *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (Laplanche & Pontalis, 2004, p. 447).

²² En *Historia y memoria después de Auschwitz*, (HMDA) aparece el término como *acontecimiento* límite. Sin embargo, en *Escribir la historia, escribir el trauma* (WHWT), aparece la categoría de *situación* límite. Para el presente documento, se acudirá a la acepción de situación, dado que el acontecimiento se caracteriza por estar marcado en un contexto tanto histórico o espacial, determinado y ubicado: Auschwitz para el caso del primer documento. Se considera que situación límite permite una comprensión más amplia y general, sobre todo para referir momentos históricos de difícil ubicación temporal en su abordaje: (ej. La violencia en Colombia y sus diferentes manifestaciones y actores políticos).

la barbarie que allí se ha padecido, lo que genera la necesidad de atenderlo y abordarlo desde sí mismo.

En ese orden de ideas, “el Holocausto fue ‘único’ en un sentido específico, no numérico y tampoco comparativo” (LaCapra, 2009, p. 19). Se describe una situación límite, tal como el Holocausto, como un suceso de naturaleza traumática, cuya dificultad de abordaje radica, precisamente, en la incapacidad de parte de los investigadores para dar cuenta de este porque su desproporción es tal, que no hay situaciones similares que puedan hacer posible su comparación. La situación límite se describe aquí con un carácter de univocidad que supone un reto para ser comprendido, además de comportar una necesidad de tratamiento prudente en razón de los sucesos dados. Además, la situación límite participa del carácter único en tanto ha cruzado los umbrales de lo esperable, lo comparable y lo definible:

En él [el suceso] se ha atravesado un umbral extremo o límite externo de trasgresión, y cuando se lo cruza algo “único” ocurre y ya no puede sostenerse la oposición convencional entre carácter único y comparabilidad, privando de este modo a los comparativos (especialmente en términos de magnitud) de una medida común o fundamento. (LaCapras, 2009, p. 19)

Enfrentar Auschwitz, y con él las situaciones límite, es entonces un ejercicio que comprende grandes dificultades. Por una parte, es necesario un delicado examen y un cuidadoso estudio, dadas las sensibilidades que despierta el suceso. Por otra, dado que no hay eventos de índole similar, parece haber una ausencia categorial para referir cómo dichas situaciones se vinculan con la afección de las conciencias que las padecieron y percibieron. El Constructivismo propuso la voz media como posible solución, pero aquí se profundizará en las limitaciones que radican en este planteamiento, al menos, para enfrentar estas situaciones límite y ayudar a comprender y superar el trauma.

2.2 Tres límites de la voz media

En referencia a la voz media, una de las principales observaciones de LaCapra es que hay un elemento que se escapa cuando se pretende dar cuenta de las situaciones límite. La característica del trauma implica enfrentarse a la negación, frustración e incapacidad de habla sobre el suceso. Es así, que de la misma manera que el Constructivismo Radical notó que la Investigación Documental resultaba insuficiente para dar cuenta de la historia, la propuesta historiográfica de LaCapra descubre que la construcción a partir de elementos de la realidad cohesionados con estructuras fantásticas como *la trama* de White, asume un rol que no le es idóneo.

El constructivismo se compromete con la premisa de referencia a lo fantástico en virtud de la necesidad de dar cuenta de los elementos que se presentan como ausentes. La dimensión fantástica pretende asumir lo ausente, las lagunas, aquello a lo que no puede accederse o se cree capaz de asumir. La recurrencia a la fantasía desea decir lo indecible. La voz media que promueve White, pretende dar cuenta de la problemática de las situaciones límite y el padecimiento de quienes pasan por dichas situaciones, -considerando la necesidad de las aseveraciones de verdad-. De esta manera, la voz media vendría a ser la forma en que se apela a los objetos de la conciencia, a las consideraciones de la realidad que residen en la mente de los afectados, el lugar donde se ubican los padecimientos traumáticos.

Aquí LaCapra considera que esta pretensión es problemática pues “[l]as personas traumatizadas por situaciones límite, así como las que manifiestan empatía con ellas, pueden resistirse a la elaboración por algo que podríamos calificar de fidelidad al trauma, el sentimiento de que uno debe serle fiel de algún modo” (LaCapra, 2005, p. 46). De manera que la historiografía enfrenta el problema de dar cuenta de un elemento que le es inaccesible, aquello que, por una u otra razón, es acallado por el trauma. La imposibilidad de construcción de la historia, apelando exclusivamente a los elementos de la fantasía, se da en tanto la persona que asiste al evento traumático se resiste a dar cuenta de este suceso.

2.2.1 Voz media frente al trauma.

Esta crítica de LaCapra respecto al Constructivismo Radical se da también en tanto se reconoce que muchos elementos que requieren la consideración del trauma pueden quedar reducidos cuando se apela de manera exclusiva a la voz media, en tanto:

[E]n cualquier caso, si no se la matiza, la voz media que propugna White parecería implicar un tratamiento similar en lo fundamental o, al menos, no diferenciado, de Hitler, los consejos Judíos, las víctimas de los campos de concentración y de exterminio, y de otros cuyas posiciones de sujeto son significativamente distintas (LaCapra, 2005, p. 50).

Cuando se trata de comprender las dinámicas de la conciencia alrededor del trauma con la voz media, se ofrece un tratamiento igualitario entre los diferentes participantes del evento traumático, sean estos espectadores, víctimas, testigos, victimarios, etc. Si se sigue que la voz media refiere una forma de relación de la conciencia con el exterior, es importante reconocer a su vez que, aquellos eventos externos afectan de manera distinta a los diversos actores políticos. En otras palabras, la voz media impide reconocer que hay diferentes tipos de traumas.

Un problema más se añade si consideramos que el trauma tiene diferentes afectaciones. La apelación a la voz media, en el contexto de las situaciones límites no permitiría la superación del trauma. En referencia a las formas como este se presenta, el psicoanálisis distingue que una de las tipos más comunes de expresión del trauma es con el *Acting Out*. Este término es definido por LaCapra en una entrevista, realizada por Amos Goldberg en 1998. LaCapra define el *Acting Out* de la siguiente forma: “*Acting Out* está relacionado con la repetición, incluso la repetición compulsiva, la tendencia a repetir algo compulsivamente. Esto es muy claro en el caso de la gente que sufre un trauma”²³ (LaCapra, 1998, p. 2). Es decir, por *Acting Out* se hace referencia a la situación presentada en la psiquis del individuo en la que un suceso está continuamente afectando la forma de comprensión de la realidad del individuo, dado que esta se ve alterada por la forma en como el pasado se repite de manera constante y repentina. Esta situación, presentada principalmente en los individuos que padecen algún tipo de trauma, representa una dificultad para el bienestar del individuo en tanto la dimensión progresiva de la percepción cronológica es afectada debido al trauma producto de la situación límite:

Si lo propio de la compulsión a la repetición es la subordinación del presente y del futuro a la imagen del pasado, la tarea del historiador es definida como la labor de separación de estos estratos temporales (Pérez Baquero, 2016, p. 145)

Valga aclarar que la repetición compulsiva no es un síntoma de todo padecimiento traumático, pero es común que se padezca como la forma en que el afectado se enfrenta a dicho suceso: “ellos [quienes padecen el trauma] tienden a revivir ocurrencias o al menos a encontrar que estas ocurrencias se entrometen en su existencia presente, por ejemplo en forma de *flashback*; o en pesadillas” (LaCapra, 1998, p. 2)²⁴. Así, el *Acting-out* se relaciona con el trauma en tanto implica la actualización constante que revive los sucesos del pasado, impiden la vivencia del presente y, aún más, la proyección hacia el futuro. En otras palabras,

[P]redominan en el trauma y el *Acting Out* postraumático, situaciones en las que el pasado nos acosa y nos posee, de modo que nos vemos atrapados en la repetición compulsiva de escenas traumáticas, escenas en las que el pasado retorna y el futuro queda bloqueado o atrapado en un círculo melancólico y fatal que se retroalimenta. (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, pp. 45-46)

²³ Las traducciones de la entrevista son propias.

Acting-out is related to repetition, and even the repetition-compulsion, the tendency to repeat something compulsively. This is very clear in the case of people who undergo a trauma. (LaCapra, 1998, p. 2)

²⁴ They tend to relive occurrences, or at least find that those occurrences intrude on their present existence, for example, in flashbacks; or in nightmares. (LaCapra, 1998, p. 2)

La salida a esta situación, es decir la atención a la necesidad de superación del *Acting Out* como reactualización permanente será una preocupación que se añade a la historiografía, y que no había sido atendida por el Constructivismo Radical ni por la Investigación Documental. En buena medida, esta incapacidad de los métodos historiográficos previos radica en ese componente del trauma que no se desvela, que se esconde y escapa a las formas de expresión y comprensión.

Esta situación es problemática, porque ello revela no solo que la voz media resulta insuficiente para dar cuenta de la historia, sino que además, sería incapaz de hacer que del trauma se pase al duelo, precisamente, porque la apelación a la consciencia se enfrenta con la resistencia de la persona que pasa por la situación de corte traumático. Es por ello que LaCapra recurre a una fracción de la deconstrucción de Derrida. En cuanto a esta, se refiere un elemento denominado *différance*, que hace referencia, precisamente, a este carácter de lo inexpresable del trauma. Para comprenderlo, se acude a continuación a Derrida y a la deconstrucción:

2.2.2 Derrida. La *différance* o de lo indecible.

Contrario a otras corrientes, la deconstrucción tiene un origen plenamente identificable. Tal como lo indica Adolfo Rocca Vásquez, a diferencia de otras tendencias filosóficas o científicas, sobre la deconstrucción sí es posible identificar el origen: Octubre de 1966 (2016, p. 5). Para entonces, se organizó el Coloquio Collage International Jhon Hopkins University en el que participaron miembros destacados tales como “George Poulet, Lucien Goldmann, Tzvetan Todorov, Roland Barthes, Jacques Lacan y Claude Lévi-Strauss (...) Participaba [también] un joven crítico francés de origen argelino conocido por sus trabajos en torno a Husserl: Jacques Derrida” (p. 5). Como indica el mismo Derrida en su carta a un amigo Japonés, “[e]l «estructuralismo» dominaba por aquel entonces. «Desconstrucción» parecía ir en este sentido, ya que la palabra significaba una cierta atención a las estructuras” (Derrida, 1997, p. 24).

Así, el discurso de Derrida fue prontamente difundido. Tenía un público atento a los nuevos giros del estructuralismo y su propuesta gozaba de novedad. Sin embargo, habría que buscar las bases de su planteamiento a finales del siglo XIX y principios del XX en lo que Ricoeur denominó la "escuela de la sospecha"²⁵. Para Adolfo Rocca, “Lo determinante de esta "escuela" reside en el intento programático de "desenmascar" los motivos ocultos que subyacen tras la aparente neutralidad o positividad de la filosofía, la cultura y los signos en general” (Rocca

²⁵ El término ampliamente utilizado, apareció por primera vez en (Ricoeur, 1965). RICOEUR, Paul, (1965) Freud: una interpretación de la cultura, Editorial Siglo XXI, Madrid, 1999 ; (De l'interprétation. Essai sur Sigmund Freud, 1965)

Vásquez, 2016, p. 06). De manera que la Deconstrucción, con todas las salvedades que sea posible hacer, pretende enfrentar los textos y revelar su sentido, el cual ha quedado oculto debido a las acepciones que suponen una objetividad residente en el observador.

El término *Differance*, aparecerá un año más tarde en *De la gramatología*. En la deconstrucción, *différance* funciona como un neologismo que da cuenta de aquello que no se puede nombrar, que no se puede referir. Es un objeto cuyo contenido ontológico se reconoce pero se halla vacío de contenido epistemológico. Aunque la deconstrucción goza de la ventaja y desventaja de no revelar las definiciones concretas de sus categorías, un posible acercamiento al término es el siguiente:

El neologismo de Derrida *différance*, traducible al español como “diferimiento”, parte del verbo “diferir”, cuyos dos sentidos remiten, primero, al movimiento de retardar o dilatar la realización de algo y segundo, a la distinción, lo discernible, lo no idéntico. Ambos sentidos del verbo se refieren al espaciamiento entre dos artículos u objetos. En lingüística, Derrida emplea el concepto *différance* para señalar cómo *el sentido de un producto textual siempre es pospuesto y nunca alcanza una significación plena y única*²⁶. (Rocca Vásquez, 2016, p. 09)

Para el presente documento, se adapta el uso de *differánce* en el sentido subrayado. Se entiende aquí *differánce* como una herramienta para dar cuenta de que la significación plena y única siempre es inaccesible. Adaptado al trauma, la *différance* indica un elemento del que no puede decirse nada más que denunciar la necesidad de superarlo en forma de duelo. *Differánce*, entonces, será la forma en que se hace referencia a la imposibilidad de dar cuenta de esa *significación plena y única* que tiene el trauma. Todo lo que podamos decir de una situación límite es delimitado por la incapacidad de dar cuenta de esa significación plena y única. En otras palabras, la historiografía asumirá el papel de referir el trauma reconociendo la *differánce* que radica en él.

Por duelo, en este punto, se reconoce la posibilidad de superación del *Acting Out*, es decir, la forma como el individuo, identificado con el padecimiento y el trauma, es capaz de realizar, desde el reconocimiento de la situación que le afecta, la aceptación de los hechos y la superación de la afectación resultante de los mismos. El duelo, para el psicoanálisis lacaniano, es la adaptación a la realidad que se sigue a la pérdida, en la que su respuesta, tanto emocional como física frente a la misma, no le causa una afeción radical que impida la realización de su propio

²⁶ Las cursivas son propias

presente. No es el olvido de la pérdida, sino que aún en el recuerdo del objeto perdido, se pueda continuar con el plan de vida trazado en principio.

2.2.3 Evaluación de la Voz media frente a la *Différance* derridiana

La voz media, al enfrentarse a este carácter de la *différance* derridiana, no tarda en mostrar sus limitaciones. Ennumerados, LaCapra descubre por lo menos tres posibles límites para la voz media a nivel psicoanalítico, historiográfico y ético, respectivamente. En WHWT LaCapra sostiene que deben considerarse:

[L]os límites de la voz media con respecto a un enorme abanico de asuntos, entre los cuales está (A) *el papel legítimo de las distinciones*, (B) *los problemas de la ejecución* y la (C) *responsabilidad ética*²⁷, incluida la capacidad de discriminar entre distintos relatos que son más o menos verdaderos y entre los distintos grados de responsabilidad y compromiso que acarrea la acción” (LaCapra, 2005, p. 53).

La cuestión emergente indaga por las limitaciones de las voz media en estos tres aspectos y por descubrir cuál es su relación con la *différance*. Para contestar a estas preguntas, se usará un ejemplo de Constructivismo Radical que descansa en el uso de la voz media. “Me refiero a la obra de Benjamin Wilkomirski: *fragments: Memories of a Wartime Childhood*”²⁸ (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 54). Esta obra se presenta como la narración de un niño que sobrevive a los campos de concentración. Aunque en principio la obra revela elementos interesantes en cuanto a que consigue que el lector genere empatía por las víctimas de Auschwitz, reconocer posteriormente que la obra es invención de Wilkormiski resulta decepcionante.

Tal como lo indica Stefan Maechler, historiador y experto en antisemitismo, “Una vez se profesa la interrelación entre el narrador en primera persona, los campos de concentración que él narra, y la realidad histórica es probada la falsedad palpablemente, que fue una obra maestra venida del cliché”²⁹ (Maechler, 2009, p. 281). Además obras como esta, en el marco historiográfico del revisionismo y negacionismo del Holocausto, dan crédito y argumento a

²⁷ Las cursivas y la enumeración son propias. Servirán de guía para la profundización de las observaciones de LaCapra.

²⁸ Wilkormiski, B. (1996) *Fragments. Memories of a Wartime Childhood*. New York. Ed Schocken Book. (Wilkormiski, 1996)

²⁹ La traducción es propia.

Once the professed interrelationship between the first-person narrator, the death-camp story he narrates, and historical reality are proved palpably false, what was a masterpiece becomes kitsch. (Maechler, 2009, p. 281)

estas vertientes más que a la realidad padecida.³⁰ Es así que los revisionistas y negacionistas consideran que el tratamiento sobre el holocausto ha sido excesivo o falso, respectivamente. Sostienen que el ardor popular sobre los hechos ocurridos en Auschwitz son, a lo sumo, exageraciones que buscaban beneficios para los judíos, tal como la fundación del Estado de Israel. Ellos se resisten a considerar los campos de concentración como una realidad, y obras como la de Wilkormiski resultan de más perjuicio que beneficio para la realización de las aseveraciones de verdad.

Al abordar la obra, en principio, el lector se siente profundamente conmovido. Sin embargo, la obra, y más que la obra su efecto o performatividad, tiene cuatro grandes problemas: (1) La confianza de los lectores es burlada, (2) siendo ficción pretende mostrarse como realista (3) puede leerse como una patología del autor (4) los tres elementos anteriores nos permiten observar la problemática de la relación voz media-*différance*, que consiste en la observación de que la *différance* da cuenta de la incapacidad de la voz media para narrar de manera adecuada el trauma. Tomando estos cuatro elementos, se da a continuación cuenta de cómo juegan estos problemas con las limitaciones anteriormente mencionadas, a saber, en relación a la dimensión psicológica, historiográfica y ética de la historia.

1. la confianza de los lectores se ve burlada. En principio, la obra recibió muchos halagos y premios³¹ y fue originalmente aceptada por expertos en antisemitismo y Holocausto, incluso por algunas víctimas. Por desgracia, posteriormente “se reveló la posible, sino probable, impostura de Wilkormiski” (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 56)³². Bajo la suposición y levantamiento de sospechas contra las obras que refieren el Holocausto judío y su veracidad, los movimientos revisionistas y negacionistas toman como ejemplo la obra de Wilkormiski. A partir de esta, dichos movimientos se aferran al argumento de que el holocausto es solo producto de una histeria colectiva e injustificable defensa del judaísmo, cuyas pretensiones serían las de generar la aprobación popular para, luego, fundar el Estado de Israel en Medio Oriente. La obra de Wilkormiski se suma a una narración más de aquellos

³⁰ En el último año, con el pronunciamiento de Trump y la ONU que declararon a Jerusalén como la capital legítima del Estado de Israel, los revisionistas y negacionistas consideran que el holocausto es parte de una histeria colectiva con el fin de justificar el espacio que reclama el judaísmo, y que busca subyugar y crear una mala imagen del islamismo y del estado de Palestina. En buena medida estos autores, sobre todo los revisionistas, están más bien en desacuerdo con la consecuencia de la literatura y el cine sobre el holocausto, a saber, la excesiva atención prestada que descuida otros padecimientos actuales como los ataques a las ciudades de medio Oriente, sobre todo de tradición islámica.

³¹ Entre ellos el codiciado *National Jewish Book Award for Autobiography/Memoir*.

³² Se atribuye este desenmascaramiento a Daniel Ganzfried, periodista y escritor, autor de *alias Wilkormiski* (Ganzfried, 2002), Berlín. Ed. Jüdische Verlagsanstalt.

sucesos y supuestos testimonios recogidos de la Segunda Guerra Mundial que son simplemente falsos, y cuyo patrocinio es determinado por los recursos económicos que genera hablar de este tema.

Por otra parte, 2. está armado de ficción, pero pretende presentarse como realista³³. Si es realista, debería exigirse un mínimo de registro de la fuente a la que se accede para dar cuenta del contenido de la obra, como por ejemplo, las publicaciones realizadas a partir de los juicios de Nuremberg. Si es falso, podría juzgarse desde la capacidad para despertar empatía, pues, “uno podría asombrarse ante la habilidad del autor para evocar determinados sentimientos y estado el espíritu notablemente empática” (LaCapra, 2005, p. 56). En otras palabras, si bien es cierto que el trabajo de un autor que recurre a la fantasía podría despertar empatía, se espera que dicho sentimiento por parte del lector se despierte ante el trauma de quien padeció la situación límite, no ante el trauma del espectador que resultó impactado con los sucesos. Este último ejercicio es suplantación del trauma antes que generosa empatía.

Es de esta manera que (A) el papel legítimo de las distinciones mencionado por LaCapra se hace imposible en cuanto a la impotencia de juzgar la verosimilitud de la obra. El lector se confunde y se obstaculiza el reconocimiento de lo real³⁴. Es posible en este punto que, el análisis del trauma a nivel psicoanalítico se descuide, en tanto el intento de reconocer el trauma de quien pasa por dicho suceso queda suplantado por el supuesto trauma del autor.

Además de lo dicho, la obra 3. puede leerse como la memoria patológica de alguien que creyó estar en el campo de concentración. En términos de LaCapra, el problema de la ejecución radica en que el lector puede quedarse con *una* buena historia, pero seguirá desconociendo *la* Historia, es decir, el producto de las elaboraciones historiográficas formales. Lo que se da aquí es el problema de la identificación y es una dificultad de orden historiográfico. El autor puede conmovirse al acercarse a quien padece el trauma, pero no creer que él es quien lo sufre. Algunas observaciones pretenden acercarse a la identificación para el caso de los judíos, “como las que se encuentran en Judith Blutler y Paul Gilroy” (LaCapra, Historia y memoria después de Auschwitz, 2009, p. 29). Estos últimos han considerado, paradójicamente, el trauma como

³³ En la primera página, justo en la contraportada de la obra, se muestra la foto de un niño judío, en un primer plano bajo el subtítulo. *The author at about age 10*.

³⁴ La literatura puede hacer el trabajo de despertar empatía, pero desde su posición de literatura y no presentándose como la historia oficial. Un ejemplo paradigmático de ello en Colombia es la obra de García Márquez. Más que cualquier otro libro de historia, *Cien años de Soledad* (2007) ha despertado una empatía particular por eventos como la matanza de las bananeras (1928). Sin embargo, contrario a Wilkormiski, García Márquez no pretendió nunca presentar una obra histórica, sino precisamente, una obra literaria.

un trauma fundante, es decir, como un "a partir de aquí" en busca de reafirmar la identidad. LaCapra se muestra en total desacuerdo con esta observación.

Yo diría que esta forma de identificación no es específica de los judíos. De hecho, algunos judíos la han criticado: podríamos recordar el título del artículo de Hilberg (...) "I Was Not There" [Yo no estuve allí]. (LaCapra, 2005, p. 51)

De manera que la identificación de una situación límite, como el Holocausto, considerado como trauma fundante de una comunidad, en este caso los judíos, no es una realización válida. Por último, (4) la vinculación de los tres puntos anteriores estaría marcada por el elemento de la *differánce*: "uno podría debatir el tema del autor y la naturaleza de su experiencia o podría también ponerlo entre paréntesis y ver el texto como algo indecible con respecto a su estatuto de ficción o de memorias" (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 57). El problema aquí será de naturaleza ética.

El elemento de la *differánce* – que creyéndole a Wilkormiski quedaría reducido a la incapacidad de afirmar si se trata de un trabajo historiográfico o literario- genera una traba a la consideración del trauma, en tanto no se sabe si se está persiguiendo el trauma del autor o de la víctima, es decir si el trauma mostrado se narra de primera o segunda mano: "parece inconveniente [el trabajo de Wilkomirski] incluso si uno argumentara que el autor quedó traumatizado de manera desplazada o secundaria por los sucesos del Holocausto" (LaCapra, 2005, p. 57) Aquí, se daría el espacio a la identificación abusiva en vez de la solidaria empatía. Esta (C) *responsabilidad ética* de narrar el trauma original y generar empatía frente a este nunca puede descuidarse.

A esta situación se enfrentará LaCapra en adelante. Su tarea será la de identificar la historia como una construcción narrativa, atendiendo a las consideraciones de verdad y dando apertura a formas tanto de interpretación objetiva como a capacidades para generar empatía –no suplantación- con el lector de la historia en relación al trauma. Se tiene además presente que el historiador asume una responsabilidad de hacer justicia a las situaciones límite y a quienes han padecido estos, incluido el *Acting Out*.

2.3 Debate memoria e historia

En este punto, vistas en principio las implicaciones del trauma y las situaciones límite, y por el otro las limitaciones de la voz media para dar cuenta de estos, conviene observar la propuesta de LaCapra para el abordaje del trauma desde el trabajo historiográfico. En este punto, importa situar la atención que ha tenido el trauma, cuya ubicación puede rastrearse en los recientes

debates sobre memoria e historia. Según LaCapra, este debate -del cual no en vano ha salido más favorecida la memoria sobre la historia-, ha llevado a la historiografía a plantearse si está cumpliendo con el deber de comprender, tanto como sea posible, el tiempo pretérito.

La conclusión negativa de LaCapra no desconoce que hay un fuerte trabajo que se ha dado (y que ya se ha expuesto). Sin embargo, observa limitaciones que conllevarán a la necesidad de redefinir el concepto de Discurso histórico como construcción narrativa posterior a un evento traumático. Así, la responsabilidad del historiador será la de dar cuenta, tanto de los hechos como del trauma. Este trauma debe tener una doble concepción, con el fin de no caer en las tres limitaciones de la voz media, a saber, a nivel psicoanalítico, historiográfico y ético. Además, se apunta a la enfrentación del trauma para llegar posteriormente a la superación de este en forma de duelo.

Como punto inicial para enfrentar las situaciones límite, se ha propuesto el debate entre historia y memoria, en el que se ha buscado definir qué son, cuáles son sus preocupaciones y cuál es su posible relación o rivalidad, además de identificar desde estos cómo debería hacerse el abordaje de las situaciones límite. Ello sucede después de la Segunda Guerra Mundial, cuando aparece un interés cada vez más intenso por conocer de primera mano Auschwitz. Tanto la memoria, es decir el trabajo de los testimonios, las entrevistas, etc., como la historia, el trabajo historiográfico formal, tienen diferentes percepciones para enriquecer el ejercicio de conocer Auschwitz, hechas las salvedades de la sensibilidad ética respectiva.

Se reconoce que una correcta articulación llevaría a una lectura más clara sobre lo ocurrido dentro de los campos de concentración. Sin embargo, para finales del siglo XX, más que una unión de fuerzas, se observó una rivalidad en tanto la memoria pretendía suplantar la historia. LaCapra manifiesta, de manera reprochable, que ha surgido un favoritismo desmedido por la memoria el que ha descuidado las riquezas potenciales de la historiografía. Es aquí necesario comprender por qué esta atención a las dinámicas de la memoria.

2.3.1 La memoria y el trauma.

En principio, la atención prestada a la memoria como cristalización del pasado cobra importancia para la historia en tanto “la preocupación [por la memoria] incluye el deseo de ocuparse del problema de la historia en la medida en que pesa sobre el presente y el futuro” (LaCapra, 2009, p. 21). Además, su relación problemática con la historia está determinada en tanto “La memoria –junto a sus lapsus y trucos– plantea interrogantes a la historia pues apunta a problemas que siguen vigentes o que están investidos de valores o de emociones” (LaCapra,

2009, p. 21). El debate entre memoria e historia ubicado al final del siglo XX responde a diferentes intereses que surgen en relación particular a las situaciones límite. Para LaCapra, hay dos conjuntos de razones por los cuales se ha suscitado el debate y explica, además, por qué ha surgido la predilección de la primera sobre la segunda.

Cuando se abordan situaciones como Auschwitz, es evidente que el padecimiento de los sobrevivientes es uno de los primeros elementos que sale a flote, en buena medida, por el momento histórico que se atraviesa en el momento. Esta atención a la memoria de los sobrevivientes del Holocausto comienza en los años 70, en los que empieza a observarse que los sobrevivientes están envejeciendo y cada vez hay menos posibilidades de recoger su testimonio.

Respecto al padecimiento y el dolor, a la carga emotiva y el contenido semántico que suscita ese hecho, se descubre entonces que la concepción de historia reconoce la existencia del trauma, pero debido al dolor que suscita, se prefiere no abordarlo, o peor aun ignorarlo. Esto dicho en tanto que “está la importancia del trauma, incluyendo sobre todo la demora en el reconocimiento de la significación de la serie traumática de acontecimientos de la historia reciente, acontecimientos que preferimos olvidar” (LaCapra, 2009, p. 20). El trauma, en tanto producto de las situaciones límite, es un elemento al que poca atención se había prestado hasta finales del siglo pasado y comienza, precisamente, con referencia a Auschwitz. Revelar el problema del trauma era una tarea que no habría podido asumir la historiografía sin acudir a la memoria. Además, su afección no se limita exclusivamente a quien se somete a la situación límite, sino también a sus cercanos.

El acontecimiento traumático tiene su mayor y más claramente injustificable efecto sobre la víctima, pero de maneras diferentes afecta también a cualquiera que entre en contacto con él: victimario, colaboracionista, testigo, resistente, los nacidos a posteriori. (LaCapra, 2009, p. 21).

En otras palabras, desconocer el trauma significa desconocer los factores asociados a formas de afectación resultantes de las situaciones límite. Una situación límite no concluye su actuación y afección sobre una población al final del conflicto. Los afectados, los victimarios, los familiares, los cercanos, la población testigo, etc., todos de manera diferente resultan afectados, es decir, padecen de un trauma a razón del suceso límite. Por ende, narrar la historia requiere, además, que se reconozca el trauma surgido a causa de la situación límite.

Por otra parte, el segundo conjunto de razones para la atención al debate memoria e historia surge debido a la necesidad de prestar atención a la ubicación geográfica y temporal del trauma.

Prueba de ello es el “reciente giro hacia la memoria [que] ha sido el interés en los lieux de mémoire (lugares de la memoria), en la expresión de Pierre Nora³⁵, así como en lo que Claude Lanzmann³⁶ llama non-lieux de mémoire (a los que llamaría sitios del trauma)” (LaCapra, 2009, p. 23). Tanto el trabajo de Nora, que consiste en una recopilación exhausta de los lugares de Francia que han sido escenarios de sucesos protagónicos en la historia de la identidad Francesa, como el trabajo de Lanzmann en las horas de testimonios en *Shoa* (1985), se identifica la memoria en ubicaciones categorialmente espaciales, cuando para la historiografía, precisamente, la memoria no está concebida en una ubicación espacial, con lo que se muestra que la memoria ha querido asumir el trabajo de la historiografía.

Entonces, surge del debate memoria e historia en tanto la memoria es la única, o así se ha querido ver, que puede enfrentar el trauma de manera directa al escuchar y dar predilección al testimonio. Por otra parte, surge una atención para identificar la ubicación geográfica de dicho trauma. La asociación de los hechos con el lugar donde se dieron permite generar nuevas formas de comprensión de las situaciones límite. Estas observaciones han dado una importante ventaja al trabajo de la memoria frente al trauma.

Aparece entonces un interés que, en este punto, resulta de orden epistemológico. Según lo indica Pérez Baquero, “el debate acerca de la relación entre la historiografía y la memoria (...) está intimamente ligado a la cuestión epistémica acerca de las condiciones de verdad y de científicidad de la escritura de la historia” (Pérez, 2015, p. 02). En otras palabras, la memoria ha tenido una preponderancia en tanto se ponen en cuestión las posibilidades de verdad de la historia. La confianza que descansa en los trabajos historiográficos es desbancada entonces por el hecho de escuchar, de primera mano, el testimonio de los afectados directos de un suceso histórico, en este caso, de una situación límite.

Parece que mientras sea la memoria la que aborde las situaciones límite, se dará cuenta de lo verdaderamente importante: el padecimiento de las víctimas, el registro del sufrimiento y del impacto recibido a nivel cognitivo en los individuos involucrados. Ya Bloch en 1941, escribía “[N]o puede dudarse de ello: es en la categoría de los testimonios, en los testigos sin saberlo,

³⁵ Pierre Nora (1931-) es un importante historiador francés, conocido por su idea de observación de la identidad francesa en razón de su memoria. Entre sus trabajos más reconocidos se halla *Les Lieux de mémoire*, un trabajo que reúne a más de cien especialistas en historia y sociología para referir los lugares emblemáticos de Francia que marcarían la pauta para comprender el origen y la identidad de dicha nación. Nora, P. (1984 - 1993), *Les Lieux de mémoire*, París, ED: Marcial Pons Ediciones de Historia

³⁶ Claude Lanzmann (1925 - 2018) es un guionista, director de cine y productor francés. Su trabajo más importante, que le valió un destacado mérito, fue *SCHOA*, una recopilación de más de 10 horas de testimonios de sobrevivientes a Auschwitz. (*Shoa*, 1985)

donde la investigación histórica, en el curso de su avance, ha puesto cada vez más su confianza” (Bloch, 2012, p. 64). Casi 50 años antes, Bloch descubría la atención que se le prestaría al testimonio por encima y desde la Investigación Documental. Pero, ¿Es la memoria la única o acaso el mejor instrumento para conocer el pasado?

Una objeción al respecto, es que el abordaje de la memoria comporta no pocas dificultades. Aun el testimonio de los individuos resulta problemático para realizar aseveraciones de verdad sobre un hecho. No son escasos los estudios que indican el carácter de manipulación de la mente (Van Dijk, 2016), errores en la percepción (Fernández Trespalacios, 1993), recuerdos creados y uso de las fobias (Nájar Sualdea, 2017), etc., y diferentes disposiciones que, bajo ciertas circunstancias, dificultan confiar de la veracidad de las narraciones testimoniales.

Además, se agrega a ello la posibilidad siempre existente de querer exagerar u ocultar ciertos hechos de manera consciente por parte del narrador. A ello se suma que, bajo circunstancias de estrés como las que suscitan las situaciones límite, la mente ve diezmada su capacidad de percepción y memorización de la realidad. Ruth Leys aborda este tema en su obra *Trauma: a genealogy*. En esta expone:

La idea es que, debido a las emociones de terror y sorpresa causadas por ciertos eventos, el aire se divide o se disocia: no puede registrar la herida en la psique, ya que se destruye lo ordinario por la amargura y la cognición. (Leys, 2000, p. 02)³⁷

Es por ello que se hace necesaria la articulación de ambas variantes, tanto de la memoria como de la historia, en vez de la radicalización de las diferencias. Tal como indica Pérez Baquero:

[M]i propósito es dar cuenta de cómo la puesta en juego de los conceptos psicoanalíticos de Dominick LaCapra, proyectan una conexión particular entre la escritura de la historia y la memoria, que revela el componente valorativo y, consecuentemente, la subjetivación, del ámbito de la historiografía contemporánea. (Pérez, 2015, p. 03)

En esta línea, se vislumbra una justificación de la necesidad de vinculación de la historia con la memoria. LaCapra reconoce valor al testimonio en tanto “condición necesaria de la acción” (2009, p. 25) y también “como manera en la cual una víctima amenazada o abandonada al trauma puede sobreponerse a la pasividad y el entumecimiento” (p. 26). El desarrollo de la

³⁷ La traducción es propia

“The idea is that owing to the emotions of terror and surprise caused by certain events, the wind is split or dissociated: it is unable to register the wound to the psyche because the ordinary by amareness and cognition are destroyed” (Leys, 2000, p. 02)

historiografía, debido a su incapacidad para referir el trauma con la carga emotiva que le comporta, ha tratado de ser reemplazada por la memoria. Sin embargo, bajo la propuesta de LaCapra, en el tratamiento del trauma, se inscribe la importancia del testimonio.

2.3.2 Historia frente al trauma.

El reconocimiento de las limitaciones tanto de la historia como de la memoria, desemboca en la observación de prestar atención al método historiográfico que fija su atención en el trauma tal como lo ha propuesto LaCapra. Así, la asociación de la memoria con el trauma, debe ser la aceptación de la primera por la segunda, es decir, de la historia por la memoria, y con ello se apunta al enfrentamiento y la posterior superación a través del duelo. De esta manera, junto al reconocimiento del trauma se genera la imperante obligación de enfrentarlo y superarlo en modo de duelo, con lo que se distingue el tiempo preterito y los sucesos allí dados con el presente y las posibilidades de realización del individuo. Lo que busca LaCapra es: “una historiografía crítica que haga posible el duelo, estableciendo una distancia crítica que separe el pasado del presente” (Pérez, 2015, p. 08).

En este punto, y solo al considerar el trauma como ocupación del trabajo historiográfico, el duelo aparece como una preocupación histórica. El duelo solo podrá entrar en juego bajo el reconocimiento del trauma como necesidad historiográfica. A la vez, la atención al trauma se justifica en la importancia de los elementos que desarrolla el estudio de la memoria por una parte, y la conexión establecida con la historiografía por otra.

Aquí entra un elemento más en consideración: la percepción del pasado desde el presente. El trauma en sí mismo conlleva una dificultad para la elaboración de la historia dado que hace imposible la superación del pasado. Para la persona que pasa por la situación límite, el trauma le impide un avance hacia el futuro, en tanto su presente se ve constantemente enfrentado a los sucesos del pasado que le marcaron. Como lo refiere Leys, “[L]a experiencia del trauma, reparado o congelado en el tiempo, se niega a ser representada como pasado, porque se revive perpetuamente en un presente doloroso, dissociado y traumático” (Leys, 2000, p. 03)³⁸. La referencia de Leys da cuenta de la situación en la que el trauma sigue afectando después del suceso al individuo, lo que impide que el desarrollo de su presente se realice de manera espontánea.

³⁸ La traducción es propia:

The experience of the trauma fixed or frozen in time, refuses to be represented as past, but is perpetually reexperienced in a painful, dissociated, traumatic present.

[L]os lapsus del recuerdo del trauma se combinan con la tendencia a repetir, revivir, ser poseído o pasar al acto compulsivamente las escenas traumáticas del pasado(...); recaídas en el trauma fomentadas por incidentes que recuerdan más o menos oblicuamente el pasado. (...) Lo que se niega o se reprime en el lapsus de la memoria, no desaparece; regresa de un modo transformado, a veces desfigurado o disfrazado (LaCapra, 2009, p. 23).

Negar el trauma no se traduce con su superación. Los traumas regresan de diferentes maneras a la conciencia. Por lo tanto, es necesario enfrentarlos. Esta razón justifica una variación, una nuevas preocupaciones para la historiografía, esto es, la huella del trauma, el abordaje, el duelo y, en tanto sea posible, la superación. Sin embargo, como es evidente, este trabajo historiográfico resulta más factible si se lleva a cabo desde la atención a la memoria. No se trata de decir que la historiografía sea incapaz de dar cuenta del trauma y de ayudar a enfrentarlo y a superarlo, pero el surgimiento del debate entre memoria e historia, ha tomado esta falencia historiográfica para argumentar una ventaja a favor de la memoria. LaCapra ha denominado a esta situación hartazgo de la memoria.

Debido a que el trabajo de LaCapra y otros investigadores se ubica a finales del siglo XX y principios del presente, las víctimas de Auschwitz son ya de avanzada edad y están próximas a desaparecer junto a su posibilidad de dar testimonio. Así, la atención prestada a la Segunda Guerra Mundial, evidente en el sinnúmero de referencias bibliográficas, cinematográficas, literarias, etc., ha causado un sensacionalismo desaforado cuya consecuencia es el surgimiento de un afán general de recoger los testimonios, como el proyecto de la colección Yale Fortunoff³⁹. En *HMDA*, LaCapra denuncia que este hartazgo de la memoria radica en una especial atención prestada a la memoria dado que se ha favorecido el testimonio como una riqueza en riesgo.

Esta situación en la que se observa la desaparición próxima del conocimiento, contribuye a que la atención de la comunidad académica interesada en la historia de la Segunda Guerra Mundial, ignore momentáneamente a los historiadores que se esforzaron por narrar la historia para prestar oídos a los testimonios de los sobrevivientes de Auschwitz y escuchar de ellos, de primera mano, el funcionamiento de los campos de concentración, los abusos de los soldados

³⁹ El proyecto Yale Fortunoff buscaba configurar un corpus de unos 50mil testimonios de víctimas del Holocausto, recogidos alrededor del mundo. Para 1996 contaba con 3000 testimonios documentados en video. El proyecto estuvo a cargo de Steven Spielberg. Hoy cuenta con 4400 testimonios grabados y 12000 horas de video. Para más información (Spielberg, 2019): <https://fortunoff.library.yale.edu/>

nazis, las obligaciones a trabajos forzados y la imposibilidad de denuncia ante la ignorancia, e incluso patrocinio, de los ciudadanos alemanes del Tercer Reich.

Esta situación ha llevado a que se desarrolle un cúmulo de información, un sinnúmero de registros audiovisuales y una cantidad exagerada de obras en las que la única pretensión está en el registro de todos los detalles y pormenores salidos de los prisioneros de los campos. El hartazgo de la memoria es el fenómeno en el que la búsqueda de información sobre la Segunda Guerra Mundial que no pase por el filtro de la memoria y el testimonio parece ser casi desechada por ser considerada inútil, manipulada o carente de valor.

Este reconocimiento a los testimonios es de invaluable importancia y representa un avance en las consideraciones históricas. Aunque los testimonios han cobrado tal preponderancia, referir su forma, contenido, ventajas y posibilidades epistemológicas es un trabajo que supera con creces las limitaciones de este documento. Baste para el mismo referir apenas que su importancia radica en tanto ofrece de primera mano el padecimiento del individuo, y le permite expresarse con absoluta y plena libertad, además de que le otorga la voz a la víctima que, por lo general, ha sido acallada.

Sin embargo, LaCapra denuncia una posible reducción y suplantación de la historia por la memoria: “[t]an grande ha sido la preocupación por el testimonio y los testigos que en ciertas zonas de estudio casi ha desplazado o igualado el papel de la historia misma” (1998, p. 27). Si bien se reconoce la importancia del testimonio, no puede sostenerse que este sea el trabajo que reemplace la historiografía, o peor aun, que hacer historia es igual a recoger testimonios, pues “Esta igualación es engañosa” (LaCapras, 2009, p. 25). Se busca la vinculación de las fortalezas de testimonio y el trabajo de la memoria junto a los métodos de rigor historiográfico. Solo ello permitirá un correcto abordaje del trauma, y la realización de las distinciones y tipos de estos.

Es innegable que quien se enfrenta al conocimiento de una situación límite resulta afectado por esta en una u otra medida. Como lo sostiene LaCapra: “El significado de mis comentarios es que, en relación con la comprensión histórica, no deberla contemplarse la vivencia de una manera estrechamente cognitiva que sólo implica el procesamiento de información” (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, p. 63) La percepción de LaCapra es que la historiografía necesita una apertura a otras formas de expresión sin que por ello se pierda el rigor necesario. La apuesta consiste en abrirse a novedosos abordajes que amplíen la comprensión de la historia -tales como los registros en obras de arte u obras literarias- y es,

precisamente, el escenario del testimonio el que empieza a considerarse como primordial, dada la demanda de atención al trauma.

Cuando se dieron los juicios de Nuremberg, uno de los momentos que cobró más importancia, fue precisamente el escuchar a las víctimas, y el enfrentamiento de los testigos, los jueces, victimarios, abogados, militares, etc., a las imágenes y cintas que recopilaban los eventos de los campos de concentración. El sentirse afectado por una situación de manera empática, hace parte de la naturaleza humana, sean hechas las salvedades necesarias. Aunque esto pueda parecer carente de rigor científico, es un hecho que puede observarse, por ejemplo, en el consumo de material que refiera información sobre la Segunda Guerra Mundial. Estas actitudes no escapan al investigador, o por lo menos no deberían hacerlo.

Es por ello que no es despreciable la consideración del trauma en el abordaje de la significación de la historia. Estos eventos, como ya se ha mencionado anteriormente, tienen en sí mismos un nivel de dificultad de abordaje considerable: “El estudio de acontecimientos traumáticos plantea problemas particularmente espinosos de representación y escritura” (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, p. 63). Un enriquecimiento de las visiones de las víctimas, tal como lo ha propuesto la memoria, es válido pero insuficiente, dado que no puede atribuirse labores que le son inaccesibles. Así, el trabajo de LaCapra en calidad de historiador debe comenzar entonces por una reconsideración de la historia. Para LaCapra, dicha definición se da de la siguiente manera. Se entiende la

[h]istoria como algo que entraña una tensa reconstrucción objetiva (y no objetivista) del pasado y un intercambio dialógico con él y con otras indagaciones sobre él, en la cual el conocimiento supone no sólo procesamiento de información sino también afectos, empatía y cuestiones de valor (LaCapra, 2005, p. 67)

Es necesario considerar que las problemáticas para el abordaje del discurso histórico que asume el trauma como objeto de estudio implica una relación de parte del historiador debido al contenido semántico involucrado en las situaciones límite. A continuación, se recurre a las categorías de identificación y transferencia, es decir, a la explicitación como se debe realizar esta forma de involucración del historiador frente a las situaciones límite y las advertencias de posibles errores en este ejercicio. Es necesario mencionar que la identificación es una forma negativa de relacionarse, en tanto se dan una serie de dinámicas en las que el trauma es asumido como propio mientras la transferencia se identifica con la forma empática de relación del historiador para con los afectados con el trauma.

Si se comprende por una parte que la historiografía descansa sobre la necesidad de contar el pasado con un rigor que no puede ignorarse -tal como queda claro con la Investigación Documental-, si se comprende que la estructura historiográfica es de carácter isomorfo a la literatura, - como lo aborda el Constructivismo Radical-, y se añade la necesidad de atender a los testimonios para comprender el trauma– trabajo elaborado desde la memoria-, se concluye entonces que el discurso histórico de LaCapra se asume como una construcción narrativa posterior al evento traumático. Por último, el presente documento se enfrenta a la necesidad de comprender las implicaciones de dicha afirmación y observar cómo con esta propuesta, se superan las insuficiencias a nivel psicoanalítico, historiográfico y ético de la voz media del Constructivismo Radical.

2.3.3 Transferencia e identificación.

En términos psicoanalíticos, con aquella fusión y confusión entre memoria e historia determinada por los testimonios, hay una confusión que radica en la indistinguibilidad entre identificación y transferencia. Como ya se definió anteriormente en *HMDA*, la transferencia se define como la respuesta emotiva que emerge del historiador que sirve de interlocutor a la persona que padece el trauma. Esta idea se resume en un sentimiento de solidaridad por aquel que ha pasado por la situación límite. Reconoce la individualidad, el trauma y siente. Acudiendo a Laplanche y Pontalis, la transferencia se entiende como:

[E]l proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y, de un modo especial, dentro de la relación analítica. Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de actualidad. Casi siempre, lo que los psicoanalistas denominan transferencia, sin otro calificativo, es la transferencia en la cura. La transferencia se reconoce clásicamente como el terreno en el que se desarrolla la problemática de una cura psicoanalítica, caracterizándose ésta por la instauración, modalidades, interpretación y resolución de la transferencia. (Laplanche & Pontalis, 2004, p. 438)

En otras palabras, la transferencia busca la observación del padecimiento de los individuos con el fin comprenderlo y buscar la superación del mismo en forma de duelo. Para el caso del trauma, la transferencia se comprende como la forma en que el historiador revive el padecimiento de quienes sufren por las situaciones límite, identifica dichos padecimientos y busca vías de superación del mismo. Evidentemente, en él mismo hay un grado de afección de trauma del otro que no puede ser ignorado, pero comprendiendo que dicho padecimiento no es propio, por lo que conviene prestar atención al trauma sin asimilarlo como propio.

La otra forma de afección con el trauma, este realizado de manera negativa, es la identificación, cuya definición en *WHWT* es problemática en tanto el sujeto viola la individualidad del otro. Aquí de manera errada, quien construye el discurso narrativo histórico se identifica con quien padece la situación límite y asume ilegítimamente el trauma ajeno por propio. En palabras del autor,

por identificación, entiendo la fusión del yo y el otro, en la cual la otredad o alteridad del otro no es reconocida ni respetada. (...) [P]odría abarcar los fenómenos de introyección, en los cuales aspectos del otro se incorporan al yo o se cifran en él (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, pp. 50-51 nota 31.)

Así, identificación y transferencia son diferentes. La primera estaría asociada a la suplantación de la identidad de la persona afectada mientras la segunda reconoce el dolor en el otro y se solidariza sin irrespetar esa posición de alteridad. Al respecto, el Constructivismo Radical comprende la necesidad de percibir la afección de quien pasa por la situación límite, pide reconocerla y busca poder exponerla de manera clara al lector de la historia -apelando para ello a los elementos de la fantasía y a la voz media-. Sin embargo, la advertencia de LaCapra es que existe la posibilidad latente de que esta empatía no sea el reconocimiento del dolor del otro, sino una acción ilegítima en la que se asume ese padecer como propio, es decir, la identificación, como en el caso de Wilkormiski. Esta suplantación en la que el lector se identifica con la víctima, elimina la riqueza de reconocer quien es la víctima directa, y desvía la atención a otros elementos que le impiden a este superar el *Acting Out* y pasar la etapa de duelo.

En este punto, conviene recordar los tres límites de la voz media, en sus niveles psicoanalíticos, historiográficos y éticos. (1) Las reivindicaciones de verdad se hallan atendidas en tanto se reconoce la objetividad necesaria, así como se salvaguarda la idea antipositivista de que la historia es una construcción, y como tal, se somete a los prejuicios y preconcepciones del historiador. Por otra parte, (2) permite una apertura de esta con otras disciplinas, -aquí se incluiría una posibilidad estética-, en tanto reconoce en estas perspectivas alternas, diferentes ópticas que enriquecen la comprensión sobre la historia. Por último, (3) asume la tarea de dar cuenta sobre el carácter emotivo que comportan los eventos históricos, y de manera privilegiada las situaciones límite, y que deben suscitar la transferencia en el investigador y el lector.

(1) Sobre las reivindicaciones de verdad que se hicieron problemáticas con la inserción de la fantasía por parte del Constructivismo Radical, LaCapra manifiesta que “las reivindicaciones de verdad están en juego, con matices, en todos los niveles del discurso histórico” (2005, p. 58).

El trabajo historiográfico debe mencionar tanto la referencia al pasado ya dado [que otorga el carácter objetivo al trabajo historiográfico] como la cuestión de que el investigador se halla implicado desde su propio posicionamiento en un proceso histórico, lo que le supone una perspectiva limitada para la evaluación de situaciones límite. “Creo que uno inicia una investigación inmerso ya en un proceso histórico en marcha, posicionamiento hacia el cual. se puede intentar adquirir una perspectiva transformadora o crítica” (LaCapra, 2005, p. 58).

La historiografía debe atender la observación de que, si bien su objeto de estudio es el pasado, la perspectiva con la que se contempla se ubica en el presente, y con ello, responde a las formas de comprensión propias de la época. El historiador en tanto sujeto histórico, está entonces implicado en la observación de la historia. Este será el principio para que el historiador se enfrente a la historia teniendo en cuenta la transferencia y no la identificación. Dicho de otro modo, hay una “implicación del observador en lo observado, lo que en términos psicoanalíticos se llama transferencia” (LaCapra, 2005, p. 58).

(2) La apertura a otras posibilidades de visión, como la del arte, ha sido descrita en el cine y la literatura. Esta apertura fue legitimada por el Constructivismo Radical, pero erró en tanto confunde los elementos de la ficción con los de la realidad. Aquí, entran en juego las experiencias y vivencias del autor que se refiere, historiográfica o artísticamente, al pasado. En este orden de ideas “es importante la cuestión de la experiencia y la vivencia (...) nos hallamos frente a una serie de problemas interconexos que entraña la cuestión de la experiencia” (LaCapra, 2005, p. 59). La visión de la experiencia del autor marca una radical diferencia con el positivismo, en tanto suscita la observación de posibilidades de generación de empatía desde la experiencia del autor, frente a las situaciones límite, en la generación de una nueva experiencia a la que se enfrenta el autor. El carácter psicológico de los sujetos involucrados, que en este caso responde a las vivencias propias del historiador, es un elemento que cobra singular importancia.

La legitimación de los elementos fantásticos, permite la entrada de un nuevo elemento en contraposición a la Investigación Documental: La capacidad del arte para dar cuenta de la historia. “Es evidente la importancia de la dimensión poética, retórica y performativa del arte, que no sólo indican diferencias históricas sino que las crean” (LaCapra, 2005, p. 40). Obras como, por ejemplo, el *Guernica* de Picasso tuvieron tal impacto que hicieron más justicia al denunciar los sucesos de la guerra que lo que hubiera podido lograr el registro documental estadístico de los muertos y heridos de la Guerra Civil Española, entendiendo esta como una situación límite.

El arte es entonces comprendido como una obra propiamente construida en la que, precisamente, los padecimientos, cultura e ideologías del autor, o del artista más específicamente, pueden dar cuenta de los sucesos o sugerir vías de investigación y observación. La riqueza del arte es meritoria en tanto supera el círculo vicioso que suponía la Investigación Documental. De esta manera, se observa que la fantasía y la realidad soportan un vínculo que requiere atención:

En suma, la interacción o relación de interrogación mutua entre la historiografía y el arte (incluida la ficción) es mucho más compleja que lo que sugiere una relación de identidad o una oposición binaria entre ambos, cuestión ésta que va adquiriendo mayor contundencia en los últimos intentos por reconceptualizar el estudio del arte y de la cultura (LaCapra, 2005, p. 40)

(3) De esta manera, se ha llegado a la observación de la transferencia del historiador desde la vivencia de las experiencias propias. A partir de esta observación, las vivencias del historiador cobran importancia en tanto fijan la empatía como un elemento emotivo que amplía el *horizonte de sentido*⁴⁰ de la hermenéutica histórica. Es decir, esas vivencias del historiador que carecían de importancia para la Investigación Documental, cobran sentido en tanto amplían la comprensión en el sentido empático de la historia. “Diré que el problema de la vivencia o experiencia debería llevarnos a la cuestión del papel de la empatía en la comprensión histórica” (LaCapra, 2005, p. 60). Esta tarea implica considerar la empatía que es entonces asumida por el historiador en clave de comprensión historiográfica.

La misión del historiador se da, entonces, en términos de generar empatía. Esta se define en los siguientes términos: “la empatía puede entenderse como algo que presta atención e incluso intenta recuperar la posible dimensión escindida, afectiva de la vivencia de otros” (LaCapra, 2005, p. 62). No se trata de un intento por hacer que el lector pueda, siguiendo un proverbio popular *ponerse en los zapatos*, en este caso de los afectados por los sucesos límite, sino que “la respuesta emocional [que] va acompañada de respeto por el otro y la conciencia de que la vivencia del otro no es la propia” (2005, p. 63).

El historiador puede eliminar o atenuar excesivamente el peso diacrónico del pasado, incluidas las secuelas del trauma, viendo el pasado exclusivamente en términos de los usos y abusos del presente, por ejemplo, como capital simbólico en la política de la memoria. (LaCapra, 2005, p. 61).

Para el siguiente punto, esta consideración será importante en la búsqueda de evitar la suplantación en el momento de generar empatía, pues malograda dicha tarea facilitaría los

⁴⁰ Gadamer, H. (2003) *Verdad y Método I*, Salamanca, Ed. Sígueme.

procesos de manipulación. Aquí, nos enfrentamos a la problemática de cómo generar empatía sin descuidar el respeto por la alteridad del sujeto que ha padecido el evento traumático. Más que una consideración historiográfica básica, es una responsabilidad que asume el historiador que pretende dar cuenta de las situaciones límite.

El autor concluye enfatizando en la importancia de escribir el trauma. Y es que esta situación no se halla fácilmente al alcance del historiador, precisamente, debido al reconocimiento de la *differénc*e derridiana: El trauma se reconoce como “una experiencia que trastorna, desarticula el yo y genera huecos en la existencia; tiene efectos tardíos imposibles de controlar sino con dificultad y, tal vez, imposibles de dominar plenamente” (LaCapra, 2005, p. 63). Ello hace justicia a la idea de comprensión histórica que se abre a más elementos que la mera cognición informativa. “El trauma puede ser común tanto a la víctima como al perpetrador. Lo importante es contrarrestar el *Acting Out* de la disociación” (LaCapra, 2005, p. 64). No solo se trata de dar cuenta del trauma, sino además, buscar herramientas para su superación, pues el peso diacrónico del pasado es un elemento que está a merced de la atenuación del historiador.

Al realizar la conexión de los tres elementos –dimensiones psicoanalítica, historiográfica y ética- se concluye que el discurso histórico es configurado como la construcción narrativa, -con lo que se hace un reconocimiento al trabajo del Constructivismo Radical- que se realiza posteriormente al evento traumático, -un elemento del cual se observó que carecía de posibilidades de realización desde la voz media, exclusivamente- con el fin de generar empatía por parte del lector-un elemento ético que asume el historiador-. Para lograr dar razón de estas tareas que son asumidas por la historia, en los estudios del trauma hechos por LaCapra se hace necesario realizar la distinción entre el trauma histórico y el trauma estructural.

Como ya fue mencionado, el trauma desata afecciones diferentes frente a los directamente expuestos a las situaciones límite, pero también a quienes se hallan cercanos de alguna manera a dicha situación. Es entonces, en este punto, que conviene realizar la división entre el trauma que afecta directamente a quien padece el suceso límite y el trauma de quien se presenta como espectador del evento.

Capítulo III: Defensa del trauma como objeto de estudio historiográfico. El origen del nuevo discurso

Para el presente capítulo hay dos tareas importantes. En primer lugar, conviene aclarar por qué hablar de una doble consideración del trauma, a saber, la distinción entre trauma histórico y trauma estructural. Por otra parte, se busca sostener que la narración del trauma, siguiendo la argumentación de LaCapra, contribuirá a que las limitaciones psicológicas, historiográficas y éticas de los métodos previos hallen una posible solución. De manera puntual, la justificación para la narración del trauma se da en términos de la superación de vacíos epistemológicos a nivel psicológico, historiográfico y ético.

En ese orden de ideas, el presente capítulo se divide en tres partes. En la primera, a partir de las categorías de *Ausencia*⁴¹ y *Pérdida*, se observará la posibilidad de superación de falencias a nivel psicológico. Este será el punto en el que se dará una mayor profundidad en tanto conviene realizar la división entre trauma estructural y trauma histórico, elemento con el que se cerró el capítulo anterior. La segunda parte tendrá la intención de superar las falencias de los métodos previos en orden a las exigencias historiográficas. Para ello, recurre a las categorías de *deseo* y *demanda*. Por último, la tercera parte terminará saldando las deudas historiográficas a nivel ético, en tanto observará la necesidad del historiador de dar cuenta del sufrimiento, sin que el lector asuma dicho dolor como propio. En este espacio, será necesario recurrir a las categorías de *empatía* y *suplantación*.

3.1 Ausencia y pérdida

Al inicio del Capítulo II de *WHWT*, LaCapra llama la atención sobre una reunión en la Universidad de Yale. A esta, asistían miembros de la comisión de Verdad y Reparación de Sudáfrica que evaluaban el impacto del *Apartheid*. El hotel en el que se hospedaban “tenía reservado todo un piso para el Centro de Recuperación del trauma (TRC: Trauma Recovery Center)” (LaCapra, 2005, p. 65). El TRC tenía por misión evaluar el impacto y los sucesos del Holocausto. LaCapra sostiene que, sin saberlo, ambas instituciones, refiriéndose a situaciones límite diferentes, tenían más o menos las mismas preocupaciones. Por una parte, la Comisión de Verdad y Reparación enfocaba sus esfuerzos en la búsqueda del reconocimiento y la ayuda

⁴¹ Los términos en cursiva, que serán los que darán nombre a los apartados de este capítulo, son categorías abordadas y desarrolladas desde el psicoanálisis. El desarrollo y definición, aunque encaminado al trabajo de la historiografía, responde en principio a la forma de comprensión del psicoanálisis, sobre todo, de corte lacaniano. Aunque sería de una riqueza invaluable profundizar en dichos términos, ese es un trabajo que excede las limitaciones de este.

a las víctimas del *Apartheid* en la población sudafricana. Por otra, el TRC buscaba incesantemente las aseveraciones de verdad sobre el Holocausto judío.

El autor comienza estableciendo la necesidad de distinción entre ausencia y pérdida cuya obligación de distinción se descubrió a partir del ejemplo del TRC y la comisión de Verdad y Reparación de Sudáfrica en la Universidad de Yale. El autor sospecha que, alrededor de ambas situaciones límite, se pretendió erigir un discurso que beneficiaba y/o amparaba a quienes no habían padecido de manera directa los sucesos:

En efecto, en ambos países, el problema de quienes se beneficiaron con la opresión anterior consiste en reconocer las pérdidas de las víctimas y hacer el duelo por ellas, y encontrar al mismo tiempo un modo legítimo de representar sus propias pérdidas haciendo el duelo por ellas sin que este proceso orientado hacia el yo encubra las pérdidas de las antiguas víctimas ni entrañe un balance inaceptable (LaCapra, 2005, p. 66).

Después de ambas situaciones límite, el *Apartheid* para Sudáfrica y el Holocausto para Alemania, el discurso histórico, entendido en términos de construcción narrativa postraumática, reconoce a las víctimas directas de los sucesos, pero con la problemática de que su intención es, originalmente, la de identificar el trauma de ellas con los de la población en general. La inminente consecuencia es que no se hace completa justicia a las víctimas reales de las situaciones límite. Y este fenómeno es común a Sudáfrica y Alemania, por lo que la categorización de situaciones límite podría abrir nuevas formas de comprensión historiográfica a las situaciones identificables con esta categoría. Así, por una parte, los padecimientos en general de la población sudafricana pretendieron ser comprendidos como si fuesen una responsabilidad del *Apartheid*, de manera que todo sufrimiento se identificaba con esa situación, y por ende, todos son víctimas. En cuanto a Alemania, la responsabilidad del nazismo se pretendía observar diezmada.

Como víctimas de la Primera Guerra Mundial, el nazismo solo fue una consecuencia de la explotación de Alemania por parte de la comunidad internacional. Así todos los alemanes, incluido el Partido Nacional Socialista, fueron víctimas de movimientos históricos anteriores. El campo de concentración, entonces, afectó a toda la población. Todos son víctimas. En este punto puede aparecer el primer rasgo de diferencia entre ausencia y pérdida, en tanto, para el autor, la no separación de dichos elementos da cuenta de un proceso inmaduro postraumático en el que la víctima se halla en medio de la confusión. Esta problemática requiere y justifica la

realización de la división entre dos tipos de traumas, uno referido a la pérdida y otro a la ausencia.

Así, el desarrollo de la distinción ausencia-pérdida se da a partir de “la diferencia entre trauma estructural y trauma histórico, sobre el cual tal vez sea posible localizar al primero” (LaCapra, *Escribir la historia, escribir el Trauma*, 2005, p. 69). Comprender ausencia y pérdida requiere clasificar la forma en que el trauma impacta en los individuos. En principio, el trauma histórico es aquella afección cuyo impacto puede ubicarse de manera temporal. En este punto, el individuo es capaz de distinguir en qué momento comenzó su afección, enfáticamente, en un hecho puntual. Un ejemplo de ello, es la mujer que sufre una violación por parte de un militar. Su trauma se ubica a partir de la fecha del acto, es decir, es totalmente reconocible en términos cronológicos.

De manera que uno es el trauma histórico, cuya ubicación puede rastrearse, y otro es el trauma estructural, que es una elaboración posterior a las situaciones límite. No se quiere decir que aquellos cercanos a las situaciones límite, que no las padecen directamente carezcan radicalmente de afecciones, sino que su padecimiento es distinto al de los individuos directamente afectados. Esta distinción será más clara con la división entre ausencia y pérdida.

Este trauma difiere del trauma estructural. Si bien se comprende que el individuo que se halla cerca a las situaciones límite se ve afectado por estas, su padecimiento no es el mismo que el de las víctimas directas. En este punto, el trauma se realiza como afección indirecta. El individuo no ha sufrido de manera directa la situación límite, pero por hallarse cerca a dicho contexto, padece a su vez un trauma. Es importante recordar aquí que el margen de afección del trauma es considerable a tal punto, que incluso los nacidos posteriormente a la situación límite se ven afectados. Se denomina estructural porque es una construcción que responde a las estructuras sociales y políticas de la sociedad en la que surge el trauma histórico.

La pérdida, está relacionada con algo que se tenía, sobre lo que se llama la atención cuando ya no se tiene. Se habla de una pérdida cuando, originalmente existía un elemento, pero este desaparece. Al darse la pérdida, se legitima absolutamente la denuncia de que existía un x, pero que ahora, por una u otra razón, ya no está. Hablando en el contexto de la situación límite, existen diversas pérdidas históricas que podemos ubicar desde riquezas humanas, económicas, sociales e incluso estéticas. Cuando se habla de pérdidas, se está considerando un referente que ya no es recuperable, lo que genera un fuerte impacto que desvincula a la víctima directa de su anterior realidad.

La pérdida se puede ubicar en la traslación temporal, en la que en un tiempo X1 el objeto se hallaba, mientras que en el X2 este ya no aparece. Por ello, LaCapra puede afirmar: “sitúo la pérdida en un nivel histórico” (LaCapra, 2005, p. 70). La ubicación temporal de la pérdida, requiere que la elaboración del duelo no pretenda un paso de X2 a X1 pues, simplemente, esto ya no es posible. Así, solo queda buscar el reconocimiento de esa pérdida, su asimilación y posteriormente, comenzar la elaboración del duelo. Respecto a la forma de padecimiento del trauma, en la pérdida se halla un estado emocional de melancolía, es decir, de extrañeza ante el elemento perdido que, dependiendo del valor semántico del objeto, puede hacer que la persona afectada busque un estado de regresión a X1.

Por su parte, la ausencia es el estado de la persona que carece de definición del elemento que le entraña una falencia. De hecho, desde el psicoanálisis está referido el objeto fálico, es decir, una especie de nostalgia que se entraña porque se presupone la falta de un elemento indeterminado. En la ausencia hay un estado inmaduro de padecimiento en el que el sujeto no consigue saber qué es lo que le hace falta: “yo ubicaría la ausencia en un nivel transhistórico (...). En este sentido transhistórico, la ausencia no es un acontecimiento y no implica tiempos verbales” (LaCapra, 2005, p. 70). Una ausencia, contraria a la pérdida, no se ubica en un punto determinado de la historia. Si bien se reconoce que hay un padecimiento, la explicación de este no se agota en referir un estado previo que cambiara posteriormente. La ubicación de un cambio de un momento X1 a X2, aquí es imposible.

La ausencia, en tanto indeterminación del objeto fálico, define un estado emocional de angustia, “Para Freud, la angustia se caracterizaba por la indefinición y la ausencia o indeterminación de un objeto; para Kierkegaard y Heidegger era el temor a algo que no es nada” (LaCapra, 2005, p. 78). La angustia es temor por un algo no determinado, es decir nada [no thing] en el sentido de ningún objeto. Cuando una persona padece de angustia, en el tratamiento psicoanalítico, los trabajos de superación de nostalgia por el objeto ausente, fálico en el sentido de falencia, se realizan refiriendo la pérdida a un objeto determinado para posteriormente llevar a cabo el trabajo de duelo alrededor de este.

Al extrapolar las categorías de pérdida y ausencia al campo del trauma en tanto objeto de estudio de la historiografía, LaCapra hace posible una identificación de la pérdida con el trauma histórico y de la ausencia con el trauma estructural. Quien ha pasado por la situación límite y la padece de manera directa sufre una pérdida histórica, plenamente identificable en el tiempo, reconocible y factible de estudio, al menos, en cuanto a su determinación temporal. Mientras

tanto, tal como había sucedido con el *Apartheid* o el Holocausto, el padecimiento de quienes estuvieron cerca a dichas situaciones pero no las sufrieron de manera directa, tiende a confundirse y justificarse en la situación límite, con lo que surge una errónea consideración que confunde la ausencia de ciertas nociones del individuo con el trauma surgido por la pérdida padecida por las víctimas directas.

Esta última situación es complicada, pues hay entonces consecuencias problemáticas y negativas para la construcción del discurso histórico si se confunden ausencia y pérdida. LaCapra denuncia esta situación de la siguiente manera:

Cuando la ausencia se convierte en pérdida, aumenta la probabilidad de que surja nostalgia por algo que no lo merece, o de que se genere una política utópica que procura hallar una nueva totalidad o una comunidad plenamente unificada. (LaCapra, 2005, p. 68)

En este punto, lo que se pone en juego es la disposición del individuo ante los sucesos. Cuando una sociedad que padece un trauma estructural identifica erróneamente su situación con una pérdida ocasionada por una situación límite, se expone a que sus aspiraciones utópicas desatiendan la realidad y las situaciones comunes a estas, por lo que buscarán un cambio que, a lo mejor, no resulta del todo pertinente. Es el caso de Sudáfrica y Alemania, ambos escenarios se prestaron para identificar, de manera equívoca, el padecimiento de ciertas falencias gubernamentales por ejemplo, con las situaciones límite.

Aquí, lo que está en juego es la disposición emocional del individuo frente a la naturaleza caótica de la realidad. La naturaleza, la realidad misma del individuo tiene siempre complicaciones; atribuir las a la situación límite es una forma abusiva de comprender el discurso histórico, y resulta injusta con quienes son víctimas reales y directas de dicha situación. De otra manera, aunque todavía en sentido negativo, la pérdida que se confunde como ausencia impide el ejercicio historiográfico correcto, y descuida la dimensión psicológica del individuo en tanto erra en la elaboración correcta del duelo.

Cuando la pérdida se convierte en ausencia (...) se llega a un punto muerto de melancolía perpetua, duelo imposible e interminable aporía, en el que cualquier proceso de elaboración del pasado y sus pérdidas queda forcluido o abortado prematuramente. (LaCapra, 2005, p. 68).

Esta melancolía es un estado del individuo en el que las emociones preponderantes son la tristeza y el desinterés. Es un estado en el que cae el individuo que sufre una pérdida. Sin embargo, el ejercicio del duelo comienza con el reconocimiento de dicha melancolía. Esto se obstaculiza si la persona no reconoce que su padecer se debe a la pérdida. Confundir su estado

con una ausencia, impide que el ejercicio de superación de la pérdida por medio del duelo se realice de manera correcta. Una forma de reconocerlo, es que el sufrimiento tenga una razón específica, pueda tener una referencia cronológica específica, es decir, que pueda ubicarse en un momento determinado

[L]as pérdidas son específicas e involucran acontecimientos concretos, como la muerte de los seres queridos en el ámbito personal o, en otro más amplio, las pérdidas causadas por el *Apartheid* o el Holocausto y el efecto que tuvieron sobre los judíos. (LaCapra, 2005, p. 69).

Las personas que padecen el trauma histórico, entonces, podrían considerar erróneamente que su padecimiento es una ausencia. En este caso, no encontrará formas válidas de aceptar o superar su pérdida, pues la denuncia legítima sobre su objeto perdido, queda reducida a una angustia injustificada. Así, queda entonces enfrascado en una lucha por asumir que su pérdida no existió, o que quedó justificada por los procesos históricos que debieron ser de cierta manera y no de otra. El discurso histórico con demasiado énfasis en la ausencia desconoce la pérdida de los individuos que pasan por las situaciones límite. La muerte de un familiar, la libertad hurtada en los campos de concentración o la segregación racial en el *Apartheid*, son momentos críticos que se rastrean en el tiempo, sobre los cuales el historiador debe identificar su respectiva ubicación.

Respecto a la ausencia, “no se puede perder lo que nunca se tuvo” (LaCapra, 2005, p. 71). Aunque hay una nostalgia que se reconoce en quien tiene una ausencia, no responde ésta a las dinámicas de causa-efecto. No hubo un fenómeno fundante que pueda responsabilizarse de dicha nostalgia. Por ello, “la ausencia, (no la pérdida) concierne a los fundamentos supremos en general, especialmente a los metafísicos” (LaCapra, 2005, p. 71). Una narración que pretenda dar cuenta exclusiva de la ausencia, presupone que no había un cambio sustancial entre el pasado y el presente, y por tanto deslegitima la denuncia de quienes han padecido la pérdida.

3.1.1 Discurso histórico como narración.

Una vez realizadas estas distinciones respecto al trauma y sus formas de afección, el autor comienza la elaboración de los modos como se debe desarrollar la narratividad del discurso histórico. Se presta, en este punto, atención a formas no convencionales de desarrollo narrativo, a saber, narrativas que no respondan a una “intriga convencional en la cual hay un comienzo, un desarrollo y un fin” (LaCapra, 2005, p. 76). Lo que observa LaCapra es que las construcciones narrativas que desde la literatura apelan al intento de dar cuenta de la historia en forma de narración novelesca pueden ser problemática si se trata de denunciar las situaciones

límite en la historia, pues no siempre consiguen hacer justicia al trabajo historiográfico. Es por ello que autoras como Martha Nussbaum⁴² rechazan la forma en que se privilegia la novela, dado que esta es una expresión eurocentrista y chauvanista.

Las novelas son la forma en las que la trama crea la ausencia y la confunde con la pérdida. La trama que requiere la novela termina por ver como necesaria la situación del padecimiento de la víctima. Por ello, las formas alternativas de narrativas que partan desde la riqueza de las culturas y no respondan a la estructura de la novela, privilegiada como la forma cuasi exclusiva de narratividad occidental, guardan en sí mismas una valoración que debe ser atendida. LaCapra descubre que este ejercicio “[p]ermite determinar mejor las pérdidas o las faltas históricas que no entrañan una obligatoriedad del pasado” (LaCapra, 2005, p. 78). Son las formas narrativas alternativas las que están entonces llamadas a dar razón de las pérdidas siempre injustificadas⁴³.

Con esta intención, sobre todo en la contemporaneidad, ha surgido una amplia gama de escritores que privilegian otras formas de narrativas, con el fin de suponer estructuras dinámicas,- e incluso escritos sin estructura determinada-, para comprender problemas sobre “las pérdidas y las ausencias, las angustias y los traumas que les dieron origen (LaCapra, 2005, p. 76)”. No ejecutar otras formas de narrativa, terminara siendo un problema para la víctima, en tanto coloca a esta en medio de un turbulento movimiento dialéctico que le envuelve y le supera, un movimiento que la considera con un talante de *sacrificio* necesario, en la que se justifica la victimización casi como elemento de redención.

Al respecto, LaCapra denuncia que Derrida centra su atención en la capacidad de donación de la víctima, con lo que desconoce la condición de obligatoriedad que somete a la víctima, como en el ejemplo de Isaac en la Biblia. Según el relato del Génesis, Isaac es sometido por su padre Abraham, por órdenes de Dios, a cargar la leña y el fuego para su propio sacrificio. Sobre

⁴² La autora refiere “La pregunta retórica de Saul Bellow –“¿dónde está el Tolstoi de los zulúes, el Proust de loa papúas?”- ha sido repetida hasta el cansancio con ánimo crítico-normativo con respecto a la cultura de esas Sociedades” (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 75). La denuncia de Nussbaum consiste en que se ha cuestionado la capacidad de narrativa de culturas ajenas al eurocentrismo. Por ello, se considera que solo son legítimas las formas de narración del eurocentrismo dado que son las más acertadas para dar cuenta de la verdad. Al dar la vuelta al argumento, podría manifestarse que la cultura eurocentrista es incapaz de comprender otras expresiones y que, por ello, el error reside en su cultura y no en las demás. El hecho de que no tengan novelistas, y por ende novelas, no quiere decir que sean incapaces de hablar, solo que sus formas de comunicación son diversas, difere su forma de expresión, no su contenido. Martha Nussbaum, (1997) *cultivating humanity: A classical defense of Reform in Liberal education*, Cambridge, Harvard University Press.

⁴³ Al respecto, como se observará en las conclusiones, hay una observación sobre la acción de la violencia en la historia que expone LaCapra. En su última obra, *la historia y sus límites*, LaCapra se opone a la observación de Agamben y Zizek que observan la violencia casi como un elemento obligatorio en el desarrollo histórico, y por ende, necesario de ser atendido por la historiografía. Al respecto, LaCapra se muestra en desacuerdo en tanto observa un peligro que radica en la posibilidad de legitimar acciones violentas en el futuro debido a una justificación historiográfica. Aquí, la responsabilidad ética del historiador se observa comprometida.

su victimización resulta sospechoso suponer que haya un elemento de donación voluntaria en Isaac, dado que este es, hasta el último minuto, ignorante de la situación que casi termina con su vida. De la misma manera, resulta sospechoso suponer que pueda rastrearse siempre en las víctimas una idea de donación, pues estas no están mostrando una conciencia de voluntad de sacrificio.⁴⁴

Como ya se mencionó, el tratamiento de la ausencia consiste en ubicar la angustia en un objeto determinado, y después realizar el tratamiento en referencia a este. Con esta tendencia, los posibles discursos históricos emergentes en forma literaria buscan, sin quererlo, que la ausencia se convierta en pérdida, en virtud de la búsqueda de la trama. Y es aquí donde la ausencia ahora pérdida, se configura en un “proceso que reclama chivos expiatorios o escenarios sacrificiales” (LaCapra, 2005, p. 79). Cuando no se distingue una pérdida de una ausencia en la memoria colectiva frente a una situación límite determinada, es probable que quienes se hallen en esta, realicen el desplazamiento de la angustia a un objeto, en este caso población determinada, responsabilizándola por las situaciones que le competen.

Por ello, es pertinente distinguir entre una ausencia y una pérdida, porque en nombre de esta última, pueden reclamarse víctimas, chivos expiatorios, por un objeto que se perdió, cuando este jamás existió. La disposición emocional subyacente es la angustia, cuyo tratamiento correcto se vuelve complicado, pues el afectado en su condición de yo, no consigue superar el trauma y el espectador se auto proyecta como víctima. Otra diferencia es que el objeto que se busca es diferente en pérdida y ausencia. En la pérdida, hay un objeto definido que desea recuperarse. En la ausencia, hay un vacío que busca llenarse apelando a un sinfín de recursos en que ni el objeto ni el rumbo están demarcados. Al objeto de la pérdida se le denomina objeto perdido mientras el de la ausencia es objeto de deseo.

Ausencia y pérdida, difieren también en tanto la última “está ubicada en un nivel histórico y es consecuencia de acontecimientos particulares” (LaCapra, 2005, p. 84). La pérdida genera un trauma, pero, dado que a veces se dan pérdidas a mayor o menor escala, los traumas también responden a una intensidad de matices. Confundir pérdida y ausencia puede llevar a ideas un tanto sospechosas como la de que todos somos víctimas o, en el peor de los casos, que también las víctimas son en alguna medida responsables de lo sucedido cuando, evidentemente, de ninguna manera es así.

⁴⁴ (LaCapra, 2005, p. 77 No. 35)

Esta situación es conflictiva en tanto la indistinguibilidad “podría facilitar la apropiación de traumas particulares por parte de quienes lo padecieron, especialmente en los movimientos de formación de identidad” (LaCapra, 2005, p. 85). Se denuncia un abuso del término trauma durante la época de los 80’s y 90’s. El tratamiento del duelo requiere que se nombre el objeto perdido. Si se le denomina pérdida a una ausencia, el resultado va a ser la búsqueda de chivos expiatorios a los que se refiere la culpa del padecimiento de la ausencia. Aquí, las formas de prejuicios individuales, como el antisemitismo, cobran un valor social negativo y justifican ciertas acciones.

Y aquí cobra importancia la realización de la distinción entre Trauma Estructural y Trauma Histórico. El primero “está relacionado con la ausencia transhistórica y se presenta de maneras distintas en toda sociedad y en toda vida individual” (LaCapra, 2005, p. 96). El problema de esta es la tendencia a llamar pérdida a la ausencia “a través de la idea de una caída a partir de un presunto estado de gracia” (LaCapra, 2005, p. 96). Debido al prejuicio general de que *todo tiempo pasado fue mejor*, se suele creer que para antes de las situaciones límite, el escenario era casi de tipo paradisiaco. Debido al dolor y la crueldad vivida en las situaciones límite, cualquier comparación con otro momento del mismo escenario hace ver a ese último como un mundo mucho más tolerable y aceptable, con lo que los posibles problemas intermedios son opacados. Parece que ello se debe a que es la forma estructural de ver un momento histórico. Así, surge este trauma estructural que, se debe a un sobre exceso de atención en las estructuras que reducen la importancia a aquello que no responda a una estructura⁴⁵.

Por su parte, “el Trauma histórico es específico, y no todos lo sufrimos ni tenemos derecho a ocupar la posición de sujeto vinculada con él” (LaCapra, 2005, p. 97). El papel de la empatía no puede ser el de reemplazo de la posición de la víctima: “la pérdida de otro no es idéntica a la pérdida de uno” (LaCapra, 2005, p. 97). Contar estas historias implica, en principio, afirmar que “[L]a categoría de "víctima" no es una categoría psicológica. En distinta medida, es una categoría social, política y ética” (LaCapra, 2005, p. 98). En el trauma estructural lo que está en juego es una población víctima cuya condición requiere un tratamiento sensible ante su padecimiento. A pesar de lo que ella pueda expresar por el testimonio, el elemento *differance*,

⁴⁵ A pesar del reconocimiento de estas deficiencias, el postestructuralismo no sale mejor librado de la crítica. En (LaCapra, 2005, p. 96. N. 49), el autor refiere errores en el post-estructuralismo que radican en exaltar de manera injustificada elementos que son simplemente contingentes. Prestarles demasiada importancia implicará, necesariamente, descuidar otro tipo de espacios y elementos.

indecible, es permanente en su persona. Ese dolor no puede ser comprendido por quien no ha padecido una situación de este tipo, y menos aun, identificarse con dicho padecimiento.

Por último, es importante realizar esta distinción, debido a que después del suceso histórico traumático, se busca poder distinguir si se necesita realizar cambios estructurales debido a un elemento que se ha perdido, o si debe apelarse a que hubo un elemento de ausencia no marcado en el tiempo y al que se puede apelar manipulando el deseo de una población. Aquí surgen dos categorías más, referentes a las exigencias del individuo. Por una parte, quien padece el trauma histórico realiza una denuncia, en la que expresa de manera legítima la reclamación por el objeto perdido. En cuanto a quien sufre del trauma estructural, expresa un deseo, una ambición que busca que se cumpla.

LaCapra, como lector de Durkheim, manifiesta que este ya había llamado la atención sobre la disposición por los deseos del individuo: Durkheim llama la atención en “establecer límites legítimos del deseo” (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 80 n.20). Si se realizan los cambios operando y considerando las pérdidas, las legítimas demandas serán atendidas, mientras que si se piensa en las ausencias cual si fueran pérdidas, la consecuencia directa será la búsqueda de chivos expiatorios. A continuación, conviene entonces llamar la atención sobre la definición de las categorías Deseo y Demanda desde el psicoanálisis, ya que estas permitirán dar cuenta de las disposiciones afectivas de los individuos frente a los sucesos límite.

3.2 Deseo y Demanda

Tanto la demanda como el deseo se enmarcan en la necesidad. Contrario a la acepción general que se ha otorgado en el sistema freudiano de términos como impulso e instinto, cuya categorización propone en un mismo plano tanto al hombre como a los animales, Lacan afirma que el término que recoge un sentido más específico es el que proviene del alemán *Trieb*. Este último, que aquí podría ser traducido por pulsión, es para Lacan, de una importancia determinante.

Freud aporta bajo el nombre de *Trieb*, algo absolutamente diferente. Desgraciadamente, el término de impulso es totalmente impropio para expresar las resonancias ligadas al empleo en alemán de *Trieb*. El *Trieb*, yo diría, cum grano salis, el desplazamiento, es un verdadero montaje donde lo que es de fuente "orgánica" sólo aparece incorporado en una estructura. Es el punto eminente de valorizar la palabra. Es aquí más que nunca donde la llamada estructura exige la topología precisa

en la cual se distingue y se articula la demanda y el deseo más allá de la necesidad. (Lacan J., 1976, p. 127)

Hasta aquí, lo que pretende mostrar Lacan es que el término de *Trieb* resulta ser el más adecuado para referir el trabajo de Freud que pretende dar cuenta de la dimensión más propia del ser humano. Aquello que hace al ser humano distinto de los animales, aquello que le separa de ser simplemente una estructura de talante orgánico, es el comportamiento del *Trieb*. Y la importancia que comporta para el presente documento, se halla en tanto es indispensable para comprender qué significa la necesidad, y con ella, la demanda y el deseo.

La necesidad se halla definida en el terreno del inconsciente, terreno que ha querido ser desplazado por el psicoanálisis contemporáneo a Lacan y que él enfatiza en demandar: “El inconsciente es un hecho nuevo e implica un desmentido a la antigua estructura sujeto-objeto. (...) No es casual que los psicoanalistas actuales tengan aversión por el inconsciente, ya que no saben donde ubicarlo” (Lacan J., 1976, p. 124). La pulsión, es decir el *Trieb* está en este campo del inconsciente. Querer ignorarlo, es para Lacan una de las mayores problemáticas del psicoanálisis que no ha hecho una lectura seria y comprometida de Freud⁴⁶.

A partir de la figura del recién nacido, es posible observar a qué hace referencia deseo y demanda en Lacan, a partir de la Necesidad⁴⁷. Al respecto, Pio Eduardo SanMiguel⁴⁸ sostiene que la necesidad es el estado básico del ser humano. Así, la condición de necesidad aparece con el parto. “ese desgarramiento entre la madre y el niño del cual la primera nunca quiso saber nada puesto que nunca quiso que ocurriera, deja al segundo en un estado de necesidad”. (SanMiguel, 1994, p. 60). Aquí, la necesidad solo se comprende en una doble relación: la relación entre el niño y la madre. El neonato se convierte en un ser con constantes necesidades,

⁴⁶ Lacan denuncia que esta lectura errada de Freud se debe a una serie de problemáticas en la traducción del alemán al francés que nunca fue realizada.

Sepa usted que Francia es el único de los grandes países civilizados que no posee una traducción completa y seria de la obra de Freud. La responsable de ello es, en primer lugar, la princesa Marie Bonaparte que había instituido una especie de privilegio para las traducciones de Freud al francés. (Lacan J., 1976)

Tomado de: <http://www.psicoanalisis.org/lacan/daix.htm>

Por otra parte, el público receptor de la obra de Freud necesitaba ganar mérito y con ello, pretendió utilizar el bagaje freudiano para hacerlo coincidir con el sistema filosófico típico de sujeto-objeto. “el verdadero alcance del aporte freudiano iba mucho más allá de lo que podía leer el público al que estaba dirigido” (Lacan J., 1976)

⁴⁷ Valga aclarar que rara vez Lacan dio una definición concreta a los términos utilizados. En buena medida, consideraba que las ventajas del sistema propiciado por Freud en el psicoanálisis gozaban de riqueza en tanto respondía a una lógica diferente a la filosofía occidental que busca conceptos. Para él, la realidad humana supera, y con creces, los límites del lenguaje. Por ende, para definir un concepto es válido acudir, en principio a la presentación del fenómeno en sí mismo, antes que a la deformación lingüística.

⁴⁸ Psicoanalista de la Universidad Nacional de Colombia.

“pero desvalido para satisfacerlas” (SanMiguel, 1994, p. 61). En estos términos, el niño se convierte en ese *otro* cuyo bienestar es el objeto por el que vela la madre.

La madre adquiere aquí unas responsabilidades que están en el plano del lenguaje, pues la supervivencia del neonato depende exclusivamente de ella. Así, “su tarea primera, si decide aceptarla, consiste en significar el grito en la satisfacción de la necesidad” (SanMiguel, 1994, p. 61). Carente de todo lenguaje, el grito y el llanto son las únicas formas de comunicación del neonato. Y al acudir a estas herramientas primarias del lenguaje, la madre debe traducir que “todo grito es demanda” (SanMiguel, 1994, p. 61). Aquí la demanda se configura en la forma de reclamo por la satisfacción de una necesidad existente.

Sin embargo, en cuanto la madre emite la respuesta, el niño interpreta a la madre como la fuente de significación de la demanda, es decir, la que otorga sentido a sus necesidades. Aun con ello, la satisfacción no es completa nunca, queda un pequeño espacio de insatisfacción que nunca puede ser superado, aunque la madre se empeñe en satisfacerlo. “Desde entonces, el niño ES el objeto del Deseo de la madre, del Otro” (SanMiguel, 1994, p. 62). Aquí aparece el deseo como la pulsión afectiva de la madre que busca el bienestar del hijo. Comienza entonces en la madre una búsqueda infatigable por interpretar qué es lo que quiere el niño. “Qué quiere de mí el Otro? ¿Qué quiere el otro que yo SEA? Cuando me dice (...la demanda), ... qué me dice (... el deseo)?” (SanMiguel, 1994, p. 63).

La demanda puede ser satisfecha, pero el deseo no. El niño puede interpretar su incomodidad reclamando abrigo o hambre, aunque esas sensaciones no las padezca. Si se le ofrece el pecho materno, no querrá soltarlo. La madre es todo lo que el niño tiene para sobrevivir, con lo que se crea una dependencia: “La madre posee la clave que le permite al niño sobrevivir. Ello crea, entre ella y el niño una dependencia que no está fundamentada en el intercambio de objetos, sino que es dependencia de amor” (SanMiguel, 1994, p. 64). Lo que une el hijo a la madre es la necesidad de existir, de satisfacer sus necesidades. Emite una demanda que trata de ser satisfecha por la madre. A su vez, en esa relación de amor de la madre por el niño, ella *desea* ser quien satisfaga esas demandas, e incluso los deseos del hijo. Ella desea que el niño la desee. Hasta aquí la acepción exclusivamente psicoanalítica del término y desde la perspectiva lacaniana.

Para la aplicación en la historiografía, se sostiene que el deseo y la demanda pueden superar las limitaciones historiográficas de la voz media, en tanto consiguen la distinción del tipo de trauma. Por ejemplo, en el caso de Wilkormiski y su supuesto relato del niño en el campo de

concentración, Wilkormiski pudo responder a un trauma estructural, pero su error historiográfico radica en identificar este padecer con quienes sufrieron pérdidas, es decir, sufrieron el trauma histórico. La distinción entre deseo, al cual habría respondido Wilkormiski, y demanda, aquella que reclaman las víctimas directas del holocausto, al ser una responsabilidad asumida por el historiador, se constituye como una ventaja para el trabajo historiográfico. Ello en cuanto apela al porqué del padecimiento de los involucrados en las situaciones límite.

Así, la demanda y el deseo se relacionan con disposiciones del individuo frente a un fenómeno. En la eventualidad de la demanda, se destaca que esta aparece como resultado de una afección directa. Por ejemplo, en la filosofía del derecho de Perelmann, se manifiesta que la demanda solo puede establecerse cuando hay una afección evidenciable. En el caso de la narración del trauma, es la demanda la que habla de parte de la víctima que ha perdido algo. Es, precisamente, la disposición del individuo que revela un inconformismo debido a que el objeto que reposaba en él -aunque no sea siempre tangible, como la idea de libertad o de virtud- ha desaparecido, se ha perdido porque alguien la ha robado.

Respecto al deseo, este se ubica en el vínculo entre lo imaginario y lo real. El deseo es la disposición del individuo capaz de imaginar y por ende, de fabricar en su mente una construcción que, posteriormente, deseará que se realice. “Es, justamente, esta nada, lo que es todo en la determinación presencia-ausencia.” (Lacan J., Clase 7, 1959). La nada aquí, como objeto de estudio, es la que enmarca la posibilidad de distinción entre ausencia y pérdida. Si la afección del individuo no puede atribuirse a *nada*, es evidente que se habla desde el campo de la ausencia. Por otra parte, si hay un elemento atribuible, a pesar de que este se halle extraviado, es entonces consecuente que se aborde su padecimiento como una demanda por el objeto perdido.

Todo individuo, comprendido desde el psicoanálisis como ser simbólico, se halla en una constante dinámica dialéctica entre la realidad que se le presenta y la imaginación que proyecta una configuración diferente de la realidad. Estas no tienden a confundirse, en condiciones saludables del paciente. El deseo se manifiesta entonces como el punto en el que la dimensión simbólica, la realidad del individuo y la imaginación que puede o no buscar cambios, entran en juego en una dinámica inter dialogante:

Si el deseo es algo que no puede asirse ni comprenderse más que como un nudo muy estrecho, pero no por algunas impresiones dejadas por lo real, sino el punto más estrecho donde el conjunto se anuda, para el hombre real, lo imaginario, y su sentido simbólico (Lacan J., Clase 7, 1959).

La historia, como construcción humana, puede no estar lejana de ello. Si bien su enfoque es el hombre real, es decir el ser que narra las pérdidas evidentes y observables del pasado, la forma como lo aborda es a partir del presente que le es accesible. No hay formas de evadir el presente y contar el pasado desde este mismo. Juega entonces, junto a todo su sistema ético y moral, el deseo del historiador. Dicho deseo, como se observa, no es consciente, lo que resulta problemático para su comprensión. Refiriéndose al joven que protagoniza el sueño del padre muerto⁴⁹, Lacan sostiene: “¿Qué es lo que [se] no sabía? Que esto era según su deseo.” (Lacan J., Clase 7, 1959). Con esto, se muestra que, en buena medida, también la construcción narrativa de la historia hecha desde el presente tendrá sesgos ideológicos en cuanto al deseo del historiador mismo que se halla involucrado, es decir, que sufre la transferencia, en el sentido psicoanalítico del término.

En este punto del deseo y la demanda, se pone en juego la capacidad de la narración del trauma para superar los límites a nivel historiográfico de la voz media. De esta se denunciaba que, bien podría el lector quedarse con una buena historia y seguir desconociendo la historia en sí misma. Frente al denunciado hartazgo de la memoria que mostraba LaCapra, se mostraban los posibles sesgos que tiene la memoria frente a los eventos históricos. El –excesivo- mercado literario que se ha manejado colocando como escenario la Segunda Guerra Mundial da cuenta de esta situación. Si se distinguieran los hechos falsos de los reales no habría problema, pero la experiencia ha demostrado que los mitos tienden a ser memorizados mientras los hechos son abandonados al olvido o relegados al espacio académico del que ya no vuelven a salir.

Los hechos, por ejemplo, muestran que durante la Edad Media hubo una abundancia de documentos escritos, se crearon las universidades, se observaron una serie de dinámicas en referencia a la administración y el derecho cuyo registro permitió calcular y aprovechar el

⁴⁹ En Freud y Lacan aparece una referencia al sueño del padre muerto. En *La interpretación de los sueños* de Freud, así como en la clase VIII del seminario XVII de Lacan, titulada *Del Mito a la estructura*, se hace referencia al sueño del padre enfermo. En resumen, el sueño es el siguiente

Un hombre que había cuidado a su padre durante su larga y cruel enfermedad letal, y sufrió mucho a causa de su muerte, informa que en los meses que siguieron al deceso soñó repetidas veces el siguiente sueño disparatado: El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía, pero (esto era lo asombroso) estaba no obstante muerto, solo que no lo sabía.

La interpretación que ofrece Lacan, es que el joven durante el padecimiento de la enfermedad deseó que el padre muriera para que parara su sufrimiento, pero tras la muerte del mismo, el inconsciente reprocha ese deseo y, propio de las dinámicas del deseo, busca chivos expiatorios, en este caso, juzgando que tal vez en parte el joven haya sido responsable de la muerte del padre.

espacio físico de Europa Occidental. Sin embargo, la mala publicidad al catolicismo, surgida a partir de las publicaciones que la imprenta hacía abajo el manejo de la Ilustración y el protestantismo, han traído al día de hoy una percepción de la Edad Media en la que prevalece la idea de que aquella época fue de místico oscurantismo y retraso del avance y el progreso.

Estas denuncias nos muestran que la escritura de la historia ha respondido en gran medida a los deseos de la época en la que se escribe. El avance en relación a la ciencia fue limitado en la Edad Media, ello es innegable. Sin embargo, esto es visto como un sesgo negativo debido a que la época contemporánea guarda especial prevalencia por las acciones científicas. Por ejemplo, si por una u otra razón, el siglo XXX fuese una época profundamente religiosa, la Edad Media será observada con una visión muy positiva, y la historia de dicho siglo hablará de ella destacando su *iluminación* teológica. Los deseos, aunque inconscientes, configuran en buena medida las percepciones y expresiones frente a los sucesos y esto debe estar constantemente presente. Son las demandas el objeto de estudio en el que debe fijarse la historiografía.

Los dramas y tragicomedias cuyo fondo teatral sea la Segunda Guerra Mundial tienen su espacio en la literatura y son allí completamente válidas. Pero la historiografía debe atender al trauma y a los hechos. Ello desde la Investigación Documental era una afirmación de dominio público, al menos dentro de la academia. En suma, como expresa LaCapra: “mantengo que las aseveraciones que reivindican alguna verdad y están fundamentadas en pruebas se aplican en la historiografía a los dos (problemáticos) niveles de las estructuras y de los acontecimientos”. (LaCapra, 2005, p. 27). No se descuida que haya interacción con otros escenarios desde los cuales se pueda expresar el trauma.

Ya líneas arriba se refirió la riqueza del arte o la literatura para expresar el trauma. El punto sobre el que decididamente se debate aquí, es el de la denuncia de una posible suplantación que se realice desde la literatura o el arte que pretendan reemplazar y suplantar el trabajo de la historiografía. La literatura y el arte, por lo general, se hallan en el marco del deseo. Ambos tipos de expresión, aunque absolutamente válidos, pueden tender desde dicho deseo a expresar ciertos aspectos que quiere ver la población en general, mientras que los hechos mismos son ignorados, cuando no rechazados. Hay cierto deseo perverso por ver el dolor retratado en los testimonios. Sobre el porqué de las acciones, los movimientos políticos por detrás, incluso la influencia económica son más bien ignorados.

La denuncia, en el sentido extenso de la palabra, que aquí se realiza, se cuestiona por la responsabilidad ética y política de la historiografía. Llamar la atención sobre el trauma, implica

el reconocimiento de la empatía como una responsabilidad del historiador. Este debe ser capaz de sensibilizar a sus lectores sobre el padecimiento de las víctimas cuyo trauma está refiriendo. Sin embargo, resulta conveniente evitar, en tanto sea posible, que dichos lectores identifiquen ese dolor como propio. A nivel social, conviene que se salvaguarde a la historia de escenarios en los que las ausencias, producto de un deseo por un objeto inexistente, identifiquen como propio el dolor de las personas que han padecido de manera directa las pérdidas, cuya denuncia, como se ha referido, ha sido acallada. El siguiente apartado se cuestiona entonces por las categorías que distinguen la empatía de la suplantación, con lo que se apunta a la responsabilidad política del historiador.

3.3 Empatía y suplantación

En este apartado, se refiere la responsabilidad ético política del historiador. Hay, por lo menos, una obligación política y tres responsabilidades éticas, que pueden rastrearse en el trabajo del trauma de LaCapra y que se exponen a continuación. Dicha obligación política, concerniente a la evaluación psicoanalítica de la sociedad como producto histórico, reconoce que las dimensiones de deseo y demanda deben ser una observación para la toma de decisiones políticas. Referente a las responsabilidades éticas del historiador, se asume en primer lugar la necesidad de buscar liberar el *Acting Out* del individuo, es decir, la tendencia a la repetición impulsiva; segundo, se halla el reconocimiento y la distinción de las víctimas, así como la generación de empatía; y por último, una tercera responsabilidad, más cercana a una advertencia sobre la preocupación de no recaer en la suplantación, es decir, realizar una injustificada identificación del trauma estructural con el trauma estructural.

3.3.1 Obligación política

Reconocer en el historiador una obligación política implica el reconocimiento de que su labor tiene un impacto que debe ser evaluado. En el marco de la narración del trauma, su responsabilidad es cobrada tanto frente a la población que padece el trauma como a quienes se configuran como los lectores de dicha historia. En este punto, se reconoce que el historiador, tiene unas responsabilidades concernientes y evidentes en su forma de expresión. “La crítica puede ser reveladora y desembocar en la necesidad imperiosa de cambios, pero también fortalecer o dar validez a un argumento capaz de resistirla” (LaCapra D., 2005, p. 82). La historia, a la luz de los hechos del pasado, asume una crítica hacia el presente que proyecte configurar un futuro menos violento.

El reconocimiento de los deseos de la sociedad que, como se sostuvo antes, radican en un plano inconsciente, es una responsabilidad del historiador que puede sugerir cambios políticos.

Se comprende aquí que las críticas se dan cuando hay una dialéctica entre lo deseable y no deseable. No siempre lo deseable es lo más pertinente, pues deseos del pasado -tales como el famoso *Make Germany great again*- no siempre llegaron a fines que beneficiaran a la población que los profería. A la historia se le exige que denuncie los peligros que acarrearán este tipo de situaciones que responden al deseo común.

Por otra parte, es posible percibir en la propuesta de LaCapra la necesidad de elaborar un duelo colectivo. Es decir, si se reconoce que hay un padecimiento consistente en el trauma estructural, el abordaje a las situaciones límite catectizadas por la sociedad de parte de la historia debe conllevar a la superación y enfrentamiento de los problemas tanto cognitivos como civiles acerca de dichas situaciones.

Refiriéndose al ensayo *El pasado que no pasa* de Ernst Nolte (1993) en el que crítica el abordaje de la historiografía de su época, Pérez Baquero considera que su tesis y legítima denuncia es que la Segunda Guerra Mundial y el pasado alemán nazi, así como los sucesos del Holocausto, están constantemente presentes en la mente del colectivo, debido a que no se ha elaborado el duelo al respecto de los sucesos. Así, la historia debe ser capaz de concluir, casi al estilo de un ritual conmemorativo, la realización del pasado y la clausura de los fenómenos y situaciones límite. El problema es que “la [errónea] historización del pasado nazi alemán es precisamente la presencia de ese pasado en el presente, su vivacidad en la memoria de la conciencia pública alemana de la época (Nolte, 1993, p. 21). El enfrentamiento al pasado debe hacer posible el reconocimiento de los hechos de manera objetiva, y con ello impedir la repetición compulsiva, asociada precisamente, al *Acting Out*.

3.3.2 *Acting Out* y elaboración del duelo

Frente al escenario del padecimiento del *Acting Out* y la elaboración del duelo, se observa que enfrentar un trauma contribuye a la no repetición, en tanto permite distinguir entre un pasado que ya fue y un presente en el que no tiene por qué darse una “repetición compulsiva de la escena traumática -cuyo fin [el de la historiografía]- es una recuperación de la vida social, la responsabilidad ética y la renovación” (LaCapra, 2005, p. 86). El papel de la historiografía sería entonces el de observar que hay una relación del aquí y el ahora con el pasado, pero no por ello se hacen indistinguibles. Se espera entonces que el presente pueda observar con distancia el pasado, de manera que busque comprenderlo mejor. El trabajo historiográfico en relación del trauma permite abrir la comprensión a la dimensión política en relación al reconocimiento del trauma estructural y el impacto de la sociedad.

Si lo propio de la compulsión a la repetición es la subordinación del presente y del futuro a la imagen del pasado, la tarea del historiador es definida como la labor de separación de estos estratos temporales. (Pérez Baquero, 2016, p. 145)

Dicha separación permitiría comprender mejor los fenómenos sin que la catectización de las situaciones, es decir, la involucración de la emotividad y el contenido semántico de las situaciones límite sesguen la visión de la sociedad y la historiografía en sí misma en el desempeño de sus funciones políticas. Es una ventaja importante, pero la mayor riqueza de este duelo, está en clausurar el *Acting Out* y el movimiento repetitivo compulsivo del individuo afectado que le es inherente.

En las conclusiones de LaCapra, por ejemplo, este sostiene que “con el duelo y la realización de un funeral simbólico por lo menos, uno intenta restituir a las víctimas la dignidad que los victimarios les negaron.” (LaCapra, 2005, p. 86). Así se lo reconoce Pérez Baquero cuando afirma que “podemos establecer una comparación entre el proceso de escritura de la historia y un ritual conmemorativo” (Pérez Baquero, 2016, p. 145). La caracterización social y política que atiende a la sensibilidad ética de la historiografía hace de la historia una construcción narrativa que reconozca una responsabilidad importante que recae en el historiador, algo que era limitado en las demás tendencias historiográficas.

De parte de la Investigación Documental, la responsabilidad exclusiva era la realización de las aseveraciones de verdad, mientras que en el Constructivismo Radical, concluía en el suscitar emociones, aunque descuidando la división legítima de las distinciones. De esta manera, se concluye que “esta caracterización de la labor del historiador como duelo civil permite enfatizar la función cultural y política de la historiografía en su contexto.” (Pérez Baquero, 2016, p. 146). La atención de la historiografía consigue hasta este punto cumplir sus funciones a nivel social, es decir, responder a las exigencias del trauma estructural. Queda por observar su desempeño en el reconocimiento del trauma histórico, es decir, el papel de las víctimas y la empatía que se espera suscitar hacia ellas.

3.3.3 Empatía: Reconocimiento y distinción del trauma histórico

De la voz media, se denunció una limitación en orden a la ética, dado que su papel no conseguía ni generar empatía, ni distinguir los tipos de discursos emergentes. Sobre esto último, la identificación de discursos por su veracidad se marca en referencia al trauma que quiere narrarse, estructural o histórico. Para este apartado, sin embargo, cabe la necesidad de atender un problema emergente, referente a la capacidad de despertar una solidaria empatía en el lector

de la historia, cabe aclarar, sin error en la ejecución, como en la redacción de Wilkormiski. Es así que surge la necesidad de prestar atención a dos categorías, la empatía y su equivalente negativo, la suplantación.

La responsabilidad del historiador se inscribe en el plano de las actitudes y disposiciones afectivas que se desean suscitar en el lector. Si bien en el sistema psicoanalítico rara vez se da una definición concreta, LaCapra se refiere sobre el modo de empleo del término en el sistema conceptual. Así, en la nota 46 del capítulo I de WHWT, se refiere a la empatía de la siguiente manera:

Utilizo la palabra empatía [empathy] tratando de alejarla de las asociaciones convencionales o tradicionales con la identificación, que llevan a una supuesta identidad entre el yo y el otro sea a través de la proyección o de la introyección. (...) Además, empatía es una palabra con historia en la historiografía (o metahistoria) y en la bibliografía psicoanalítica (LaCapra D., 2005, p. 60).

Así, la asimilación del término empatía reconoce la afección emotiva del individuo que supera a la Investigación Documental, así como un uso que no realiza una identificación errónea desde las ausencias del lector hacia las denuncias de la víctima. Este movimiento ético viene a ser ejecutado en la transferencia que anteriormente ha sido abordada. Para Pérez Baquero, “Este concepto en el campo de la historiografía, haría referencia al contagio de las vivencias del agente histórico, que interioriza el historiador” (2015, p. 05), a lo que puede agregarse, que interioriza también el lector de la historia, en tanto espectador de las situaciones límite.

La propuesta de LaCapra en referencia a la necesidad de suscitar empatía con el individuo afectado por las situaciones límite, se enmarca en la atención a la posibilidad de expresiones novedosas. Como se observó anteriormente, acudir al formato de la novela, de manera exclusiva, es un error eurocentrista tal como lo denuncia Martha Nussbaum. Por eso, aquí se configura la importancia de acudir a discursos no convencionales, a formas que den cuenta de la historia de manera alternativa a la exclusivista narratividad. Es importante aclarar aquí que “no todo discurso es narrativo y uno de los problemas fundamentales radica en la relación de la narrativa con otros tipos de discurso” (LaCapra, 2005, p. 84).

Acudir a otras formas de narración que superen las ya convencionales formas de exposición historiográfica puede hacer justicia a las nociones de ausencia y pérdida de manera más correcta que en la historiografía clásica: “las narrativas no convencionales a menudo exploran con talante crítico su relación con el mito y con otros géneros, como la lírica, las imágenes, el análisis conceptual, la argumentación y el ensayo” (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, p. 84). Esta observación permitiría que se pueda ampliar la visión del historiador

al considerar otro tipo de expresiones de los sucesos históricos a partir de nuevas formas de la narratividad.

LaCapra con ello realiza una crítica a los abordajes historiográficos de Fredric Jameson y a Paul Ricoeur, en tanto estos consideran “que la narrativa es *la* forma fundamental de discurso de la mente humana o de que todo discurso (al menos todo discurso histórico) es en última instancia narrativo” (LaCapra, 2005, p. 84). El error que observa en ellos no está en referencia al contenido, sino a la forma exclusivista de expresión que acude únicamente a la narratividad clásica. En buena medida, en ello descansa la atención excesiva a la memoria: en que la historia no ha encontrado formas diversas de expresarse y, dado que su nuevo objeto de estudio es el trauma y el duelo, la narratividad está en desventaja frente a expresiones como el testimonio, por ejemplo.

Conviene pues realizar nuevas formas narrativas que logren atender y dar cuenta del trauma. La emergente cuestión y advertencia de LaCapra, se da en relación a la forma en que no se repita el error de asumir por propio el padecimiento ajeno. En otras palabras, dado que la atención está centrada en la distinción entre quienes padecen el trauma histórico y trauma estructural, y la empatía pretende que los últimos comprendan a los primeros, cómo se logra que no se dé un movimiento de identificación en el que se asuma de manera indebida el dolor histórico como propio de la estructura. A este fenómeno, desarrollado a continuación, se le define como suplantación.

3.3.4 Suplantación: La lógica de los extremos

LaCapra considera que en los escenarios de narración del trauma ha existido un problema que no termina de comprender las diferencias entre la melancolía y la angustia. Dado que es similar el modo de padecimiento, es decir, la forma de relación con el trauma, la distinción solo puede realizarse una vez se reconozca el objeto al que puede referirse dicho padecer. La melancolía, como ya se mencionó, se produce cuando un objeto se ha perdido y resulta un entrañable sentimiento por él. La angustia por su parte, es una indisposición del sujeto que no tiene un objeto, un porqué evidente. Aceptar que se está angustiado, implica afirmar que el objeto de padecimiento no existe, con lo que ciertos discursos pueden resultar injustificados, sin una base sólida.

En buena medida, según LaCapra, se observa que algunos autores apelan a una lógica del *“todo o nada”*. De algunos autores contemporáneos, entre ellos Zizek y Butler, se denuncia una forma facilista y tendenciosa de explicar la historia. En ellos, no siempre es fácil distinguir la legitimidad de ciertas melancolías y, cabe la posibilidad de pensarlo, algunas denuncias que

emiten, pueden no ser otra cosa que angustias injustificadas, en relación a problemas marxistas y feministas, respectivamente.

No es que el autor rechace la existencia de que hay unos elementos extremos que ejecutan acciones arbitrarias y son responsables de los problemas padecidos por los países del Tercer Mundo y las mujeres, hablando de Žižek y Butler, respectivamente. Sin embargo, la cuestión es que el abordaje realizado que no es capaz de distinguir matices en los movimientos históricos, termina comprendiendo el problema a partir de una dialéctica de contrarios que no siempre es evidente en la realidad. Y es aquí donde comienza el movimiento de la suplantación, en tanto, dividiendo la dinámica política y social en dos bandos dialécticamente relacionados, y dejando unos como victimarios de otros, los papeles desempeñados por unos y otros son asumidos con un sesgo político predeterminado por la estructura elaborada por los autores en calidad de historiadores.

Un ejemplo concreto rastreado en Judith Butler, refiere que ella apela a que toda formación de heterosexualidad se debe a que esta se construye “sobre el repudio "melancólico" del deseo homosexual, que implica hacer duelo por las pérdidas abyectas” (LaCapra D., 2005, p. 92). Con ello supone que la ejecución del movimiento histórico imperante en Occidente, en el que prevalece el papel de la heterosexualidad, las acciones de este se reducen exclusivamente a un odio a la homosexualidad. La suplantación denunciada, en principio, identifica los problemas de un actor político en su contrario, aunque, de nuevo, no siempre funciona de esta manera. Esta lógica de contrarios no es evidente en la realidad, o por lo menos no se comprueba sino a partir de ejemplos concretos de los que se induce dicha suposición.

Se halla entonces la necesidad de realizar la elaboración del duelo sobre la posibilidad de que el trauma no va a ser un permanente padecimiento. “Sin esta noción de elaboración, se trata el duelo como un sufrimiento sin fin y no como un proceso social que implica una alteridad en elementos concretos empáticos y dignos de confianza” (LaCapra, Escribir la historia, escribir el Trauma, 2005, pp. 94 - 95). La cuestión es zafarse de visiones reduccionistas cuyos padecimientos se deben a esta lógica de extremos. La suplantación, como denuncia LaCapra se da cuando el trauma estructural asume como propio el trauma histórico, es decir, cuando la comprensión de la historia se da de manera estructural y realiza un movimiento inductivo de interpretación errada, en el que viene a buscar chivos expiatorios para el padecimiento manifestado.

Al respecto, solo la correcta narración del trauma puede solucionar esta problemática. Así, la solución al reduccionismo se halla en cuanto sea posible explorar “las relaciones problemáticas entre ausencia y pérdida, así como entre trauma histórico y estructural sin hacer de las dos cosas una sola ni reducir una a la otra” (LaCapra, 2005, p. 103). Aquí se halla la preponderancia del trauma histórico evidente, no en las elaboraciones problemáticas de la *lógica bivalente de la historia*, sino en la visión más cercana al testimonio.

Sobre el testimonio, al que la memoria le debe su ventaja sobre las construcciones historiográficas, LaCapra reconoce un invaluable valor en tanto se configuran como la “condición necesaria de la acción” (2009, p. 25) y también “como manera en la cual una víctima amenazada o abandonada al trauma puede sobreponerse a la pasividad y el entumecimiento (LaCapra, 2009, p. 25).”. Si bien hay una “igualación engañosa” (p. 26) de la historia con el testimonio, ha sido el error de la suplantación el que ha hecho de la historiografía una construcción narrativa que no es capaz de narrar el trauma. Pretendiendo identificar y ubicar el dolor del individuo a un movimiento histórico, es decir, asumiendo el trauma histórico como estructural, no ha sido capaz de reconocer el sufrimiento en sí mismo del individuo, ni distinguir correctamente el trauma.

Así, lo que se espera es que la atención al trauma, la elaboración del duelo, y la comprensión del discurso histórico como construcción narrativa postraumática, permitan ofrecer una riqueza a la historiografía, en tanto sea el pasado un objeto de estudio que presente las aseveraciones de verdad, supla los problemas de ejecución a nivel historiográfico y responda a las obligaciones ético políticas que le son exigibles a la historiografía. La forma de abordaje de la historia, acudiendo al trauma como objeto de estudio brindaría así una riqueza invaluable que haría de la historiografía la forma más correcta de comprender el pasado desde el presente.

Epílogo

Respecto a la aplicación de la propuesta de LaCapra, considero una importante pertinencia en el campo historiográfico colombiano en tanto el Conflicto Armado puede comprenderse como una situación límite. Así, las confusiones de ausencia y pérdida se hacen evidentes también en la narración de este. Aunque un detallado análisis sería necesario, supongo la hipótesis de que la corrupción padecida por el país estuvo camuflada detrás de dicho conflicto. Aun en áreas descuidadas por la acción del Estado, muchas de las acciones que deberían haberse dado por parte de las instituciones gubernamentales no fueron ejecutadas por negligencia, pues los recursos económicos fueron desviados o extraviados y, al cuestionar por las carencias y necesidades desatendidas de la población, se responsabilizó de manera directa a los actores armados del conflicto, especialmente las fuerzas subversivas como las guerrillas.

No se pretende aquí justificar la acción armada de las organizaciones al margen de la ley. De hecho, la intervención armada y la violencia no son salidas adecuadas históricamente según LaCapra, al menos, como lo denuncia en *La historia y sus límites* (2016). Lo que se pretende mostrar, es que los padecimientos de la población cercana a una situación límite, no se agotan o justifican en esa situación. Realizar esa confusión supone pensar que el trauma de la situación límite afecta de igual manera tanto a quienes padecen la situación como a quienes están cerca y son espectadores.

La denuncia aquí presentada es determinada en relación a la forma en que se presentó la historia colombiana. Esta supuso que los padecimientos de la población en general, cuyo padecimiento podría identificarse con el trauma estructural, fueron identificados con el trauma histórico de las víctimas directas del conflicto. Así, las falencias de la población cuyo padecimiento se presenta en forma de ausencia, se comprendió como demanda legítima por una supuesta pérdida determinada por el conflicto. Esta malinterpretación consiguió fomentar y legitimar un discurso de respuesta terrorista desde el Estado para combatir a las fuerzas insurgentes que operaban en el territorio nacional, a quienes se responsabilizó de la mala gestión gubernamental.

No sé qué tan pertinente sea el ejemplo, pero en el caso colombiano, el discurso que refería a las FARC como la raíz de los problemas nacionales, quedó injustificado cuando, al darse el cese de sus actividades, no se observó una mejoría considerable a nivel estructural desde las instituciones estatales. Ello demostró que el padecimiento que justificaba en el conflicto armado la angustia colombiana, no hacía de estos sino el chivo expiatorio de la corrupción, los vacíos

fiscales, la evasión de impuestos y la mala administración de los recursos. Colombia entonces no padece la melancolía de la paz perdida, sino la angustia por la imposibilidad de administrarse a sí misma.

Así, muchos de los problemas de orden social fueron desplazados y referidos a la situación del conflicto. De esta manera, se asumió que las acciones de las guerrillas ocasionaron las pérdidas de un estado de bienestar que nunca ha existido, lo que refuerza la tesis de que se impulsó a la población a realizar una demanda. En realidad, un estado de bienestar colombiano nunca ha existido. Las carencias a nivel económico, educativo y de salud no son pérdidas, sino ausencias en la historia colombiana.

Lo que observo es que el trauma histórico de un individuo puede manipularse para que un pueblo reconozca una situación límite y al trauma estructural emergente como un trauma histórico que afecta al pueblo mismo. Convirtiendo a todos en víctimas se hace al grueso de la población, susceptibles de identificación con el trauma de las víctimas, lo que impide que aquella reconozca una posición empática con los afectados directos. Este ejercicio facilitaría tomar decisiones bajo la aprobación popular. Decisiones tales como, por ejemplo, aumentar la inversión del PIB en el Ministerio de Defensa se facilita al popularizar la idea de que “todos los colombianos son víctimas de la guerrilla”.

Otro posible ejemplo que serviría a sostener esta observación aparece en el rastreo de las campañas en el plebiscito. La campaña del NO, dirigida por Juan Carlos Vélez, logró victimizar a los ciudadanos del común que poco o nada han –o hemos- padecido las consecuencias directas del conflicto colombiano con el fin de manipularles, fomentando así un rencor contra perpetradores de los que no se padeció. Las cifras mostrarían, lastimosamente, que las verdaderas víctimas estaban abiertas al SI.

Se refuerza aquí la tesis de que el error de esta forma de comprensión historiográfica es, en parte, de índole psicológica. El padecimiento de cierta situación, -que puede observarse por ejemplo, en los sondeos de percepción ciudadana-, no refleja otra cosa que el sentimiento de ausencia de la sociedad. Para dar un ejemplo, la sensación de inseguridad en la población era superior durante el segundo mandato del gobierno Santos, a pesar de que objetivamente, los estudios de las instituciones de derechos humanos revelaban un significativo descenso en crímenes de lesa humanidad frente a los gobiernos anteriores. Esta problemática vendría posteriormente a legitimar discursos de manipulación en los que se le da la razón a quien no la merece, es decir, a quien representa las ausencias y descuida las demandas.

También se hace evidente un error de índole historiográfica. La lógica que aborda la historia de manera positivista, que pretende observar todos los fenómenos en una relación de causa-efecto, llegará a la necesidad de responsabilizar cierto actor político o económico por alguna realidad. Así, la noción historiográfica del marxismo, asumida por las FARC por ejemplo, responsabiliza al capital y la burguesía del padecimiento del proletariado europeo del S. XIX. No se establece aquí un juicio sobre la veracidad o falsedad de la tesis. Solo se observa que no hay forma que facilite la comprobación de la tesis. Por ende, la realidad o falsedad de la afirmación no descansa en una observación científica, sino en una especulación económica que bien puede ser o no válida.

También en Colombia se ha llamado la atención sobre el caudillismo. La izquierda ha visto en los partidos de derecha la encarnación de un enemigo que ha condenado al país. Sus deseos se encaminan a suponer la eliminación de los partidos de derecha bajo el supuesto de que un gobierno de izquierda significa, de manera automática, un cambio en el rumbo económico y social. Sin embargo, no hay mayores razones para pensar que un partido alternativo cambiará la situación de manera radical. Siguiendo la misma lógica caudillista, la derecha ha visto en los movimientos progresistas, feministas, proabortistas, etc., un peligro ideológico, el cual ha generado los problemas más grandes del país en temas de seguridad y bienestar moral. Sin embargo, antes de la aparición de estos movimientos, la violencia es el común denominador de la dinámica política nacional. Tras esta situación, se ha generado tanto ruido, que las voces agónicas de las víctimas han sido silenciadas.

Es apenas una hipótesis, pero esta podría ser una salida no solo pertinente, sino respetable, en el debate actual sobre la denuncia de Manuel López Obregón para que el Vaticano y la Corona Española ofrezcan disculpas por las afecciones en México y Latinoamérica, la cual es compartida también por ciudadanos colombianos afines. Realizando las distinciones concretas, parece que este recurrir constante de la filosofía latinoamericana a la colonización, podría ser una consecuencia de una repetición impulsiva correspondiente al *Acting Out*, haciendo las salvedades necesarias. Analizar dicha hipótesis requiere un trabajo que desborda las posibilidades de este documento. Pero puede ser una posibilidad si se asume el trauma como objeto de estudio de la historiografía actual en latinoamérica, el cual es un trabajo aun por hacer.

Conclusiones

Las concepciones del discurso histórico existentes hasta el S. XX resultan insuficientes para la narración de las situaciones límite. Por una parte, la Investigación Documental apunta a una visión de la historiografía de corte científico, dado que su concepción se da, precisamente, entre el positivismo y neopositivismo, y la imperancia de las ciencias formales como formas casi exclusivas de lograr el conocimiento. Sin embargo, es necesario resaltar que dicha metodología, según las exploraciones de LaCapra y Bloch, permitió reconocer un trabajo formal rígido y organizado que le brindó a la historiografía la necesidad de tener siempre presentes las aseveraciones de verdad.

Por parte del Constructivismo Radical, hay que tener en cuenta que logró establecer que la estructura de la historiografía es narrativa, de manera que resulta más similar a la de la literatura que a la de las ciencias. Además de notar que los fenómenos del mundo afectan la psiquis del individuo, y que por ende, es necesario prestar atención a estos. Sin embargo, sobre la forma en que este ejercicio de exploración de la mente debía hacerse, se propuso como herramienta la voz media, pero esta resulta insuficiente para dar cuenta de la forma en que se afecta el individuo a partir de las situaciones límite.

La propuesta de LaCapra apunta a la investigación del trauma como objeto de estudio de la historiografía, dado que este elemento había sido rechazado, cuando no ignorado, por los métodos historiográficos mencionados. Para lograrlo, se hace necesario cambiar la configuración del discurso histórico y comprenderlo como la construcción narrativa del trauma, es decir, la elaboración historiográfica del trauma.

En referencia a la forma como LaCapra realiza este estudio del trauma, observa que es útil y necesario recurrir al sistema conceptual del psicoanálisis. Se infiere que este ejercicio resulta pertinente en tanto el psicoanálisis ha desarrollado una serie de observaciones respecto al comportamiento de los individuos y de la sociedad a partir de los traumas padecidos a lo largo del tiempo. Acudir al psicoanálisis es una herramienta legítima, e incluso necesaria, debido a su pertinencia para referir los fenómenos del trauma, es decir, los fenómenos de la realidad que tienen un impacto en la psiquis de los individuos.

La primera observación de LaCapra es que definir el trauma implica realizar la división entre trauma estructural y trauma histórico. El trauma estructural estaría relacionado, en la evaluación del discurso histórico elaborado después de las situaciones límite, con el padecimiento de aquellos individuos que fueron cercanos a la situación límite pero no se vieron directamente

afectados. Si bien se hace necesario reconocer que existe una forma de involucrarse en el trauma estructural, esta forma se determina por una ausencia que busca hallar una referencia. En cuanto al trauma histórico, este es el resultado de la afectación directa producto de la situación límite. El trauma histórico es identificable en un momento acertado, lo que permite indicar su origen. Además, está relacionado con una denuncia legítima de pérdida realizada por quien lo padece.

De esta manera, la ausencia y la pérdida, cuyo desarrollo originario se registra en el psicoanálisis, se convierten en herramientas con las que se aborda el trauma estructural e histórico, respectivamente. Cabe destacar que el discurso histórico con demasiado énfasis en la ausencia desconoce la pérdida de los individuos que pasan por las situaciones límite. De la misma manera, un discurso histórico enfocado de manera exclusiva en la pérdida puede provocar que sus lectores pretendan asimilar dicha pérdida como si fuera propia.

Frente al ejercicio de la inspección del trauma y su desarrollo, existen dos categorías emergentes: deseo y demanda. En principio, y referido a la ausencia, se halla un deseo en términos psicoanalíticos. El deseo se relaciona con necesidad de referir dicha ausencia y al padecimiento de esta a un objeto con el cual se pueda identificar. Cuando la ausencia aparece en las situaciones límite, el deseo de comprenderlo y superarlo, hace que el individuo refiera su padecimiento, precisamente a las afectaciones que son resultado de las situaciones límite, aunque esta no sea la causa de la indisposición que genera la ausencia que se presenta, por lo general, en forma de angustia.

En cuanto a la demanda, se refiere al ejercicio legítimo de mostrar cómo afecta al individuo la pérdida. Hallada en el trauma histórico, se identifica con las pérdidas de los individuos y la necesidad de identificarla y superarla en forma de duelo. En el campo de las demandas resulta necesario reconocer el padecimiento de las víctimas de las situaciones límite y las formas como estas situaciones originaron una pérdida, es decir, la denuncia de un objeto existente que ya no se presenta. Las pérdidas son irrecuperables y, por ello, la historia asume la tarea de tratar de superarlas.

Tanto el deseo como la demanda están relacionados con un carácter de emotividad que obliga a los sujetos a ubicarse frente a estos. Las pérdidas del trauma histórico deben despertar en el lector de la historia un sentimiento de empatía, es decir, de reconocimiento respetuoso del padecimiento de la víctima. La empatía, desempeña un papel muy importante, ya que implica el reconocimiento del dolor, asociado a la imposibilidad total de comprensión. La categoría derridiana de *différance* refiere, precisamente, aquel espacio en el que solo puede sostenerse un

elemento indecible, algo de lo que no puede hacerse más que reconocer su existencia sin poder decir más de ello. Ante ciertos aspectos del trauma, la única posibilidad de parte tanto del historiador como de los lectores de la historia, es la de guardar silencio ante el reconocimiento de dichas afectaciones.

Respecto al deseo, existe una posibilidad problemática que radica en una injustificada asimilación del trauma histórico como propio. Esta situación obliga a los individuos a actuar suponiendo que el trauma puede afectar de la misma manera a la víctima que al testigo de su sufrimiento. Esta forma errada de entender la empatía, supone que ser empático se traduce en asimilar el dolor de otro como propio. La distinción que hace el psicoanálisis de estas categorías, reconoce que el ejercicio empático implica solo el reconocimiento y no la asimilación del trauma y el duelo, por lo que pasar esta barrera es un ejercicio negativo que impide tanto el reconocimiento del dolor de las víctimas como la posibilidad de superación del mismo.

El papel de la empatía no puede ser el de asumir el sufrimiento del otro como propio. Esa acción es ilegítima ya que pretende hacer del padecimiento del individuo un sentimiento fácilmente comprensible porque cualquiera, aun sin haber pasado por la situación límite, puede sentirlo. Esta es una violación al respeto y al padecimiento de las personas. Es una victimización que impide el verdadero reconocimiento del sufrimiento y el trauma, y lo reduce a un simple y llano padecimiento compartido.

Así, la historia como construcción narrativa, debe tener presente que su elaboración y los juicios de valor que emita responden al sistema de valores de la sociedad en la que se erija. De esta manera es importante considerar que, aunque sus afirmaciones y observaciones representan un juicio valioso, no puede descuidarse o ignorarse que este responde a un sistema de valores que responde a una época concreta y a la ética compartida en dicho contexto. Por ende, conviene tener en cuenta que sus razonamientos no pueden ser conclusivos y tenerse como idea definitiva, perfecta y totalmente elaborada. Es responsabilidad de la historia que someta continuamente sus observaciones al análisis crítico y la autoobservación de manera que esté en constante crecimiento. Se halla en juego el reconocimiento del historiador como un sujeto histórico cuyas concepciones responden a los juicios establecidos por su época

Debido a que el trauma es considerado como el hecho que afecta la psiquis y que se presenta en modo de Acting Out, es decir, de repetición impulsiva, este impide la realización del presente del individuo y, aun más, la búsqueda de elaboración de un futuro. De esta manera, es

importante ser capaces de superar el pasado para poder hacer frente al presente y proyectar un futuro. Esta es la labor de la historiografía que asume el trauma como objeto de estudio y se responsabiliza por superarlo en forma de duelo.

Bibliografía

- Ankersmith, F. (1983). *Narrative Logic. A Semantic Analysis of historian Language*. Hingham, USA: Kluwer Academic Publisher Group.
- Ankersmith, F. (s.f.). Reply to professor Zagorín. *History and Theory*, 209.
- Antoni, C., & White, H. (1961). *From History to Sociology: The transition in german historical thinking*. Michigan, EUA: Universidad de Michigan.
- Arrivé, M. (2004). *Lenguaje y Psicoanálisis, lingüística e inconsciente: Freud, Saussure, Pichon, Lacan, Lingüística y teoría literaria*. Barcelona, España: Siglo XXI .
- Aurell, J. (2006). Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia. *Anuario Filosófico*, XXXIX(3), 625 - 648.
- Barthes, R., & Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses. Une archeologie des sciences humanies*. Paris, France: Seuil.
- Bloch, M. (2012). *Introducción a la historia*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Castro, P. (2013). Prólogo a Narrativismo y teoría Historiográfica. En F. Ankersmith, *Narrativismo y teoría Historiográfica* (págs. 1-4). Valparaiso: Finis Terrae.
- Certeu, M. d. (1999). *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana - Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.
- Davidson, D. (2003). *Subjetivo, Intersubjetivo, objetivo*. Cátedra, colección Teorema.
- Derrida, J. (1967). *L'écriture et la différence*. París, France: Seuil.
- Derrida, J. (1997). Carta a un amigo japonés. En J. Derrida, *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales* (C. d. Peretti, Trad., págs. 23-27). Barcelona, España: Proyecto A ediciones.
- Dilthey, W. (1949). *Introducción a las Ciencias del Espíritu*. Ciudad de México: Fondo de cultura económica.
- Faure, B. (Productor), & Lanzmann, C. (Dirección). (1985). *Shoa* [Película]. Francia: New York Films.
- Fernández Trespacios, J. L. (1993). Objeto fenoménico y percepción visual y Háptica. *revista de Psicología general y aplicada*, 46(04), 371 - 377.
- Gadamer, H.-G. (2003). *Verdad y Método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Ganzfried, D. (2002). *Alias wilkormiski*. Berlin, Germany: Jüdische Verlagsanstalt.
- García Márquez, G. (2007). *Cien Años de Soledad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- History and theory. (03 de 05 de 2019). *Historia y teoría*. Obtenido de History and Theory: <http://www.historyandtheory.org/search.html>

- Hunt, L. (1989). *The New Cultural History*. Berkeley: University of California Press.
- Lacan, J. (07 de 01 de 1959). *Clase 7*. Obtenido de Biblioteca Lacan: <http://www.psicoanalisis.org/lacan/6/7.htm>
- Lacan, J. (1976). Claves del estructuralismo. 123 -133. (P. Daix, Entrevistador) Buenos Aires, Argentina: Ediciones Calden. Obtenido de <http://www.psicoanalisis.org/lacan/daix.htm>
- Lacan, J. (01 de 02 de 2019). *Biblioteca Lacan*. Obtenido de [psicoanalisis.org: http://www.psicoanalisis.org/lacan/6/7.htm](http://www.psicoanalisis.org/lacan/6/7.htm)
- Lacan, J. (1958). *El deseo y su interpretación*. Paris, Francia: Biblioteca de psicoálisis.
- LaCapra, D. (9 de June de 1998). An Interview with Professor Dominick LaCapra. (A. Goldberg, Entrevistador) Cornell University.
- LaCapra, D. (2001). *Emile Durkheim, Sociologist and Philosopher*. Aurora, Colorado EUA.: Cornell University.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el Trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo.
- LaCapra, D. (2016). *La historia y sus límites*. Madrid, España: Bellaterra.
- Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidos.
- Lazarus, R., & Folkman, S. (1984). *Stress, Appraisal and Coping*. New York: Springer Publishing Company INC.
- Lévi-Strauss, C. (1995). *Antropología estructural*. Barcelona: Paidos Editores.
- Leys, R. (2000). *Trauma: A Genealogy*. Chicago, USA: Chicago University Press.
- Maechler, S. (2009). *The Wilkormiski affair: A study in Biographical Truth*. New York: Schocken Book.
- Mendieta, E. (2016). El cine documental de Claude Lanzmann. El Holocausto contado a partir de SHOAH. *Revista de Filología Romántica*, 33(Número Especial), 165 - 174. Obtenido de <http://dx.doi.org/10.5209/RFRM.55869>
- Nájar Sualdea, S. (2017). *Distorsiones perceptivas: claustrofobia a través del Arte, Arquitectura y Cine*. Madrid, España: UPM .
- Nolte, E. (1993). *the past that will not pass*. New Jersey: Humanities Press.
- Nora, P. (1984 - 1993). *Les Lieux de mémoire*. Paris, Gallimard: Marcial Pons Ediciones de Historia.
- Nussbaum, M. (1997). *Cultivating humanity: A Classical defense of reform in liberal education*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez Baquero, R. (2015). Trauma y Duelo en la obra de Dominick LaCapra: Ética, historia y memoria en la representación del Holocausto. *Universidad de Murcia*, 1 - 8.

- Pérez Baquero, R. (2016). Historia y trauma colectivo: Límites, usos y abusos. *Oxímora Revista internacional de Ética y Política*(8), 131 - 147.
- Ricoeur, P. (1969). *Del texto a la Acción*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (1965). *Freud: Una interpretación de la cultura*. Madrid: Editorial Siglo XXI. 1999.
- Rocca Vásquez, A. (2016). Derrida: Deconstrucción, 'difference' y diseminación. Una historia de parásitos, huellas y espectros. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 48(2), <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153281014>. Recuperado el 14 de 12 de 2018
- Rorty, R. (1967). *The linguistic turn Recent essay in philosophical method*. Chicago: University of Chicago Press.
- SanMiguel, P. E. (1994). Deseo: Deseo del Otro. *Revista Colombiana de Psicología*, 59 - 63.
- Spielberg, S. (Dirección). (2019). *Proyecto Yale Fortunoff* [Película]. Recuperado el 05 de 01 de 2019, de <https://fortunoff.library.yale.edu/>
- Stone, L. (1979). The Revival of narrative; reflections on a new old history. Past and Present. *A Journal of Historical Studies*(85), 3-24.
- Van Dijk, T. (2009). *Discurso y Poder*. Barcelona, España: Gedisa.
- Van Dijk, T. (2016). Discurso y manipulación: Discusión teórica y algunas aplicaciones. *Signos*, 39 - 84. Obtenido de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=157013768003>
- Van Dijk, T. (2016). Discurso y manipulación: Discusión teórica y algunas aplicaciones. *Signos*, 39 - 84.
- Van Dijk, T. (1996). *Las estructuras y funciones del Discurso*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Vila Vernis, R. (2009). Introducción a La voluntad de Creer. En W. James, *La voluntad de Creer* (págs. 11 - 33). Barcelona, España: Marbot.
- White, H. (1978). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*. Ciudad de México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- White, H. (1987). *The Contend of the form. Narrative Discourse and Historian Representation*. London, England: The Hopkings University Press.
- White, H. (1992). Historical Emplotment and the story of truth. En S. Friedlander, *Probing the limits of Representation: Nazism and the final solution* (págs. 37 - 63). Cambridge: Harvard University Press.
- Wilkormiski, B. (1996). *Fragments. Memories of a Wartime Childhood*. (C. B. Janeway, Trad.) New York. USA: Schocken Book.
- Zizek, S. (Dirección). (2009). *El Deseo en Lacan* [Película].